

¡O NO HAY TRATO! 2

CAROLINA GATTINI

¡O no hay trato!

2

Carolina Gattini

Prólogo.

Me llamo Juan Garmendia. Todos piensan que soy algo parecido a un ogro. Espero que con mejor aspecto, pero un ogro al fin y al cabo. Digamos que el dicho "Cría fama y échate a dormir", encaja bastante bien con mi situación.

Ahora todos me tratan como a un apestado. Primero por lo que pasó con mi hermano y con María, después por lo que pasó con una modelo que acabó contando todas nuestras intimidades por los platós de las televisiones. Mi vida se volvió un caos, todo se desbordó y llegó a tal nivel de locura que me llevó al borde de la desesperación. Fue entonces cuando decidí desaparecer del mundo y aislarme. A pesar de todo, tengo que reconocer que desde que desaparecí, estoy muy bien. Ahora sé lo que es estar tranquilo. Ahora tengo tiempo para mí. Tengo tiempo para hacer muchas de las cosas que había ido relegando, porque el trabajo no me dejaba tiempo para nada más. Por ejemplo he aprendido a tocar el piano, he hecho un puzle de 5000 piezas y ahora estoy haciendo uno de 8000. Es muy relajante, tengo unas vistas de la sierra preciosas... Aquí se respira paz. Sólo hay una cosa que echo de menos... Pero no se puede tener todo en la vida. En el pueblo cercano a mi casa las mujeres me miran como si fuera un peligro con patas, el ogro del que hablaba antes. Así que tengo que conformarme con seguir haciendo el puzle de 8000 piezas.

Capítulo 1.

Sólo cinco minutos en mi casa te preparan para desactivar bombas con total relajación. Es decir, si mi trabajo fuera ese, desactivar bombas, iría al trabajo a relajarme... Ese es mi nivel de estrés familiar que tengo cada día.

Debería enviar un e-mail al ministerio de defensa para explicarles los beneficios para sus equipos y efectivos en la gestión del estrés de pasar una semana en mi casa... Por un lado mi padre que se pasea en bata por la casa sin saber de dónde viene ni a dónde va, ni si lleva ropa debajo de esa bata. Mi madre, que va gritando por cualquier cosa porque nació así, o se hizo, lo desconozco. Mi abuela, que lo único que hace es ponerse en medio para impedir el paso a los que llevamos prisa. Y por último y no menos importantes, mis sobrinos, que no inventan nada bueno... Una vez fui a casa de una amiga y, en mi ignorancia, pensé que no estaban sus hijos tras pasar en aquel paraíso una hora hablando con ella en la cocina, hora tras la cual descubrí que cada uno de ellos estaba en su respectiva habitación haciendo los deberes... ¡Flípalo! No podía creerlo, esos niños habían estado en casa todo el tiempo y no les había oído.

Es decir, existen lugares en los que los niños hacen las cosas a la segunda, a la primera es claramente imposible, pero la segunda me parece un logro, un milagro. Existen en este mundo lugares en los que hay silencio. Lugares en los que nadie grita ni se pasea en bata desnudo por la casa, donde los pasillos no son atascados por señoras de cien kilos que se quedan diciendo: “Nena, acuérdate de que no queda papel higiénico”, por poner un ejemplo.

Si hubiera tenido dinero para independizarme lo habría hecho, pero dadas las circunstancias actuales de éste nuestro país, la cosa está complicada, y más en Madrid, porque como dice mi abuela: “Está todo carísimo”, con voz aguda.

– Nena, ayer vino el vecino de arriba para ver lo de la gotera –dice mi abuela cuando estoy a punto de salir y creo que ya seré libre.

– Pues que lo hable con mamá.

– Es que es muy guapo, tendrías que aprovechar, que ahora está soltero.

Un “pffff” es todo lo que sale de mi boca en este momento.

– Aunque sea pa... –sugiere.

– Me lo pensaré, pero ya estoy llegando tarde y me van a despedir si tardo más en salir.

– No te olvides de comprarme la revista –oigo decir cuando ya estoy cerrando la puerta.

Cuando llego al rellano me topo con el vecino del que hablaba mi abuela. Tiene razón en algo, para un polvo está bien, pero vamos, que para nada más... El pobre no se le ve que tenga demasiadas luces. No es que esté en contra de mantener una relación con alguien que no tenga un nivel intelectual alto, de hecho mi currículum de ex da fe de ello... Sólo es que para variar quisiera alguien que no pierda el culo por una falda, ya sea la mía o la de otra vecina... O alguien que no busque a una segunda mamá... No estaría mal para variar.

– Mañana viene el del seguro, para comprobar..., tus humedades –me dice y parece que esté hablando de otra cosa, aunque es verdad que tengo el techo del baño lleno de humedades porque tuvieron una fuga en una tubería y se lió parda.

– A, pues no sé si podré estar, tendréis que hablarlo con mi madre.

– Vaya, sí que estás liada últimamente.

– Están tirando a gente, y no quiero ser la próxima –confieso mis miedos ante él, aunque no tiene sentido que lo haga, supongo que al mirarme con preocupación me he dejado llevar.

– Si necesitas un hombro en el que llorar, yo te puedo dar consuelo –suelta sin pensarlo demasiado.

Yo asiento con la cabeza y sonrío un poco por compromiso, otro poco porque está realmente bueno. Sin embargo, en estos momentos es lo último en lo que puedo pensar, tengo prisa y me está entreteniendo. Además, tengo que controlar mis instintos. Tal vez en otro momento, pero ahora toca ser responsable. Me ha costado muchas horas de terapia ser responsable y no las voy a tirar, sería como abrir el monedero, sacar el dinero y tirarlo a la basura.

– Lo siento Javi, llego tarde –digo más acelerada al comprobar la hora en el móvil y recordar las pautas que tengo que seguir para controlarme. Hay que racionalizarlo todo.

Efectivamente están tirando gente en mi trabajo, aunque no entiendo por qué, ya que cada vez hay más embargos y cada vez hay más deudas, así que no comprendo que a los que nos encargamos de tasarlos nos despidan. ¡Si cada vez hacen falta más trabajadores! El caso es que el nivel mental del jefe es de cazurro para abajo, porque si se dedicara a ampliar el negocio, pues ganaría más, en lugar de pensar a corto plazo y despedir personal para gastar menos. Hay gente que lo hace todo al revés.

– Paula, me ha dicho Vicente que te van a largar –me susurra Alberto, mi compañero de mesa cuando aparezco por la oficina.

– ¿Cómo?

– Ves a ver a Vilanova, quiere hablar contigo.

– ¡La hostia! –me limito a decir abriendo los ojos de par en par y tomando aire

después, para calmarme y soportar lo que está por venir.

Entro en el despacho del jefe y éste me mira por encima de sus gafas y a través del humo de su cigarro. Alguien le debería decir que está prohibido fumar aquí dentro, pero nadie se atreve, y más teniendo en cuenta que están despidiendo a más de uno por mucho menos...

– Siéntate, aunque será rápido –dice quitándome las pocas esperanzas que pudiera albergar.

El despacho de decoración años setenta no ha cambiado un ápice desde que entré a trabajar aquí, de hecho, creo que no ha cambiado desde aquellos años... Mi madre tenía una estantería de varillas igual que la que tiene detrás ese hombre..., pienso abstrayéndome de la realidad por unos segundos. Le falta el póster de Los Bravos, y creería que estoy en la habitación de soltera de mi madre.

– ¿Alguna novedad? –pregunto sentándome, tal y como me ha dicho.

– No te va a gustar, pero no hay más remedio –adelanta sacando una carpeta de uno de los cajones metálicos que tiene detrás de su silla.

Desde luego si me quedaba alguna duda sobre mi despido...

– Comprendo –digo aceptando mi destino.

– Sé que no te gusta el frío ni la montaña –dice tendiendo la carpeta que ha sacado sobre la oscura mesa que nos separa, delante de mis narices.

– ¿La montaña?

– Te envío a ti porque, bueno, ya sabes, no tienes hijos ni ataduras. Además, tardarás menos en terminar. Si envío a otro puede estar un mes y sé que tú lo harás en dos semanas.

– ¿Dos semanas? –parezco idiota repitiendo lo último de todo lo que dice, pero es que me ha descolocado totalmente. Ya me veía en mi casa aguantando a mis sobrinos hasta que encontrara trabajo de nuevo o pudiera montar mi tienda de antigüedades, lo cual está complicado ya de por sí-. ¿Hay niños? –pregunto de repente tomando el control de la situación y cogiendo la carpeta que ha dejado sobre la mesa.

– No hay niños –responde tras unos segundos de reflexión dejando el cigarro en el cenicero tras dar una larga calada.

– ¿Cuándo voy?

No es que tenga nada en contra de los niños, más bien es en contra de los niños de mi familia... ¿Cómo pueden ser tan nerviosos? El caso es que les quiero más que a nada, pero dos semanas de relax me vendrían muy bien, no sólo fuera de ese estrés infantil, también fuera de la locura que es en general mi familia. De hecho, trabajar es para mí relajarme, como el que va a un

spa... ¡Qué triste es mi vida! ¿Quién va a trabajar para relajarse?

Tengo que pedirle el coche a mi padre, que probablemente no se entere ni de que me he ido, aunque a veces no sé si se hace el despistado o realmente no se entera. Llamo a la puerta de su habitación y lo encuentro haciendo un puzle de no sé cuántas piezas. Está inclinado sobre la mesa donde va examinando el dibujo, que ya está hecho a medias, con una lupa en una mano mientras en la otra sostiene una pieza.

– ¿Dónde tienes las llaves del coche? –le pregunto como si no comprendiera que a veces se le olvidan las cosas.

– Están en el lapicero –responde sin despegar la vista de la lupa.

Sabía que era mejor preguntar directamente, despreocupada. Como decía antes, creo que a veces prefiere abstraerse de todo y seguir en su mundo por voluntad propia.

– ¿Dónde vas?

– A Segovia, no tardaré.

– Lleva cuidado –dice sin dejar de observar su puzle.

– Lo tendré, besito –le susurro dándole un beso en la mejilla tras coger las llaves del lapicero.

Mis sobrinos entran en ese momento y suspiro, la breve paz se ha acabado.

– Podemos ayudarte abuelo –dice Manuel.

– Suerte papá –le deseo riendo porque le van a destrozar el puzle en dos minutos...

– Paulisky, ¿dónde vas? –me pregunta Aaron.

– ¿Cuándo vuelves? –pregunta el otro.

– Bueno, cuando termine, y voy cerca, a una hora de aquí, no es el fin del mundo.

Una o dos, pero no les voy a alarmar. Ellos no tienen ni concepto de tiempo ni de distancia, viven en su mundo infantil en el que no se enteran de nada, y sin embargo se preocupan si saben que voy lejos.

– ¿Podríamos ir contigo?

– Sí, para tardar más... Mejor seguís aquí y estudiáis que os hace falta con las notas

que estáis sacando... –digo en un tono de rabia que no debería emplear ahora, si realmente lo que quiero es salir de aquí cuanto antes.

– Nena, ¿cuándo vendrá el vecino para lo de las humedades del baño? –pregunta mi abuela desde el umbral de la puerta.

– Ay abuela, mañana por la mañana.

Entonces se oye a mi madre gritar desde el salón. No la hemos entendido, pero me parece que no está de acuerdo en que venga mañana. Mi abuela le pregunta gritando para que repita porque que no la hemos oído. Lo cual es difícil porque tiene un tono agudo que bien encaminado podría servir para cantar ópera o para romper copas de cristal.

– ¡Que mañana tiene médico el Antonio!

– Pues que se encargue la abuela de tratar con el vecino.

– Ya quisiera yo encargarme del vecino –dice mi abuela riéndose–. Con veinte años menos... O treinta.

– Será mejor que me vaya, ya tengo la maleta hecha.

Salir de mi casa y lograr despedirme de todos ellos ha sido una tarea titánica. Ha sido como una de las doce pruebas de Astérix... Sólo los dioses podrían conseguirlo. Pero al fin estoy en el coche de camino a la casa que van a embargar con todo lo que hay dentro. Creo que incluso con su dueño dentro. No es que me haga gracia lidiar con antiguos dueños embargados, pero creo que es menos estresante que la locura de casa que tengo.

Lo peor que puedo encontrarme es a un tipo con una escopeta en la puerta, y eso ya me lo he encontrado alguna vez... Así que nada me sorprende. Llevo un arma de juguete para esos casos, y con el nivel de estrés al que estoy sometida, mi puesta en escena con el arma es muy creíble. Porque sólo tengo que recordar alguna anécdota de mi vida cotidiana para sacar los “ojos de loca”, y nadie puede dudar que tengo ganas de disparar a alguien cuando estoy así... Hasta yo misma dudo de lo que soy capaz en ese estado.

Tal vez debería calmarme un poco, no tiene por qué ser un ogro. Seguramente sea un pobre hombre que ha perdido todo y estará hundido en su propia tristeza. No tengo de qué preocuparme. Me imagino que será el típico señor mayor que ha estado guardando todos los objetos familiares acumulados durante generaciones. Tendré trabajo allí si es así. Y suele serlo.

Tras más de media hora conduciendo por la autovía que va al norte decido parar en el primer pueblo que encuentro tras desviarme por una carretera comarcal, porque no sé si voy bien o me he liado. Será mejor que ponga el gps.

– ¿Señorita? –dice un señor con boina desde el otro lado del cristal de mi ventanilla en el momento en que he empezado a mover el móvil como si fuera un ventilador en sus

horas bajas sobre la palma de mi mano. Es que no sé si voy o vengo, definitivamente me he liado. El gps funciona cuando se está en movimiento, porque así como estoy, la flecha se mueve como la de una brújula en el polo norte.

– ¿Dónde estamos? –pregunto bajando la ventanilla y notando el viento frío que arrecia por estos lares–. La madre que me parió el frío de cojones... –me detengo en cuanto veo la cara de sorpresa del hombre.

– En Madrid no estamos, eso seguro –responde él mirándome como si fuera una alienígena. No será para tanto. ¿O es que aquí no se dicen tacos?

– Estoy buscando esta dirección –digo enseñándole el móvil aunque él se resiste a mirar la pantalla.

Tendría que haber puesto el gps antes, pero no quería quedarme sin batería cuando llegara lo peor. Lo que no había previsto es que tampoco me sirviera de mucho entre montañas...

– No le recomiendo ir allí –dice el buen hombre, con la preocupación pintada en su rostro.

De pronto me ha recordado una película de vampiros, siendo yo la damisela inocente que va a la casa de Vlad el empalador. Siendo el camino que lleva al castillo, la carretera que tengo por delante. Y siendo el hombre de la boina que tengo al lado, el pueblerino que perdió a su hija a manos del chupasangre...

Ya es tarde y el camino, bueno, la carretera, se ve bastante oscura. Y mi carruaje se va a convertir en calabaza como a la cenicienta.

– Si va a ir allí debería ir por el día –me recomienda leyendo mis pensamientos.

– ¿Queda mucho?

– Un cuarto de hora más o menos siguiendo la carretera y luego en el cruce tiene que girar a la izquierda y a unos diez minutos más.

Por un momento pienso en que tal vez tenga razón y debería ir por la mañana, incluso el dueño podría estar durmiendo cuando llegue, aunque no es tan tarde, es sólo que ha oscurecido pronto porque estamos en invierno...

– Bueno, voy a intentarlo, en el peor de los casos puedo dar la vuelta –resuelvo no dejándome llevar por estúpidos presagios que nada tienen que ver con la civilización. No debería leer tantas novelas de vampiros, sabía que esto me traería problemas... Aunque tengo que reconocer que las novelas de vampiros que leo no son de terror precisamente... Y al final, Vlad, empala de otra manera...

– A lo mejor no le resulta tan fácil volver... –me advierte cuando ya estoy cerrando la ventanilla para continuar mi camino.

¡Qué mal rollo me está dando! Sin embargo, no me queda otra, ya voy camino de la casona. Además, aunque hubiera un vampiro en el “castillo”, sería una estancia más relajante y pacífica que estar en casa con mis sobrinos... En realidad creo que prefiero lo del vampiro que los gritos de mis sobrinos o sus peleas cuando llega la noche y uno quiere una cosa y el otro quiere otra... De todas formas, da igual lo que prefiera, no puedo hacer otra cosa que ir y hacer mi trabajo, que es a lo que he venido.

El gps ha empezado a volverse loco cuando he pasado el pueblo. Las indicaciones del hombre estaban muy bien, pero no se ve nada por la oscuridad y los árboles que lo inundan todo. Realmente parece una escena de Drácula. Y lo único que me mantiene con el ánimo a tope es la idea de que volver atrás sería encontrar a mi familia esperando a soltarme todas las quejas que tienen unos contra otros. Porque estoy segura de que en cuanto regrese me van a contar todos los problemas absurdos que les haya surgido de sopetón y no voy a entender nada. Suele ser así cada vez que me voy.

El panda de mi padre no está hecho para estos parajes pero resiste como su dueño y lleva años en la familia aguantando carros y carretas. Sin embargo, a pesar de haber dado tanto por la familia, me parece que está contando sus últimos días.

– Un esfuerzo más, sólo un poco más y llegamos –le ruego al coche con desesperación. No quisiera quedarme en medio de la nada.

En realidad no sé cuánto falta. He hecho lo que me ha dicho el hombre del pueblo, pero hace rato que tendría que haber llegado y no he visto ninguna construcción, casa, mansión o castillo de Drácula. Lo que sí empiezo a ver es humo saliendo del capó. Lo cual me está preocupando, porque es tarde y lo que me faltaba es quedarme tirada en medio de ninguna parte.

Pensándolo bien, puede que tenga razón el tipo del pueblo y haya algo que me impida volver, una especie de maldición que trae mala suerte. Una que hace que el pobre panda no dé más de sí. De hecho, acaba parándose en medio del camino que ya ni siquiera está asfaltado. Si es que no se le podía pedir más, pienso con resignación cuando decido salir del pequeño habitáculo en el que llevo metida ya más de dos horas con el culo plano. A pesar de la situación, tengo que reconocer que ahora que estoy de pie siento un gran alivio. No estoy acostumbrada a estar tanto rato sentada.

Ni siquiera se me ocurre sacar mi maleta, porque de todas formas no sé ni dónde estoy ni si falta mucho para llegar, aparte de que el gps va cambiando la ubicación cada dos segundos por los caminos que serpentean hacia la cima de la montaña. Decido que es mejor seguir subiendo con la idea de que llegaré a algún sitio, porque teóricamente tendría que haber llegado ya. No debe estar lejos mi destino.

La suerte me sonrío por primera vez en todo el día cuando veo la reja hecha polvo de una propiedad a la derecha del camino. Casi al lado de donde se ha quedado el coche.

La puerta de reja está medio abierta, y no es que haya marcas de haber sido movida en una dirección u otra, porque los matorrales que han crecido a su alrededor deben llevar años ahí. De todas formas empujo un poco más para comprobar si podría abrirla del todo y meter mi coche. Pero tras varios intentos y algún que otro chirrido, no consigo gran cosa, porque está

atascada.

No hay mucha luz, y es mejor no perder más tiempo con esa puerta, ni tampoco me preocupa demasiado que mi coche haya quedado en el camino, porque no creo que haya mucho tránsito por la zona...

Así que me adentro en la propiedad intentando que las plantas no me toquen la piel de las piernas, porque entre las botas y la falda hay media pantorrilla al aire y soy alérgica a todo lo que existe en la naturaleza. Si no está procesado e higienizado, me da alergia. Al fin, y con mucha dificultad, llego al edificio oculto tras la vegetación. Ya sólo me falta encontrar la puerta, entre la vegetación y la oscuridad.

Me estoy agobiando y pienso, en mi desesperación, que no debería haber venido, a pesar del estrés, del agobio de mi familia y de la posibilidad de perder mi trabajo. Porque a este paso me va a salir urticaria por todas partes y voy a regresar hecha una bola rojiza. Desde luego no necesitaré el coche, puedo volver rodando cuesta abajo desde lo alto de la montaña. Claro que, yo no sabía que sería tan raro todo esto, es decir, tan... tétrico. ¿Cómo puede vivir alguien en un lugar así? O puede que esté deshabitado y el “okupa” o mejor dicho, el dueño por poco tiempo, haya decidido facilitar las cosas yéndose antes del embargo. Lo dudaría, porque no me ha pasado nunca, y en la oficina creo que sólo ha pasado un par de veces. Así que, teniendo en cuenta mi suerte y haciendo un cálculo de probabilidades, seguramente el dueño siga viviendo en este lugar como un jodido ermitaño loco que me hará la vida imposible en cuanto sepa que me envían para evaluar todo lo que tiene y quitárselo sin miramientos, sin piedad, sin contemplaciones y con la coletilla de “no es nada personal”.

Llamo a la puerta tras asomarme por varias ventanas que no ofrecen ninguna visión del interior, porque está muy oscuro. Nadie responde a mis golpes y con una patada final la puerta se acaba abriendo sola. Demasiada humedad por estos lugares, y la madera ha cedido finalmente. No es que yo esté tan fuerte... Creo. Aunque levantar niños de cincuenta kilos tiene su mérito. No entiendo cómo mis sobrinos están tan rechonchos si no paran quietos, aunque también comen demasiado. Pienso que cuando peguen el estirón se verán más normales. Pobres niños...

No veo nada, está demasiado oscuro en el interior a pesar de que ya no hay puerta. Sin embargo, de repente, oigo un ruido y me doy cuenta de que no estoy sola, hay alguien más aunque no pueda verlo.

– ¿Hay alguien? ¿Disculpe?

– ¡¿Quién cojones?! –pregunta un hombre al que no consigo ver el rostro por culpa de la oscuridad del interior. Realmente no veo nada, pero su voz suena bastante aterradora.

– Oiga, esa boquita.

– ¿Quién es usted? ¿De dónde viene?

– Del infierno –del infierno de mi casa. No quería decir eso en realidad, es que me ha salido del alma.

– ¿Cómo? –pregunta más confuso que enfadado por un momento.

– Me envían del banco para tasar todo lo que hay aquí antes del embargo.

Empieza a acercarse con cara de cabreado, aunque apenas se ve, y me doy cuenta de que lo del infierno no surte efecto, pero la idea de perderlo todo no debe ser agradable. Es un pedazo de mole enorme y por unos segundos la parte reptiliana de mi cerebro se ha acojonado. Otra parte no, está claro. Otra parte se ha quedado boquiabierta, sorprendida. Es que impresiona ver a alguien así de alto y ancho acercándose.

– No se me acerque, he derribado esa puerta de una patada –digo a modo de defensa enarcando una ceja.

Vuelve a mirarme confuso y luego a la puerta. Al menos se ha detenido. Es que la imagen oscura de ese hombre, al que no consigo ver la cara del todo bien, acercándose, me ha asustado.

– Haga lo que quiera, al fin y al cabo esta casa se cae a pedazos –resuelve él solo dándose la vuelta y dejándome sola.

– Un momento, se ha quedado mi coche en medio del camino.

– No va a pasar nadie más por esta carretera, pero lo puede aparcar dentro – responde sin darse la vuelta ni detenerse.

– Se ha estropeado y encima la puerta de la reja está atascada.

– Pues le da otra patada de las suyas –le oigo decir cuando ya ha desaparecido por el pasillo que lleva al interior del edificio, a un lado de una enorme escalinata.

Me quedo hablando sola en el vestíbulo, expresando mi inconformismo con la idea de quedarme en este lugar por dos semanas, y ya de paso cagándome verbalmente en el dueño de la casa. El dueño por muy poco tiempo, porque es cuestión de días.

Muevo el móvil para encender la linterna y ver con más claridad el lugar en el que me encuentro, aunque mis ojos ya se han adaptado a la poca luz. Será mejor, sin embargo, localizar el interruptor de la luz, si es que todavía tiene suministro.

No sé hasta qué punto las condiciones de vida de este lugar son aceptables desde el punto de vista higiénico, o habitable. Este lugar es un cúmulo de trastos de la época de mi bisabuela y, por si fuera poco, creo que el dueño tiene síndrome de Diógenes, porque también hay una acumulación de porquerías actuales...

Porque tengo el coche roto, si no me volvía al pueblo que hay abajo y volvía por la mañana para trabajar rápido y terminar cuanto antes teniendo el mínimo contacto con la casa y con el dueño. Porque no creo que pasar la noche aquí sea buena idea.

Sigo caminando hacia el interior del caserón y veo que está hecho un desastre, así

que decido subir por la escalera que parte del centro del vestíbulo y que desaparece por un lado, donde previsiblemente están las habitaciones. Antes de abrir la primera puerta pongo la oreja pegada a la madera para comprobar que el dueño no está ahí dentro, lo último que quiero es encontrármelo en una. A estas horas no pienso comprobar ninguna habitación más, porque he tenido suerte y no estaba dentro, pero no quiero arriesgarme. Que bastante voy a tener que aguantar los próximos días y al menos necesito una noche de relax.

Cuando enciendo la luz veo que no hay sábanas aunque sí hay un colchón sobre una estructura de madera que debe tener más de cien años, muy bien cuidada. Así de pronto entiendo lo que puede valer. No es que haya empezado a hacer mi trabajo, pero es evidente para mí, será que tengo el trabajo tan adentro de mi cerebro que no puedo evitar ver los precios en mi cabeza cada vez que veo un objeto.

No tengo sábanas, pero tengo una bata gigante de mi abuela en la maleta, sólo tengo que ir a por ella y pasar la noche como sea. Mañana buscaré un hostel en el pueblo para alojarme en un sitio habitable.

Capítulo 2.

Ese tío es insoportable, antes me ha visto pasar con la maleta cargada, que casi no podía con ella intentando subirla, y no me ha ayudado, se ha dado la vuelta desde lo alto de la escalera como si fuera un dios griego observando a una pobre mortal y ha seguido su camino por el pasillo hacia su habitación. No era como pensaba cuando me ha asustado abajo al llegar, me lo imaginaba más mayor, como un viejo cascarrabias, pero sin embargo su aspecto no me hace cambiar de idea respecto a su carácter. Está claro que no es buena persona, por eso está en esta situación, abandonado por todos. No sé mucho sobre él, sólo que tenía una editorial y un montón de dinero y se lo ha fundido en gilipolleces, como suele pasar cuando este tipo de tíos pierden el norte por alguna razón que ahora mismo no sé, pero que tampoco voy a lograr saber si el móvil sigue sin cobertura. Y, evidentemente, el “dueño” de la casa no me va a dar la clave del wifi, a no ser que sea “soygilipollas” todo seguido y sin mayúsculas. Ya lo he intentado y no es esa.

Mañana volveré al pueblo, porque esto de estar incomunicada es un asco. O podría probar por distintos lugares de la casa a ver si pillo cobertura. De todas formas no pienso pasar una noche más aquí. Aunque tenga que llevar el coche cuesta abajo sin motor, vuelvo al pueblo mañana, no puedo estar en estas condiciones.

Para empezar, ya no sé cómo acurrucarme en este colchón, y mañana voy a tener un dolor de cuello horrible, hace un frío de cojones y se oye el viento golpear las ventanas y silbar por entre las grietas de las paredes.

No sé ya qué hacer, no puedo dormir por más que dé vueltas. Voy cambiando de postura, pero no hay manera. En definitiva, es un asco.

Tal vez haya otra habitación mejor. A lo mejor otra que dé a la orientación contraria. De todas formas seguir intentando dormir aquí es inútil, así que salgo de la habitación y abro la puerta que tengo frente a mí para comprobar las condiciones. Creo que Garmendia, el dueño, está en la habitación del fondo, porque cuando ha pasado de mí y ha desaparecido por el pasillo, he tardado un rato en oír el portazo. Por lo tanto, de momento, estoy segura comprobando por esta zona.

Pues no es que se vea mejor que la otra habitación, de hecho la debe haber usado para meter toda la mierda que no cabía abajo. Definitivamente este hombre debe tener síndrome de Diógenes. Lo que no valga nada a la basura, que es agobiante y así no podré trabajar.

– ¡O Dios mío! Soy mi madre –digo en voz alta llevándome la mano izquierda a la boca. El caso es que es lo que dice ella, que lo que no sirva a la basura...

Será mejor que vaya a otra habitación, de la misma orientación, pero con menos mierda...

He dormido de pena y me he levantado con el cuello dolorido. Encima me ha despertado la luz del sol y aunque quería seguir durmiendo no he podido. La habitación que encontré anoche era medianamente habitable, pero desde luego esto no es un hotel de cinco estrellas. Además, la primera noche que paso fuera de casa cuando viajo me resulta extraña y no suelo dormir muy bien, en la segunda ya me he acostumbrado y me adapto. Sin embargo, la primera es dura.

Salgo de la habitación y me topo con el señor de la casa, con un aspecto deplorable. Lo tengo tan cerca que puedo apreciar sus ojos claros, sus ojeras bajo ellos, su barba un poco canosa. Creo que parece más mayor de lo que es porque va desaliñado. No soporto a la gente que se abandona de esta manera, porque reconozco enseguida que tiene una buena base que ha dejado que se marchitara.

– ¿Cuánto tiempo va a tardar en quitarme todo lo que tengo?

– No soy yo la que le va a quitar nada, usted y el banco se han encargado de todo, yo sólo voy a valorar cuánto es.

– No crea que le voy a facilitar la tarea.

– Lo sé, pero la estupidez es gratuita y está al alcance de cualquiera.

Él se queda mirándome como si yo fuera un demonio y recuerdo entonces que el hombre que vi en el pueblo me advirtió de que este lugar era peligroso, pero me doy cuenta de que se equivocaba. El señor Garmendia no supone ningún peligro. Tal vez para sí mismo, pero para los demás, no.

Le sigo hasta la cocina, no es que le esté siguiendo, es que iba al mismo lugar. En realidad la casa ya es prácticamente del banco y podría decirse que la comida también lo es, porque todo lo que hay dentro de la propiedad es parte de lo que se va a valorar para pagar sus deudas. Así que no tengo ningún remordimiento en abalanzarme sobre la nevera para ver qué tiene ahí mientras me mira con la boca abierta.

– No tiene ningún respeto por la propiedad ajena. No le da vergüenza robar comida... –afirma a mi espalda.

Yo giro la cabeza y niego poniendo los ojos en blanco.

– Tengo hambre, comer es un derecho y una necesidad.

– Comprendo. Así se las gastan hoy en día los bancos y su personal.

– En realidad todo lo que hay dentro de estas paredes es del banco, incluso usted, señor Garmendia, así que puedo disponer de cuanto quiera.

Él me mira de una forma extraña y no sé qué le ha dado a éste ahora. Decido ignorarlo y volver a meter la cabeza en la nevera.

– ¿Hay tostadora? –pregunto volviendo a girarme con una bolsa de pan en una mano y la mantequilla en la otra, pero Garmendia ya se ha ido.

La cocina y las zonas que más utiliza están bastante bien, han sufrido alguna reforma recientemente. Imagino que cuando perdió la editorial y vino aquí con sus pocos ahorros decidió hacer habitable lo más urgente. Sin embargo, tampoco es que revalorice demasiado la propiedad. La cocina es bastante amplia, incluso hay espacio para una mesa enorme en la que estoy empezando a dejar todos los ingredientes que he sacado de la nevera. Al menos el dueño no se lo ha tomado mal, y en parte tiene razón, realmente es su comida, y estoy aquí “como Pedro por su casa...”

Cuando termino de desayunar me doy una vuelta por la casa inspeccionando todos los rincones, aprovechando que el dueño está abajo, en el salón, que también está bastante arreglado, con respecto al resto de la casa.

En cada habitación de la planta superior hay más trastos que en la anterior, salvo en la última, que es la que utiliza el señor Garmendia. Ahí no ha escatimado en soltar dinero para que sea una "pasada", incluso se ha construido un zona lúdica a un lado con una bañera de hidromasaje. Una extravagancia típica de un ricachón, aunque no me importaría tener algo así en mi futura casa, si es que llego a tener una en un futuro... En realidad le envidio, vivir aquí debe ser como estar en el paraíso. Se respira una paz y una tranquilidad que no he conocido en mi vida, salvo en momentos muy puntuales.

– No se puede entrar aquí, está prohibido –me espeta el señor de la casa a mi espalda dándome un susto que era lo que le faltaba a mi pobre corazón. Incluso he tenido que llevar mis manos al pecho como acto reflejo para calmarme.

– Dios santo. Casi me da un infarto –digo sin apenas aliento.

– Ya ha hurgado bastante por hoy –dice haciendo un gesto con la mano para que me vaya de su habitación.

– No he hecho más que empezar..., y lo que me queda... –le amenazo interrumpiéndole y señalándole con el dedo.

– Abajo está la vecina esperando que aparte su coche y la deje bajar.

– ¿Por qué no me lo ha dicho antes? –pregunto confusa.

– Cómo no me ha dejado acabar. ¿Siempre interrumpe así a la gente?

Paso por delante de él tras dedicarle una mirada entrecerrada y siento cómo se gira hacia mí y me sigue escaleras abajo. No quiere perderse nada, está claro, porque es evidente que no va a ayudarme a mover el coche.

Una mujer de unos setenta años, con unos ojos pequeños y hundidos y todo el

cabello blanco recogido en un moño y subida a un todoterreno que la hace parecer más pequeña ahí dentro, me mira con una sonrisa comprensiva. Le pido disculpas nada más verla e intento mover mi coche rápidamente quitando el freno de mano y empujándolo con la mano izquierda en el marco de la puerta y con la derecha moviendo el volante para intentar meter el coche en la propiedad del "señor" Garmendia. Lo del título de señor hay que ganárselo, porque un señor me ayudaría. Incluso la buena mujer se baja del coche y ofrece su ayuda, porque se me está yendo hacia atrás el puñetero coche.

– Y eso que es pequeñito –dice ella.

– No se preocupe, mejor lo dejo caer hacia atrás y que quede en la cuneta.

– Tendrá que sacarlo una grúa si lo deja ahí.

– De todas formas no funciona –me lamento.

– La puedo llevar al pueblo y habla con el del taller.

Cuánta amabilidad después de tratar con Garmendia... Casi me dan ganas de llorar por recibir un trato tan agradable después de pasar un día con ese gilipollas.

– Tal vez entre las dos podamos meterlo en la casa de los Garmendia –dice con una alegría y confianza en sí misma y en su fuerza que no sé de dónde saca. ¿No se da cuenta de que es demasiado mayor y pequeña para mover un coche?

– Ni se le ocurra, Mayte –dice Garmendia de pronto, apareciendo ante nosotras para rodear mi coche y empujar desde atrás.

A ver, no es que sea tan fuerte, es que es un panda, si no fuera porque he dormido mal yo misma habría podido meterlo dentro e incluso abrir la reja. Claro, él ha podido dormir bien en esa habitación de lujo que tiene, y se habrá bañado en su bañera relajante, pero yo estoy hecha polvo hoy. No es para tanto, encima la buena mujer no para de alabar su fuerza y su amabilidad. Aunque hay que reconocer que con su corpulencia es normal que pueda mover el coche, hay que reconocerlo, ahora que veo su espalda junto a Mayte.

– Acepto su invitación a ir al pueblo –digo con una sonrisa tras observar cómo Garmendia termina de empujar mi coche para meterlo él solo en el camino de grava lleno de matojos que lleva a su propiedad.

– ¿Es la nueva novia de Juan? –me pregunta la mujer en cuanto pongo el culo en el asiento del copiloto del todoterreno.

– No, ¡por Dios! –respondo rápidamente.

– La verdad es que no es su tipo, pero ha cambiado tanto.

– ¿Su tipo?

– Mujeres... Superficiales.

– Comprendo... Es el tipo de muchos, supongo.

– De muchos ignorantes de la vida.

No puedo evitar sonreír, porque tiene razón...

– Es que hoy en día, ya no quedan hombres.

– No quedan muchos, porque la mayoría son todavía niños, pero algún día tendrán que convertirse en hombres, digo yo... –reflexiona la mujer y no sé qué contestar a eso.

– Espero que sí, o se acabará el mundo –respondo al fin, sopesando la realidad que he conocido hasta ahora, hombres viviendo con sus madres a los que les preparan el bocadillo para irse a trabajar, con más de treinta años...

– No se acabará, por lo menos a ellos no se les pasa el arroz.

– A lo mejor es por eso por lo que la naturaleza no les obliga a madurar antes, como a nosotras.

La veo sonreír a mi lado mientras asiente con la cabeza sin dejar de concentrarse en el camino escarpado. No sé cómo subí con mi coche hasta aquí.

– A Juan le ha costado madurar, pero desde luego ahora se ha convertido en todo un hombre –dice de repente y no sé a qué viene eso ahora. .

– Sí madurar es vivir como un ermitaño, pues sí, desde luego.

– Bueno, no es eso, es que está pasando el período de adaptación.

– ¿Qué período de adaptación?

– El de niño a adulto.

– ¿Con treinta y dos años? –respondo atónita.

– Bueno, es que ahora los treinta son los nuevos veinte.

– En algunos son los nuevos diez...

La veo alzar las cejas a modo de confirmación de lo que digo, pero no dice nada al respecto.

– Así que has venido a tasar todo lo de los Garmendia...

– ¿Se lo ha dicho así el señor Garmendia? –pregunto dándome cuenta de que

cuando he subido al coche me ha preguntado si era la nueva novia de “Juan”. Creo que estaba jugando conmigo.

– Más o menos, en realidad ha sido un poco más crudo, pero es normal, está a punto de perder lo que le quedaba de la herencia familiar, y por si fuera poco detrás de todo esto están sus hermanos.

– Algo habrá hecho para que le tengan tanta tirria.

– Me temo que sí, pero son cosas familiares, no quisiera meterme.

Dudo que tarde mucho en contar lo que sabe, se ve a la legua que tiene unas ganas de sacar todo lo que lleva dentro... Sólo es cuestión de insistir un poco.

– Comprendo... –digo intentando contener una sonrisa, para lo cual decido mirar por mi ventanilla y evitar que me vea.

– Los celos pueden volver loco a un hombre.

– ¿Celos?

– O tal vez lo podría llamar "posesión". Juan era muy posesivo. Es el pequeño y eso hizo que su carácter fuera un poco egoísta. Ya sabe como son los niños... Y no le gustaba que sus hermanos le quitaran sus juguetes. Eso aplicado a la edad adulta, bueno, y con su mentalidad... Era una bomba de relojería. Ya sabe cómo son los niños, siempre peleándose por tonterías.

– ¡A mí me lo van a decir! Le puedo traer dos y dejárselos para que madure de una vez...

Ahora sí me mira como si hubiera dicho algo que no se esperaba.

– Pues le vendría bien para no pensar tanto en sí mismo –dice con una sonrisa–. Ahí está el taller –me indica parando el todoterreno delante de una nave industrial a la entrada del pueblo–. Tengo que hacer la compra, tardaré poco, paso en un ratito por aquí para llevarla de nuevo a la casa Garmendia.

Tras agradecerle a Mayte su ayuda y hablar con el mecánico me doy cuenta de que el panda está en las últimas. Primero le explico lo del humo, luego lo del pájaro que parece haber dentro del motor, luego lo del gato.

– Desde que hace Uuuu ya no hace iiii, en realidad tiene sentido, es como si el gato se hubiera comido al pájaro –el mecánico me mira como si estuviera loca–. ¿Cuándo podrían recoger el coche? La casa Garmendia está a tomar por culo de cualquier lugar civilizado y sólo pasar una noche allí ya me ha vuelto un poco loca.

– ¿Ha dicho que el coche está en la casa Garmendia?

– Exacto.

– Ahora lo comprendo todo.

– ¿Qué comprende?

– Nada, señorita, enviaré a uno de los chicos a por el coche y hablaré con su seguro.

Prácticamente me despide de su taller empujándome disimuladamente. Y finalmente me encuentro en el medio de la calle principal que va al pueblo sin saber cuándo recogerán mi coche o qué será de mí. Ha sido un poco raro. ¿Qué pasa en el pueblo con la casa Garmendia? ¿Piensan que está maldita? ¿Pasó algo allí? ¿Acaso creen que me ha contagiado algo?

No me ha gustado la cara que ha puesto cuando he dicho que estaba en la casa Garmendia. Tengo que preguntarle a Mayte por qué esa reacción. A lo mejor es que hubo un sangriento asesinato y les da mal rollo a los habitantes del pueblo.

Capítulo 3.

– ¿De compras por el pueblo? –me pregunta Garmendia desde lo alto de la escalera con su bata a lo Hugh Hefner, que no se ha quitado desde ayer, como mínimo. No me gusta su mirada altiva, o a lo mejor es que al estar en la planta de arriba aunque sea una mirada normal parece altiva... Aún así no me gusta su mirada. Desde ayer me mira con desprecio. Es verdad lo que ha dicho Mayte, está acostumbrado a tías finolis y desprecia al resto. No sé, el caso es que no me gusta.

– Sí, he ido a comprar bragas –le respondo así porque sé que va de fino también y me da mucha rabia la gente así–. Me dejé las otras en casa de mi ex, y eran las buenas, seguro que se está haciendo las pajas con ellas –creo que ahí me he pasado porque me mira boquiabierto sin decir una palabra.

Subo con mis bolsas, que por cierto, no llevan bragas, evidentemente, y paso por delante de él que me dedica una de esas miradas altivas. Mayte me ha dicho que no hubo ningún asesinato en la casa Garmendia ni nada parecido, pero como me siga mirando de esta forma puede que en el futuro sí lo haya.

– Tengo trabajo que hacer –no es que vaya a cometer el asesinato, pero me dan ganas de acabar antes para que lo echen también cuanto antes.

– De no ser por las deudas jamás habrías entrado en esta casa –dice cuando ya he pasado por delante de él. Si llega a decirlo cuando aún estoy cerca le estampo una bolsa en la cabeza. Ha dicho lo peor que podría decir. Cómo odio a la gente clasista y altiva.

– Creo que voy a esforzarme por acabar mi trabajo más rápido y que te echen de aquí en. Digamos..., una semana –respondo al detenerme delante de la puerta del cuarto que ocupé anoche–. Va a ser el primer embargo que disfruto profundamente –le aseguro.

– Será un infierno para ti.

Eso me hace sonreír, si supiera lo que es convivir con dos niños hiperactivos y el resto de mi familia de locos...

– Vengo de uno, esto es el paraíso.

Tras pasar toda la tarde trabajando a destajo, para hacer en una semana lo que otro haría en un mes, llego a la cama reventada. Y justo cuando voy a cerrar los ojos tras bostezar

profundamente, empieza a sonar música a todo volumen que incluso hace retumbar las paredes y el techo, hasta el punto de que cae algo de yeso sobre mi nariz.

– ¡Qué cojones! –exclamo sin entender nada por unos segundos, los que tardo en recordar la amenaza.

Sonrío en la oscuridad mientras sigo acostada en la cama, no sabe que yo vengo del infierno, se lo dije cuando llegué y se lo he dicho hoy. Estoy preparada para ruidos nocturnos causados por niños, o por adultos con cerebro de niño... Tengo unos tapones en el bolso por si hay ruidos en momentos inoportunos. Los habría usado ayer pero encontré esta habitación donde la orientación es mejor y no se oía ni un ruido. Sin embargo, es momento de usar mi arma secreta.

Éste se cree que podrá conmigo, pero a fin de cuentas el que no va a poder dormir en toda la noche va a ser él. Incluso tengo pastillas para dormir, no es que me guste abusar de pastillas, pero tengo que reconocer que voy equipada con todo lo necesario para vivir hasta en Guantánamo.

Al día siguiente estoy como una rosa, porque incluso él se cansó y, en algún momento de la noche, decidió apagar la música. Si es que no tiene muchas luces el pobre. Salgo de la habitación y lo veo con unas ojeras que le llegan al suelo, pero intenta disimular su malestar con una sonrisa mientras apoya su espalda contra la puerta de la habitación frente a la mía. Yo también he salido en bata, visto que es el uniforme oficial de la casa. Es la única excentricidad de Garmendia que me parece digna de imitar.

– ¿Una mala noche? –me pregunta entrecerrando los ojos para observar mi reacción.

– En absoluto, de hecho ya me he acostumbrado a dormir aquí y he dormido mejor que ayer.

Su expresión no tiene desperdicio, está claro que esperaba verme enfadada. Para verme enfadada tendría que observarme tras cuatro horas con mis sobrinos. Ellos sí pueden con mi paciencia, éste no les llega ni a la suela de los zapatos. Jamás me desquiciará, he sido entrenada en el infierno, tal y como le dije cuando llegué.

Me sigue a cierta distancia hasta que llego a la cocina y me preparo el desayuno con toda la tranquilidad del mundo.

– ¿Cuál es la clave del wifi? –pregunto mientras empiezo a untar las tostadas con mantequilla. Él sigue mirándome de pie durante unos segundos, desde el marco de la puerta. Y sólo entra en la cocina cuando va a responder.

– No creo que pienses que te la voy a dar –escupe con desprecio mientras me imita

cogiendo unas rebanadas de pan y las mete en la tostadora.

– No, en realidad era para contestarte que no la necesito –respondo sin dejar de sonreír mientras miro las noticias en el móvil.

Por alguna extraña razón hay lugares en la casa donde pillo cobertura y como tengo gigas ilimitados, todo resuelto.

– Puede que luego vea una película en streaming...

Deja el salero al lado de su plato y yo me estiro para alcanzarlo.

– No sé cómo lo haces, pero podré contigo.

Cuando voy a echar sal me cae el tapón y una cantidad exagerada de sal tras él. No es la primera vez que me hacen esta “bromita”, así que ya sé el remedio, quitar con el cuchillo todo lo que sobre. Y de hecho lo hago con toda la tranquilidad del mundo.

– Debe ser frustrante –respondo dándole un bocado a la tostada–. Incluso tengo que agradecer tu ayuda, tengo la tensión baja. Además, con la edad cada vez noto menos los sabores. Le suelo echar un exceso de sal y de sacarina a todo lo que pillo.

Él refunfuña algo, como un niño al que le ha salido mal la jugarreta, bueno, no como, sino igual... Es un niño grande.

No soporta más mi presencia así que coge su plato y sale de la cocina refunfuñando algo más. Creo que ha dicho que me voy a enterar.

Él si que se va a enterar de lo que es vivir en la indigencia, cuando acabe con él.

Tengo que terminar con esto lo antes posible, incluso me estoy planteando llamar a algún compañero para repartir el trabajo, aunque también los beneficios... No estoy muy segura y me planteo repartir el trabajo seriamente hasta que llama mi madre desquiciada gritando que no puede con mis sobrinos, y es entonces cuando recapacito y comprendo que aquí estoy mejor. Hay cierta paz casi todo el tiempo. Ayer pasé la tarde en plena soledad haciendo inventario de todo lo que encontraba en una de las habitaciones de “Diógenes”. En realidad, aunque a veces los llamo trastos, me encantan estas antigüedades, tienen tanta historia detrás, incluso puedo imaginar a las personas y la vida de los que las usaban. Hoy me estoy centrando en otra habitación y he encontrado una colección de monedas, llevo dos horas con más paz todavía, salvo los quince minutos de la llamada de mi madre. Estoy muy agusto en esta casa, pensándolo bien. Catalogar las monedas es una de las cosas que más me gusta y encontrar este tesoro me ha salvado el día. Además, si desenroscar un salero o poner música por la noche es lo máximo que puede hacer ese adulto-niño, me parece que estoy en el paraíso.

La mayor parte del tiempo ni me entero de que está Garmendia. Durante el día casi no se le oye, vamos, que no molesta demasiado. Algunas veces lo he oído pasarse por abajo,

pero no es que se mueva mucho, no sé que hace en realidad. Vi en el salón un puzzle gigante y creo que lo ha hecho recientemente, pero ahora no está haciendo nada de eso. A ratos me da curiosidad saber qué hace tantas horas aburrido en esta casa, pero como tengo trabajo y estoy ocupada, tampoco es que haya dedicado más de dos minutos a pensar sobre ello. Lo he visto con un portátil en el salón, pero nada más allá de eso.

Sin embargo, sí tengo curiosidad por saber algo, saber quién es él exactamente, cómo era antes. Así que consulto el móvil y veo que aquí pilla algo de cobertura. Entro en la búsqueda y pongo su nombre. Me siento en una silla infantil de mimbre que hay en un rincón, polvorienta debido a su abandono, rodeada de más trastos de la época de mi bisabuela; y me pongo a leer sobre la vida y milagros de Juan Garmendia...

– Vaya, vaya... Así que eras el típico playboy...

No me lo imaginaba así, aunque tampoco me lo imaginaba de ninguna manera, es decir, con éxito. Sabía que había tenido su negocio, la editorial, y que la había perdido, pero quién diría que alguien puede cambiar tanto... Aunque dijo Mayte que su tipo eran las mujeres superficiales, imaginé que el estilo era de chica finolis como debía ser él. Realmente no le di más vueltas, pero desde luego no imaginaba a este hombre como un playboy. Miro las fotos en la búsqueda y lo veo en cada foto con una chica distinta, la mayoría deben ser las modelos de la revista más importante de la editorial, a juzgar por el aspecto...

– ¿Dónde están ahora ellas?

– Con otros tíos con éxito –responde Juan desde el umbral de la puerta y me da un susto de muerte. Uno en el que se me cae el móvil y yo voy detrás porque es mi única conexión con la civilización en esta casa del siglo pasado.

– Por favor –me quejo sosteniendo al fin el móvil en mis manos como si fuera una delicada criatura–. ¿Cómo se te ocurre darme este susto? –le pregunto mirándole con reproche.

– No me gusta que hablen de mí. Además, creía que estabas trabajando. Para echarme cuanto antes... –me recuerda.

– No hablo con nadie, estoy sola. Y necesitaba saber quién de mi “enemigo”, saber a qué me enfrento.

La verdad es que sólo miraba por curiosidad sobre la vida de Juan Garmendia, porque como enemigo es bastante flojete, pero, por supuesto, no quiero que piense que me interesa su vida.

– De todas formas me es grato informarle, señor, que he adelantado mucho trabajo, puede que tarde incluso menos de una semana en acabar con usted –miento, porque en realidad aquí hay más trabajo del que había previsto, pero quiero verle asustado.

– Habrá que ver quién acaba con quien.

– Vivo en una casa que parece un psiquiátrico, hay dos niños, dos adultos y una

abuela, los cuales gritan continuamente y no saben qué inventar para desquiciarse entre ellos. Cualquier cosa que hagas no tiene ni punto de comparación con lo que ya hayan hecho. Para mí, estar aquí es como estar en un spa, un retiro espiritual, el único problema es... –iba tan embalsada que casi suelto por esta boquita lo único que me afecta. Mi único problema en la vida. Problema a tratar y tratado en terapia, que no ha servido de mucho, por supuesto. De lo contrario ya no sería un problema. Lo llevo bajo control porque intento pensar sólo en el trabajo y en mi odio hacia ese hombre, pero es duro.

– ¿Qué problema?

– Ninguno –resuelvo volviendo a tomar la carpeta que había dejado en el suelo antes de cotillear en mi móvil sobre la vida de Juan. Sé que me está mirando mientras guardo el móvil entre el dobladillo de mi falda y mi muslo. Necesito el contacto con él, es lo único que me une a la realidad, la civilización, el mundo...

– De acuerdo –acepta muy alegremente.

Algo trama, el problema es que no sé qué es ahora. Aunque por lo que ya sé de él y he averiguado hace unos minutos, no es que tenga muchas luces. Probablemente vaya a su habitación a consultar en el ordenador alguna página sobre novatadas en la universidad o algo así, porque las que hacen los niños de “Sonrisas y lágrimas” ya las ha hecho todas... hasta puso una rana esta mañana en mi cama... Nunca había visto una, me ha parecido bastante curioso el animalito. No quería matarla y la he llevado tranquilamente hasta el lago artificial y hecho polvo que hay en el jardín, ante los ojos asombrados de Garmendia.

Por si fuera poco representa el tipo de hombre que siempre me ha caído fatal, es decir, ahora que sé cómo era antes de recluirse en su encierro voluntario, me cae peor. Es que ese tipo de hombres, tan “chulitos”, no me gustan nada, siempre los he evitado como si fueran la peste. Me generan un rechazo innato. Si es que ya lo decía mi mejor amiga desde hace tiempo: “No quedan hombres buenos, los buenos ya están cogidos, y los que quedan son los que no quería nadie o no pueden estar con nadie, porque desde luego alguna tara tienen...” Me acuerdo de sus palabras cada vez que veo a un soltero como Juan Garmendia... Es el estereotipo de hombre que no querrá nunca a ninguna mujer, que sólo se quiere a sí mismo.

De pronto noto una vibración en el móvil, que llevo pegado a mí como si fuera una prolongación de mi cuerpo.

Es mi ex. A ver si me devuelve las bragas, pienso en un momento de duda al sostener el móvil en las manos, pero no, mejor paso de él, porque para qué. Me tiene negra, le bloqueé, le mandé a la mierda, y no me mandó un puñetero e-mail, ¿será posible? ¿En qué mundo vivimos? ¿Qué está pasando? Eso sí, ahora me manda un e-mail diciendo que quiere hablar. A estas alturas ya se me ha pasado todo y sólo tengo ganas de mandarlo de nuevo a la mierda. Ni le contesto, aunque tengo ganas de decirle cuatro cosas, como por ejemplo que qué ha hecho con mis bragas, si le sirvieron para algo o si sigue yendo detrás de todas las tías que no le hacían ni caso antes de conocerme a mí. Parece ser que los hombres inseguros, cuando reciben algo de atención, se piensan que son la “puta hostia” y pueden ligar como si fueran hombres nuevos, como si hubieran rejuvenecido o les hubiera caído polvo de hadas o algo así. Más bien le eché un polvo y

se creció, pero ni soy hada ni él es Peter Pan, aunque mentalmente sí es un niño, claro está.

No puedo soportar más y decido dejar el móvil en el suelo porque seguro que me dan intenciones de contestarle alguna burrada y quiero ser “elegante” y no soltar barbaridades en un arrebató de rabia. Aunque podría enviarle un único mensaje diciendo “gilipollas”..., pienso desviando de nuevo mi mirada hacia el móvil y apartándola por un momento de la carpeta que sostengo ahora entre las manos, apoyada en mis rodillas. Miro de nuevo el móvil que reposa en el suelo, sobre una capa de polvo acumulado durante años. No sé ni cómo puedo respirar en esta habitación, el aire está viciado. Lo mejor sería acabar cuanto antes y salir de aquí, y es justo lo que hago cuando termino de clasificar todo lo que hay en la habitación y salgo comprobando que Garmendia está en su habitación antes de bajar a la cocina.

Capítulo 4.

Cuando salgo de la habitación con más hambre que pensamientos en mi cabeza, porque ha pasado ya una hora de cuando suelo comer, oigo el sonido de la vibración de un móvil justo al pasar por la sala donde estaba trabajando esa mujer, pero ella no está. Es un poco raro, no se despega de su móvil en ningún momento, lo lleva siempre pegado a su mano, o a veces incluso la he visto metérselo por el interior de su ropa... Un poco raro, pero pensaba que tenía el sentido del trabajo grabado a fuego en su ADN. Sin embargo hasta la gente tan trabajadora necesita un momento de relax. O tal vez se ha puesto nerviosa al ver tanto trasto en esa sala y se ha despistado. El caso es que no puedo evitar entrar en la habitación y coger el móvil para contestar.

– ¿Sí?

– ¿Quién es?

– ¿Quién es usted?

– Soy José, ¿dónde está Paula?

– Creo que está en la cocina.

– ¿Ya ha encontrado a un tío que le siga el rollo?

– Tal vez, ¿hablamos del mismo rollo?

– Debería seguir yendo a terapia en lugar de buscarse a otro gilipollas –dice antes de colgar y no entiendo de qué va esto. Quería que me explicara más cosas, no que colgara. ¿Qué terapia?

Al contestar la llamada el móvil está desbloqueado, o tal vez no tiene patrón de desbloqueo, pero el caso es que ahora tengo acceso a todo su contenido... Miro sus mensajes por encima, los grupos en los que está y sus contactos, pero lo hago tan rápidamente que no me da tiempo a ver nada concreto. Y entonces entro en la galería, y deslizo la pantalla lentamente pero no me da tiempo a ver bien lo que creo que he visto, porque oigo sus pasos acercándose muy rápidamente y tengo que dejar el móvil en el suelo tal y como estaba mientras me escondo en la oscuridad del fondo de la sala, tras un armario que hay entre los demás trastos amontonados.

Casi me da un micro-infarto al darme cuenta de que mi móvil no estaba en mi bolsillo. Es bastante agobiante y no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Perder el móvil es como

perder el alma. Te empiezas a poner nerviosa, el corazón comienza a palpar rápidamente y el mundo y las paredes parecen empequeñecerlo todo. Hasta me faltaba la respiración, aunque luego he recordado que lo había dejado en la habitación donde estaba trabajando y me he tranquilizado, un poco sólo, lo suficiente como para llegar a la planta superior sin caerme por las escaleras y coger el móvil. Que es cuando realmente me he calmado y he podido respirar profundamente todo el polvo acumulado durante los últimos cincuenta años. Por lo menos. Lo guardo en mi bolsillo y, sentirlo cerca de mí, me tranquiliza totalmente. No sé cómo se me ha podido olvidar, si llevo ahí mi vida.

Vuelvo a bajar a la cocina y pocos minutos después aparece Garmendia. Hace dos días que no me ducho, porque en la casa sólo hay una bañera y está en su habitación. El resto de baños están para un arreglo y el único que más o menos se puede utilizar no tiene bañera ni ducha.

– ¿Nunca sales de la casa? –pregunto como si me aburriera y quisiera conversación absurda, evidentemente no le voy a preguntar si me deja usar su bañera, porque diría que no.

Él me mira entrecerrando los ojos mientras pasa delante de la mesa de la cocina en la que estoy comiendo. Cuando abre la nevera me contesta.

– No salgo mucho, me gusta estar aquí.

– Alguna vez tendrás que comprar, no queda leche.

Él se da la vuelta y me mira durante un segundo, en el que no sé interpretar su expresión. ¿Qué he dicho? ¿Le ha sentado mal?

– Estuviste ayer en el pueblo, ¿por qué no has comprado?

– No sabía que no había leche hasta ahora, no es mi casa.

Él tose y sé que ha fingido la tos, está bastante claro.

– Si funcionara mi coche, pues iría yo misma –añado–. De hecho, si funcionara habría vuelto al pueblo y me habría alojado en el hostel.

– Comprendo –dice tras un suspiro y luego cierra la nevera de un portazo.

– ¿Siempre tuviste ese carácter o es por estar de ermitaño aquí?

– ¿Y tú siempre fuiste tan impertinente?

– Te contestaré a pesar de que no me has respondido. Sí, siempre fui así, aunque soy más amable con otras personas, depende de con quién hable. Te toca.

– Me pasa igual, soy más amable con la gente que no viene a quitarme mi casa y mis últimas posesiones.

– No es tu casa, y si no hubiera venido yo, habría venido otro compañero, y te aseguro que soy mejor compañía.

Él me mira poniendo los ojos en blanco, como si no diera crédito a mis palabras.

– Lo dudo.

– Sólo somos dos los que nos desplazamos a cualquier sitio de la geografía nacional. Y el otro se tira unos peos que quitan el sentido.

Ahora sí que he captado su atención, ahora sí que no da crédito a mis palabras. Y yo me limito a encogerme de hombros. Me encanta la cara que pongo cuando digo algo tan poco “fino”. Es imbécil. Me incita con esa cara a decir cosas peores.

– Eres muy rara.

– Habló el que es totalmente normal... –respondo en un tono más bajo levantándome para llevar mi plato al fregadero–. ¿Cuándo vas a ir al pueblo?

– Eres insistente.

Soy insistente sí, pero he conseguido que se vaya y al fin tengo la casa sola para mí. He disimulado mientras él estaba pululando por aquí y por allá como si estuviera trabajando y fuera a trabajar el resto de la tarde, pero en realidad sólo estaba pendiente de sus movimientos.

Tengo que aprovechar, aunque sé que le llevará un buen rato ir al pueblo, hacer la compra y volver. Aún así quiero pasar el mayor tiempo posible en esa bañera de hidromasaje... Y justo cuando oigo cómo se aleja el coche de ese gilipollas, corro hacia la bañera de hidromasaje que tiene escondida en su habitación y me quito la bata con la que disimulaba que en realidad estoy desnuda. Cuando abro el grifo y siento que el agua ya sale caliente casi me pongo a llorar. ¿Cómo hace para que salga caliente de inmediato? Bendita tecnología.

Metó un pie cuando la bañera ya está casi llena y luego metó el otro sintiendo cómo el agua está en su punto justo. Es una maravilla. Cojo el móvil y empiezo a mirar uno por uno cada meme chorra que encuentro en las redes, en unas y en otras redes. Luego entro a ver los mensajes de amigas o gente del trabajo. Y de pronto recibo un e-mail. Es mi ex, que me manda un mensaje rarísimo.

– ¿Ya has encontrado a otro gilipollas?

No entiendo nada, no creo que sea bueno darle cancha y responderle, porque para qué. Lo que me parece raro es que diga eso. No sé a qué viene ese mensaje. Esto es rarísimo.

No le contesto, sino que directamente paso de él. Le podría haber dicho que me devolviera las bragas, pero bueno, el pobre hombre no tiene otro recuerdo mío, que las disfrute...

Y entonces, mientras disfruto yo, del agua caliente, del placer de pasar de él y de la soledad, oigo cómo el móvil vibra en el borde de la bañera, donde lo había dejado. Y tengo que atraparlo antes de que la vibración lo haga caer al agua, con tan mala suerte que descuelgo la llamada.

– ¿Quién es?

– Soy yo.

No sé quién es pero me dan ganas de responder: “¿Qué vienes a buscar?”, como en aquella canción, cada vez que oigo esa respuesta.

– Mira qué casualidad, yo también soy yo.

– Soy José. ¿No me tienes en la agenda? ¿Quién es el que me ha cogido antes el teléfono?

– ¿What?

No le dejo responder, sino que cuelgo para ver el registro de llamadas.

– ¡Me cago en ese hijo de puta! –exclamo chapoteando en el agua intentando levantarme sin mojar el móvil y cayendo de nuevo en la bañera porque me he pasado con el jabón que hace espuma y los aceites y todos los botes que tenía Garmendia en el borde de la bañera.

Y de pronto aparece bajo el marco de la puerta el causante de mi cabreo.

– A ti te quería ver yo. ¡Has cogido mi teléfono y has contestado mis llamadas!

Él abre la boca pero no oigo su voz. Le miro confusa y entonces me doy cuenta de que la espuma no cubre todo mi pecho como hubiera querido en una situación así.

– Oí la llamada y fue instintivo. No es para ponerse así –responde con el tono de voz bajo, como si realmente se sintiera mal por haberlo hecho–. Un momento, no te he dado permiso para usar mi bañera –añade cambiando el tono de voz a uno de reproche.

– ¡Ni yo para usar mi móvil!

– El móvil ya lo tienes en tus manos. Ahora quiero que me devuelvas mi bañera – responde cruzándose de brazos con una sonrisa maliciosa.

– ¿Quieres tu bañera? ¿Quieres que salga de tu bañera en este mismo instante?

Él asiente y mis ojos se convierten en dos rendijas. Tú lo has querido, afirmo en mi mente levantándome de la bañera y saliendo de ella como viene al mundo. Con un poco más de espuma, pero en las mismas condiciones.

Él me mira abriendo la boca cada vez más a medida que me acerco a él y la espuma resbala por mi cuerpo lleno de todos los aceites y potingues que tenía en la bañera. No es que

quiera nada con ese idiota, sólo quiero que sepa que no podrá conmigo. Que no me intimida y que tengo este cuerpecito que no va a tocar jamás. Así rabiará por dentro cada vez que me vea. Noto sus ojos abrasando mi piel porque yo no dejo de mirar su rostro, evidentemente no tengo nada más que ver en él, a diferencia suya, ya que va vestido de cuello para abajo. Y él no tiene la capacidad de disimular lo que está pensando. Heredé las enormes tetas de mi abuela, sé lo que está mirando. Casi puedo leer su mente en este momento.

Cojo la bata que había dejado en la silla frente al escritorio, a un lado, y me la pongo porque me estoy congelando, y más que me congelaré, que el agua estaba calentita y fuera no es que haga frío porque había encendido la estufa con toda la previsión del mundo, pero en cuanto salga de la habitación de Garmendia, la temperatura va a bajar estrepitosamente.

Realmente no sé en qué estaba pensando cuando he salido de esa bañera totalmente desnuda, ahora que estoy fuera me doy cuenta de lo estúpido que ha sido todo. No me gusta ser tan infantil. Él es tonto, pero yo no, tendría que haber pasado de sus provocaciones. Normalmente lo hago, el problema es que estamos aislados y se me está yendo la cabeza, y eso que sólo llevo aquí dos días. A lo mejor sí necesito el estrés de siempre, y tanta calma me está matando. Es como si ya me hubiera acostumbrado a los gritos y a los malos rollos y lo que me perturba es el silencio.

O tal vez es esa mirada de Garmendia, que me pone de los nervios. Se cree tan autosuficiente. No lo soporto. En un momento de rabia he pensado que sería buena idea lo de salir de la bañera así.

Me dirijo hacia mi habitación y me doy cuenta de que él está detrás observándome desde el marco de la puerta de la suya al final del pasillo.

– Por cierto, ¿has traído la leche? –pregunto sabiendo el doble sentido que tienen mis palabras.

No oigo su respuesta desde aquí pero tampoco me importa, me limito a entrar y poner rápidamente la estufa porque a este paso cogeré una pulmonía.

Ha intentado evitarme durante toda la mañana, de hecho sólo siento su presencia, no lo he llegado a ver en horas. Al final voy a pensar que sí fue buena idea salir así de la bañera. Se ha asustado como el niño que es. Con el cuerpo de bestia que tiene parece mentira que se asuste así. De pronto me acuerdo de las palabras de Mayte, lo de pasar de niño a hombre, pero sí que le dura el período de adaptación de... Sin embargo, ese no es mi problema. El problema es que el aislamiento está haciendo que se me olviden los recursos para controlarme y no es que lo esté pasando bien en todos los sentidos. Sí, tengo paz, tengo relajación, llevo toda la mañana trabajando sin parar, pero las manos empiezan a temblarme y no sé si pedirle a Juan que llame a Mayte para volver al taller. Porque a este paso soy capaz de coger mi coche y llevarlo cuesta abajo hasta el pueblo dejándolo caer. Realmente, según mis escasos conocimientos de física, ir cuesta abajo no necesita de motor, ¿no? Sólo de frenos...

Mientras estoy pensando en ello oigo los sonidos de una bocina y siento la esperanza de que sea mi hada madrina. Y cuando me asomo por la ventana veo la grúa con el logotipo del taller frente a la puerta de reja.

– ¡Bendito sea! –exclamo al borde de las lágrimas.

Bajo las escaleras de dos en dos y corro hacia el chico que conduce la grúa y que está bajando de ella. Mis ojos van a su culo porque llevo tres días sin ver uno así de joven. Debo parecer una obsesa, pero es que también estoy tan contenta de verle.

– No puedo expresar con palabras la alegría que siento al verte.

– Vaya recibimiento, y me decía Óscar que llevara cuidado al venir.

– ¿Cuidado? ¿Qué les pasa en el pueblo con esta casa? –le pregunto mientras él saca unos papeles sujetos a una tabla con una pinza. Empieza a rellenarlos y me mira con una sonrisa.

– No lo sé, no llevo tanto tiempo en el pueblo.

– ¿Cómo se te ocurrió venir aquí?

– Vine por mi novia, pero luego ella se fue y yo me quedé.

– Ella se lo pierde –respondo guiñándole un ojo.

Creo que no está acostumbrado a chicas tan directas, pero me sigue el rollo y empieza a coquetear conmigo.

Y cuando creo que todo será maravilloso, que seré como la señora Robinson y él mi graduado, oigo la bocina de otro coche. Nunca pasa nadie por aquí y hoy hay overbooking.

– Al fin te van a arreglar el coche –dice Mayte desde su todoterreno, que deja parado para bajar y unirse a nuestra conversación. Si supiera que acaba de interrumpir una bonita historia erótica... Si supiera que estoy al borde de no poder controlarme...

– Sí, señora, puede que tarde dos o tres días –le responde él tan jovial como si nada hubiera pasado–. Si quiere se lo traigo de vuelta.

– La puedo bajar yo dentro de tres días –se ofrece Mayte amablemente cuando yo ya iba a aceptar que me trajera el coche para poder llevarle después hasta el pueblo y tener varios momentos de intimidad.

– Gracias –digo como una tonta casi al borde de las lágrimas otra vez.

Le doy las llaves del panda y me quedo mirando cómo él sube el coche a su grúa como si no hubiera pasado nada. Lo veo despedirse con su sonrisa de jovencito mientras sube hasta el asiento del conductor con su cuerpo atlético, como si no tuviera que hacer un gran

esfuerzo por subir ahí.

Mi gozo en un pozo.

– Yo también me voy al pueblo, cuando necesites que te baje llámame.

Me despido de ella y me doy cuenta de que no tengo su teléfono, lo tiene Juan, pienso mientras veo cómo se alejan la grúa, mi coche, el todoterreno de Mayte y ese jovencito atlético.

Todo me ha salido mal esta mañana...

– Bueno, ya no puede pasar nada más... –me lamento aceptando la realidad y dándome la vuelta para volver al interior del caserón. Y otra bocina suena de nuevo. Me giro y veo un coche que me suena de algo. Un León, pero no lo conduce un león, sino una marmota.

– ¿Qué cojones haces tú aquí?

– Vengo a recuperarte –responde mi ex, José, desde la ventanilla de su coche.

– ¿Cómo se te ocurre venir a la casa de mi novio?

– No tienes, me ha dicho tu jefe que estabas aquí por trabajo.

– ¿Eso te ha dicho? Puede que al principio viniera por trabajo, pero nos hemos liado, estoy con él.

– ¿Con Juan Garmendia?

No sé cómo se me ha ocurrido tan rápido responder de esta forma, pero si hubiera venido dos minutos antes habría dicho que estaba liada con el chico de la grúa, que mala suerte.

Y peor suerte cuando me doy la vuelta para pasar de José y veo a Juan mirándome de una forma muy extraña.

– Cariño, vamos dentro, sólo es un pesado –digo rogándole con la mirada mientras le doy la espalda a José.

Se lo está pensando aunque creo que me va a ayudar, porque si no ya habría dicho que todo es mentira. Para terminar de convencerle me acerco más a él y le obligo a agacharse apoyando mis manos en sus brazos cruzados para darle un beso. Deslizo mi lengua por sus labios para darle más énfasis a la situación y que sea creíble.

– No me lo creo –oigo la voz de José a mi espalda.

Me conoce y Juan está demasiado tenso como para resultar creíble.

– Haz lo que quieras, si no quieres creerme no es mi problema. Vamos cariño –le ruego mirándole con terror en los ojos.

Juan desliza su mano por mi espalda hasta agarrar mi culo y me empuja hacia el interior de la casa diciéndole a José, cuando estamos a medio camino, que no se acerque a nosotros.

Y cuando estamos a solas en el vestíbulo a puerta cerrada y José ya se ha ido porque hemos oído cómo derrapaba por la carretera al marcharse, es cuando me mira con ojos sonrientes y yo sé que ha ganado.

– Está bien, sé que tengo que pagar el favor, ¿qué quieres?

– Quiero muchas cosas, para empezar necesito más tiempo, dame un mes.

– ¿Un mes? ¡A la que van a echar es a mí, me enviaron a mí por ser rápida!

– Un mes, tengo el teléfono de tu ex...

– Hijo p...

– Esa boquita –me interrumpe y todavía estoy más cabreada que antes–. En segundo lugar quisiera saber por qué tu jefe le ha dicho la dirección.

– José es su sobrino... Debe creer que es un favor a los dos, a veces se las da de romántico.

– Comprendo –dice comenzando a dar vueltas a mi alrededor muy lentamente mientras permanezco de pie con los brazos cruzados.

– Te doy un mes, nos vendrá bien a los dos –acepto con resignación.

– Tercero...

– ¿Cómo que tercero? Ya te he dado el mes que querías, que por cierto no sé para qué, si te van a echar igualmente.

– A lo mejor no me echan... Y tercero –prosigue–, ven aquí –me ordena plantándose delante de mí.

– ¿Estás loco?

– ¿Quieres que llame a ese gilipollas?

Yo me acerco tal y como me ha dicho antes, no sé qué quiere pero no veo qué mal puede hacer que me acerque. Coloca sus manos sobre mis hombros para deslizar mi chaqueta hacia abajo y dejar libre mi cuello, que deja a la disposición de sus labios que se acercan hasta mi piel. Siento su respiración cálida antes que sus labios, sus suaves labios que me acarician ahora con pequeños besos. Ha sido tan inesperado que no he podido siquiera pensar. No creo que pueda soportar esto mucho más tiempo, llevo tres días aquí., y creo que he gemido, ha sido muy sutil el sonido. Sólo espero que no lo haya oído.

– Quiero esto siempre que quiera.

– ¿Cómo? Definitivamente estás loco si piensas que...

De pronto no soy capaz de decir una sola palabra más porque acaba de deslizar una mano desde mi hombro hasta mi pecho y ha empezado a acariciar un pezón con sus dedos. Esto es como una versión porno de la bella y la bestia. Le aparto y me niego a doblegarme ante tanta desfachatez.

– No pienso aceptar este chantaje, esto es demasiado.

– De acuerdo, te doy hasta la tarde para que lo pienses o llamaré a tu ex. Cada día que dejes que te toque será un día más sin llamarle, piénsalo. Sólo quiero tocarte, nada más. Y cuando pase el mes le podrás decir que vamos a casarnos o lo que te dé la gana.

Me deja sola en medio del vestíbulo y me doy cuenta de que me ha liado. Odio que me líen. Y para despejarme de dudas me llama mi sobrino Aaron.

– ¿Qué quieres?

– Tía, mi hermano se ha vuelto loco y la yaya está peor que él.

– ¿Qué ha pasado ahora?

– No me deja usar la play, dice que estoy enganchado.

– ¿Quién lo dice?

– La yaya. Pero es que Manu dice que ahora la play es suya. Tienes que llamarles y decirles que no puede ser.

– Algo habrás hecho.

– No he hecho nada, se les va la cabeza. Les voy a denunciar.

No sé de dónde aprenden tanta tontería los niños de hoy.

– Pues llama a la policía para denunciarles y no me llames a mí –le respondo cabreada porque hoy todo ha sido demasiado raro. Le cuelgo y me doy cuenta de que es la primera vez que pierdo la paciencia con tanta rapidez con ellos. Normalmente aguanto horas.

Miro con el móvil en la mano hacia el lugar por el que ha desaparecido Juan Garmendia y no sé si es buena idea. ¿Cree que en un mes puede recuperar la propiedad? ¿Por qué arriesga ese mes que ya le había consentido para tocarme? ¿Tanto le gustaba? ¿O es que estaba muy solo y no tiene con quién? Es un poco raro, pero lo peor de todo es que me lo estoy pensando.

Le echaré la culpa al estrés, pero voy a entrar en el salón y voy a aceptar.

– Está bien, tienes un mes –le espeto con desprecio, como si la cosa no fuera conmigo.

Se levanta del sillón orejero en el que estaba sentado y deja su portátil en la mesa que tiene al lado.

– Me alegro de oír eso.

– Con una condición, quiero poder usar tu bañera.

– Me parece bien... Pero sólo conmigo.

Me he quedado a cuadros, a ver si tiene mi mismo problema... A saber, porque es un tío bastante raro.

– Antes tengo que saber si me gustará, no puedo comprometerme a follar con alguien durante un mes si no sé si me va a gustar –le advierto.

A él le ha cambiado la cara y viene hacia mí como la bestia que podría ser si estuviéramos en el cuento. ¡Pero si ha sido él quien ha propuesto que folláramos! ¿O ha dicho tocáramos?

– ¿Te gusta esto? –pregunta pegándose a mí y restregando su polla durísima contra mi vientre.

No soy capaz de responder, sólo soy capaz de mover mis manos entre nuestros cuerpos para saber cómo es lo que lleva entre las piernas. Y sí, es grande, no pensaba que fuera así, no es que pensara habitualmente en cómo podría ser, de hecho no lo hacía, es que pensaba que los hombres así de grandes no la tenían tan grande... O simplemente me ha sorprendido ahora, sólo porque es más grande de lo normal.

– Dilo.

– No lo sabré hasta que esté dentro –respondo ante su insistencia.

Me mira con un fuego en los ojos que me pone malísima aunque intento aparentar que todo esto no va conmigo. Entonces sube mi falda mientras inclina su cabeza para besar mis labios. Pero no los besa, los saborea, los muerde suavemente, los absorbe con los suyos, los acaricia con su lengua. Y sus manos no me levantan como creía, sus manos se deslizan por el interior de mis muslos para llegar hasta mis braguitas y acariciar mi sexo a través de ellas.

No esperaba esto de él, que supiera tocar tan bien a una mujer. Si me tiene a cien desde el segundo uno. Y después de calentarme como lo hace, finalmente mete su lengua en mi boca para enlazarla con la mía. Me dejo llevar por su manos y por su boca quedando a totalmente a su merced.

– No te voy a follar una sola vez –susurra en mi oído y no puedo negarme ahora, aunque puede que luego sí lo haga, pero ahora soy incapaz.

– ¿Cómo?

De repente sus manos van hasta el medio de mi camisa y la abre haciendo saltar los botones. Me limito a mirarlo atónita y a intentar calmar la respiración cuando baja con sus dedos mi sujetador dejando mis pechos a su total disposición. De hecho desliza sus manos ahora por mis brazos para sujetarme las muñecas a mi espalda, y bajar sus labios ahora hasta mis pezones.

No sé cuánto tiempo dedica a mis pechos, pero me está haciendo perder la cabeza. Sí que le gustan... El caso es que lo noté en cómo me miraba ayer cuando salí de su bañera, pero parece ser que era mucho más de lo que imaginé.

– Lo estás disfrutando –me quejo sin apenas aliento. Incluso no puedo evitar gemir con cada caricia de sus dedos y de su lengua. Me da rabia que me guste tanto, debe ser por la abstinencia.

– Tenía una erección desde que te vi desnuda ayer –reconoce despegando sus labios de uno de mis pezones sólo para decir eso. Y compruebo de nuevo su erección alargando mi mano hasta su polla. No debería haberlo hecho, no quiero que sepa cómo me está poniendo. Me da rabia a la vez que reconozco que no había sentido tanta excitación en mi vida con ningún otro tío. Al menos tanto y tan rápido.

Es que no sólo lo hace demasiado bien, sino que sentir tanto su deseo, sentir tanta pasión en él me está volviendo loca. Hasta oigo sus gruñidos cuando le acaricio la polla, incluso antes, cuando únicamente me besaba los pechos.

Ahora usa una mano para volver al interior de mis muslos y deslizar sus dedos por la goma de las braguitas y bajarlas ligeramente, lo suficiente como para sentir sus dedos en mi sexo y dentro de mí. No sé cómo me he prestado a esto, cómo se me ha ocurrido aceptar esta estúpida condición, es un idiota y no lo soporto, y ahora tengo sus dedos dentro de mí, acariciándome de una forma que me está desquiciando.

No puedo más, hasta mis piernas están temblando y creo que no podrán sostener mi cuerpo. Creo que lo ha comprendido, ha notado cómo me ha puesto, y de pronto se despega de mí y me cuesta hasta pensar, me cuesta volver a la realidad.

– Vamos al sofá, al menos –dice él con la voz ronca y asiento siguiéndole tal como me ha dejado, con la camisa rota y abierta y los pechos fuera del sujetador.

Él se deja caer en el sofá y me agarra de la mano para caer sobre su cuerpo con los pechos colgando sobre su boca. Si alguien me hubiera dicho que pasaría esto hace unas horas, le habría dicho que ni de coña.

Es de locos, creo que me arrepentiré, pero madre mía, que gusto.

No quiero pensar en que es un idiota, que es un clasista, que se cree por encima de los demás, por encima de mí... Aunque ahora estoy yo encima de él... El caso es que no quiero pensar en eso, pero me asaltan a veces esos pensamientos, de cómo es, de su carácter, que odio. Y

sin embargo ahora está desabrochando sus pantalones para sacar esa enorme polla que tiene y ha tumbado de un pollazo mis pensamientos negativos. Lo miro a los ojos cuando mi cuerpo actúa por su cuenta y se coloca sobre él a horcajadas. No hay burla en ellos, no hay nada, es una mirada de puro deseo.

– Ábrete para mí.

Mi cuerpo, que ya no controlo, va perdiendo la fuerza en las piernas para bajar lentamente hasta su polla y unir nuestros sexos, hasta que está en mi entrada. No aparto la mirada de la suya mientras siento cómo me toca con su polla y cómo está a punto de entrar en mí, con el más mínimo movimiento lo tendré dentro. Cómo puedo hacer esto con este tío que no soporto, debería volver a terapia. Siente mi confusión y mi temor por un momento y sube su mano hasta uno de mis pechos, que acaricia eliminando totalmente mi capacidad para pensar, incluso tengo que cerrar los ojos porque no puedo más. Y por si eso no fuera suficiente, con la otra mano comienza a acariciar mi clítoris con la yema del dedo gordo. Mi pecho empieza a hincharse con más rapidez a causa de la respiración acelerada.

Y ya no puedo más, me dejo caer lentamente para sentir su miembro enorme y duro entrando en mi cuerpo húmedo y excitado.

– Qué mojada estás... –dice en un suspiro cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás mientras mueve sus caderas para clavármela tan profundamente que podría doler si no fuera porque estoy a mil. Porque me ha puesto a mil.

Mis labios me traicionan también y me llevan a dejarme caer sobre él para atrapar su rostro y besarle como si me fuera la vida en ello. No puedo soportar más, creo que me voy a correr. Me muevo igual que lo hace él y empiezo a gemir mientras le beso aún con más intensidad.

No he aguantado nada, si fuera hombre tendría eyaculación precoz..., pienso apesadumbrada porque hubiera querido más. El problema es que me ha puesto tanto que era imposible no correrse.

Él decide correrse también, se nota que estaba aguantándose porque justo al dejarme caer sobre su hombro exhausta comienza a moverse en mi interior con embestidas más profundas y rápidas hasta que noto cómo convulsiona bajo mi cuerpo y dentro de él.

– Date la vuelta –me pide sin aliento.

– ¿What?

No me responde, simplemente usa sus enormes brazos para colocarme como quería y vuelve a penetrarme a cuatro patas, como si no acabara de correrse hace tan sólo unos segundos. Estoy flipando y no me da tiempo ni a pensar ni a quejarme ni a negarme. ¿Cómo es posible?

– Te dije que te iba a follar varias veces.

Llevaba aquí encerrado demasiado tiempo y a la primera que ha pillado la va a destrozar, es decir, a mí. Pero qué puedo hacer yo... Si ni mi cuerpo quiere obedecerme, si ya me

está poniendo a cien otra vez. Me pone con cada embestida de su polla que entra como si estuviera untada en mantequilla.

Si es que no está haciendo ahora nada más. Y sin embargo, siento el mayor placer que he sentido nunca. Si apenas me está tocando, salvo porque que está dentro de mí. Creo que podría estar así todo el día...

– Vamos a la cama –me ruega. Ya no tiene el tono de voz autoritario de antes. Yo asiento y le sigo escaleras arriba.

No soy capaz de pensar en nada más que en tenerle dentro otra vez, en acariciar su cuerpo con el mío. Vamos medio desnudos subiendo las escaleras y ni siquiera siento que haga frío, y de seguro lo hace, porque esta casa es fría y estamos en invierno. Lo sigo por el pasillo hasta su habitación al fondo y veo que estaba la estufa puesta y está muy caliente, creo que vamos a sudar.

– Hace mucho calor aquí –acierto a decir y él se da la vuelta y me mira con la falda medio subida y el pecho aún al aire.

– Tienes razón –responde acercándose hasta la bañera de hidromasaje para abrir el grifo.

– De acuerdo –digo asintiendo con la cabeza y viendo cómo él se quita la poca ropa que queda en su sitio.

No le había visto desnudo, sólo había visto su polla y su cuerpo fuerte bajo la ropa, pero ahora me doy cuenta de que está como quiere. No es que haya un gimnasio cerca, así que imagino que esto es lo que se queda cuando has estado haciendo ejercicio durante muchos años. Vamos que el dicho “el que tuvo retuvo” es cierto...

Porque madre mía qué cuerpazo que tiene, es como el Khal y yo la khalesi, bueno, pero en morena, sin dragones, sin ejército, sin nada, sin dinero... Bueno, dejémoslo ahí.

Un khal moreno pero con ojos claros que me miran ahora más oscuros de lo normal, cuando empiezo a quitarme la ropa y me quedo como ayer, cuando salí de su bañera jurando con mi mirada que jamás me tocaría.

Y ahora no quiero otra cosa que volver a unir mi cuerpo al suyo.

Entro en la bañera que ya se ha llenado hasta la mitad y me deslizo en su interior observando cómo Juan echa en el agua el contenido de uno de los botecitos que hay a un lado. Y luego entra también y mientras está de rodillas tocando los botones que hay a un lado para encender las burbujas, me quedo mirándolo como una obsesa. Madre mía cómo está.

Ahora me arrastra hasta él y me levanta por las caderas deslizando sus manos por mi trasero para levantarme y llevar mi sexo hasta su boca.

Siento su lengua tan suave entrando lentamente entre mis pliegues hasta llegar a mi

clítoris mientras me mira a los ojos y no puedo creer lo que estamos haciendo. No entiendo cómo con cualquier roce de cualquier parte de su cuerpo puede ponerme tanto.

Este tío al que hasta hace unas horas consideraba un gilipollas, ahora me parece un gilipollas que tiene unas manos y unas habilidades que valen oro.

Un mes me ha pedido, pero como siga moviendo la lengua de esa forma sobre mi clítoris, que ahora succiona con sus labios y acaricia a la vez con su lengua, me parece que voy a darle dos meses como mínimo. O puede que más.

Puede que lo haga precisamente por eso, me está follando así sólo porque le daré más tiempo si me gusta. Aunque ahora eso no me importa lo más mínimo mientras continúe. El caso es que no lo hace y me quejo con una exhalación. Me suelta y me lleva de nuevo arrastrándome hasta él para sentarme de nuevo a horcajadas. En el agua, su polla entra sin apenas movernos ninguno de los dos. El único esfuerzo que hace es el de agarrar con su mano uno de mis pechos para llevarlo a su boca.

No sé si podré aguantar tampoco mucho más que antes, me está volviendo loca su polla y su boca, y sus movimientos dentro de mí. Y su mirada de deseo. Sus manos.

Vuelvo a sentir mi cuerpo convulsionar y acercarse al suyo para volver a correrme sin poder apenas controlarme. Él sigue acariciando mis pezones con su lengua y sus manos y mis gemidos salen de mi cuerpo para llegar hasta sus oídos mientras ahora soy incapaz de mirarle a los ojos.

Esto es tan raro, y tan placentero. Este tío es idiota, no ha cambiado nada, pero es increíble lo que me hace sentir. Es increíble tenerlo dentro de mí.

Y sigue el tío, no para, es como esos conejitos que tienen pilas que duran horas y horas. Ahora que me he corrido sale de la bañera con su polla durísima y me tiende la mano para que salga de ahí. Me lleva hasta la cama y se sube a mí y a la cama a la vez para volver a embestirme con la misma fuerza y suavidad que antes.

Me muevo bajo su cuerpo y él se detiene un momento. No sé qué le ha pasado ahora.

– No te muevas, quiero aguantar más esta vez.

Me ha dejado de piedra, ¿es que no tiene límites? Y a pesar de su advertencia no puedo evitar moverme, es que no soy de piedra. Por raro que parezca vuelvo a sentir cómo el placer recorre mi cuerpo, mis piernas le rodean para que no se aparte, aprieto su culo con mis uñas para controlarlo y acabo corriéndome de nuevo bajo su cuerpo, es que es demasiado para mí. Y sus palabras no ayudan a controlarme. Él se corre conmigo y sus espasmos en mi interior acrecentan el placer de mi propio orgasmo.

No sé qué me pasa con este hombre.

Y ahora él, que sigue duro, no entiendo cómo lo hace, me pone de lado y sigue

follándome tras restregar su polla contra mi culo al colocarme delante de él. Desliza de nuevo su miembro y tenerlo dentro otra vez hace que se estremezcan mis paredes internas y el resto de mi cuerpo, como si al meterla una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo.

– No sé cómo lo haces para ponerme así –dice él.

¿Estamos locos o qué? Es al revés, no sé cómo lo hace él para ponerme así. Y ahora acaricia mi cintura y mi muslo para levantar mi pierna y colocarla sobre la de él, y tener así acceso a mi clítoris, que acaricia con sus dedos mientras sigue penetrándome.

No sé cómo lo hace para sorprenderme cada vez más. Pensaba que ya no podría soportar más placer, pero ambos lo sentimos y él ahí sigue, dándolo todo. Podría dedicarse a la prostitución ahora que no tiene trabajo ni ingresos. Creo que pagaría por algo así, yo y alguna que conozco.

Lleva un rato sin parar y no se cansa, y a mí me están entrando unas ganas de ponerme encima y correrme y besarle y morderle que no me las aguanto. Pero a la vez estoy muy bien como estoy, incluso estoy cansada. Así que dejo que siga haciendo lo que le de la gana, que lo hace muy bien. Podría seguir así todo el día, con sus manos por todo mi cuerpo, sus manos en todas las zonas sensibles de mi cuerpo, sin darme tregua.

Capítulo 5.

Después de la tarde de sexo sin control que hemos tenido nos hemos quedado dormidos, no sé cómo pero me despierto abrazada a él. Es muy extraño. Si el sexo ha sido ya de por sí algo raro, dormir con este tío que hasta hace unas horas me parecía un idiota, todavía lo es más. Me levanto intentando que él no se despierte y me dirijo hacia la cocina a pillar algo para cenar e irme a mi habitación como si fuera la pantera rosa, sin hacer ruido y casi de puntillas.

No sé ni cómo lo voy a mirar a la cara, ha sido todo muy extraño. Me siento un poco ridícula por como he cedido tan fácilmente a todo lo que hacía. Aunque, ¿quién podría resistirse? Es una máquina del sexo. No tiene fin ese hombre.

A tomar por culo años de terapia, no voy a poder controlarme con él. No podré estar aquí un mes sin estar encima de él todo el tiempo. He tirado por la borda años de tratamiento, como si sacara todo el dinero de mi cuenta y lo tirara a la basura...

Oigo sus pasos a mi espalda y me llama la atención que se quede callado. Me obliga a mirarle para comprobar si le ha pasado algo.

– Te sienta muy bien mi bata.

– Gracias –respondo tímidamente, no sé por qué.

– ¿Y bien? –dice de pronto dando un paso adelante. Hacia mí.

– Y bien, ¿qué? –pregunto confusa, no tengo todas mis facultades mentales en este instante al cien por cien.

– ¿Te ha gustado? –pregunta dando otro paso y deteniéndose-. ¿Aceptas el trato?

Ahora recuerdo que le dije que tenía que gustarme para aceptar su estúpido chantaje.

– Tengo que confesarte algo –digo antes de respirar profundamente para decir cuanto antes lo que tengo que decir-. Tengo un pequeño problema..., y para aceptar tu trato necesito que tú aceptes algunas condiciones.

– ¿Qué problema?

– He ido a terapia y me parece que no ha servido de mucho. Hago lo que puedo, hasta ahora me había servido bastante bien. De hecho, he aguantado tres días aquí casi sin problemas... Pero ahora no sé, no creo que pueda. Es decir, ahora que lo he probado no creo que pueda aguantar más de un día sin hacerlo, como mínimo, un par de veces, como mínimo –repito para que le quede claro-. Se me va a ir la olla si no follamos cada día...

– No entiendo muy bien lo que quieres decir –me interrumpe–. ¿Te ha gustado?

– Todo hay que explicártelo como si fueras un niño –me quejo–. Es evidente, soy adicta al sexo, si no me lo das cada día no podré soportarlo. He intentado controlarme y lo he hecho bien estos días porque he estado yendo a terapia y me han dado recursos para soportar la sequía, pero ahora que lo he probado no voy a poder controlarme más. ¿Lo entiendes ahora? –digo más alto y más rápido de lo normal–. Como un alcohólico cuando vuelve a probar el alcohol, o un fumador cuando se fuma un cigarrillo. Es muy difícil.

– ¿No puedes aguantar más de un día sin sexo?

– Estaba pensando en follarme al chico de la grúa cuando ha aparecido Mayte... Tú no sabes cómo me cuesta controlar...

– Comprendo. Entonces estás diciendo que aceptas mi trato si yo te follo todos los días. Me das un mes y yo te doy lo tuyo cada día...

– Suena raro, pero más raro es todo lo que hemos hecho antes y lo que me has obligado a aceptar antes de hacerlo. Es decir, tu chantaje tampoco era muy normal. Además, por tu culpa estoy así, si no hubiéramos follado habría podido aguantar la semana entera –le espeto ofuscada.

– No me estaba quejando, sólo preguntaba. Y en respuesta acepto tu condición. Ambos salimos ganando.

Yo extendo la mano delante de mí para que él la estreche y formalicemos nuestro trato. Él se queda mirándola y la toma, y la estrecha, pero luego tira de ella y me lleva hasta su cuerpo para besarme y formalizar de otra forma este trato. Me besa hasta que gimo y luego se separa de mí.

– ¿Te hubieras follado a ese chaval? –pregunta con curiosidad, mirándome atento.

– Estaba coqueteando conmigo.

– No me extraña... Con este cuerpo... –dice acariciando mi cintura y bajando sus manos hasta mi trasero para apretarlo contra él–. Pero ese chico no tendrá más de veinte años –dice de pronto calculando mentalmente su edad.

– No pretendía casarme con él –me defiendo–. Además a ti te he visto con chicas de la misma edad en Internet.

– Puede ser... –admite encogiéndose de hombros antes de besarme otra vez.

– Puede ser... –repito negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

– ¿Tengo que cumplir hoy o ya es suficiente? –pregunta aunque noto que tiene una erección, lo noto contra mi vientre.

Por un momento pensé que le había gustado, pero luego me ha dicho que es adicta al sexo, y aunque me gusta saber que no vamos a parar, me ha dado un poco de bajón. No sé por qué era importante para mí que le gustara. Tal vez porque a mí me ha gustado más de lo que me ha gustado con nadie, por raro que parezca. Pero si en algo tiene razón ella, es que ha sido raro. Lo ha sido porque ella está aquí para quitarme todo lo que me queda, y porque habíamos prometido hacernos todo el daño posible hasta que eso ocurriera. Sin embargo ha sido increíble.

Sí, es bastante raro, tengo que admitirlo. No sé por qué le he propuesto estar un mes con ella. Es decir, el mes me viene muy bien para acabar mi proyecto y recuperar mi dinero, con el cual no perdería mi casa ni mi herencia. Pero lo he puesto todo en riesgo por pedir algo más, pedir que me dejara tocarla siempre que quisiera. Ahí se me ha ido la olla, sinceramente.

Supongo que ella habrá pensado que era la petición de un excéntrico ex-millonario, o algo así. Y casi que prefiero que piense eso, porque ni yo mismo entiendo qué me ha pasado al pedírselo. Tal vez, desde que la vi desnuda en mi habitación ayer por la tarde, mi cerebro no iba como debía, se había ido toda la sangre que lo llenaba hacia otras partes de mi cuerpo. Pero qué cuerpo tiene, y lo sabía, ella lo sabía, sabía que me pondría tan nervioso cuando salió de la bañera totalmente desnuda, con la espuma resbalando por sus pezones y su sexo, por su piel brillante al echar en la bañera todos los aceites esenciales que tenía para un año.

Ya no soy el mismo desde que la vi así, y el caso es que a ella le da exactamente igual ponerme así, y sólo quiere utilizarme para calmar su adicción. No es que me queje, pero es la primera vez en mi vida que me hacen sentir como un hombre objeto, en el sentido sexual de la palabra. No sé muy bien cómo afrontar esto, porque es la primera vez que me ocurre. Tendré que enfocarlo desde el punto de vista positivo... ¿Qué le voy a hacer?

En realidad, sí me había sentido como un objeto en el pasado, cuando se acercaban a mí para salir en la portada de la revista más importante de mi editorial, por ejemplo. O para conseguir cualquier cosa, incluso de la competencia. Nunca estuve seguro de si a alguna le interesaba yo en realidad. Y ahora sé que le intereso a Paula, ¿y sólo me quiere para “eso”? Sin embargo, ahora no sé si me gusta que sea así. ¿Tiene algo de sentido todo lo que estoy pensando? De todas formas alguna cosa de lo que he hecho le tiene que haber gustado, porque si no no querría repetir, a no ser que su adicción sea mayor de lo ella puede gestionar y la supera. Y le dé igual estar conmigo aunque le dé un poco de asco... Claro que..., ha dicho que si no le gustaba no aceptaría.

Tengo más dudas que antes, y aún así no puedo evitar tener una erección cada vez que la veo. De hecho ahora mismo está sobre mí mientras estoy sentado en una de las sillas de la cocina y no puedo creer que aún la tenga dura, si no hemos parado. Pero sus dedos están acariciándome la polla y sus labios me están besando de una forma que no me dejan pensar más de lo que ya he hecho. Mis manos van a su trasero y la muevo contra mi erección mientras que ella gime restregándose con mi cuerpo, restregando su sexo y sus pezones bajo su ropa.

No sé qué le pasa a Juan Garmendia, a lo mejor ésta es la maldición de la que hablaban en el pueblo. No es que hablaran de una maldición, sólo es que se dicen cosas raras sobre este lugar, o más bien es lo que no dicen. El caso es que sí, llegué aquí y no me voy a ir tan pronto como creía.

Aunque todo esto podría ser casualidad. ¿Qué probabilidades hay de que alguien como yo llegara a este lugar y de que mi ex llegara también, de que Juan oyera nuestra conversación, que propusiera “tocarme”, que yo propusiera follar para ver si estaba bien, y que me gustara? Son demasiadas casualidades, sí, pero no tiene por qué ser una maldición, no poder salir de esta casa. Más bien es que se han juntado los problemas de ambos.

Él llevaba aquí encerrado un montón de meses y está como un preso que acaba de salir de la cárcel. Era evidente que si pillaba a una tía la iba a reventar. Por otro lado yo tengo mis propios problemas, si pillaba a un tío lo iba a reventar también. Encima llevaba días sin sexo. No era yo misma cuando nos hemos enganchado. A lo mejor el sexo no es tan bueno con él, sólo es que nos ha pillado desprevenidos y con las defensas bajas. Tal vez cuando volvamos a hacerlo mañana cambie de opinión. De hecho, quisiera cambiar de opinión no vaya a ser que me obsesione con él y su cuerpo, y me enganche.

Me dirijo hacia su habitación en busca de más de lo que ya me ha dado y no sé si realmente tengo ganas o qué me pasa, pero mis piernas caminan por sí solas hacia esa puerta que hay al fondo del pasillo. Me detento cuando lo oigo hablar, está solo, así que debe ser por teléfono.

No oigo bien, así que me acerco quitándome las zapatillas para hacer el menor ruido posible.

– Sabía que él tendría algo que ver. Le odio cada vez más –dice Juan a su interlocutor con un tono de rabia contenida–. Siempre se entromete en mi vida, ya me lo había quitado todo, ¿qué más quiere?

Debe ser algo importante, tal vez sobre el proyecto que tiene entre manos para recuperar su fortuna.

– No, no, no. Siempre se entromete en mi vida. La ha enviado sabiendo lo que pasaría.

¿A quién ha enviado? ¿De quién habla? ¿Quién ha enviado a quién? Es muy raro. Ya no le oigo hablar más y entiendo que ha colgado cuando ha dicho eso último. Me parece que le han jodido su plan de reactivar su economía.

Entro con cierta precaución, pero es que ha despertado a la bestia, no puedo irme

sin más a mi habitación, no podría dormir...

– ¿Todo bien? –pregunto al ver su reacción al verme entrar. No es la que esperaba.

Él se queda mirándome sin responder y, sinceramente, ahora mismo me da igual qué cojones le pasa, le quiero dentro de mí otra vez.

Me acerco hasta donde está sentado, en una silla, junto a la mesa que hay al lado de la cama, y desato mi bata lentamente mientras me acerco. Dejo caer por mis hombros los bordes de la bata y permanezco unos segundos de pie frente a él, completamente desnuda.

No sé por qué duda y me mira como si se debatiera en su interior por algo que desconozco. ¿Estará preocupado por la llamada de antes? Me muerdo los labios aguantándome las ganas porque estoy que no puedo más. Sin embargo, al final, el deseo le puede y alarga la mano para tomar la mía y atraerme hacia sus piernas.

– ¿La quieres dentro otra vez? –pregunta agarrándome por las caderas para sentarme sobre él.

Me limito a asentir con la cabeza y me coloco sobre él mientras agarro su cabeza con mis manos para atraerlo hacia mis labios y besarle. Ahora que sé lo que puede hacer, lo que me hace sentir, todavía le tengo más ganas. Incluso le beso con más intensidad.

Deslizo mi lengua sobre sus labios, con más calma, para centrarme y no volver a correrme en cero coma. Empiezo a succionar sus labios con los míos y a deleitarme con su sabor y su húmeda boca, metiendo al fin la lengua dentro para unirla a la suya de nuevo.

Si había algo en su cabeza que le hacía dudar o estar más apagado hace un rato, desde luego se le ha pasado o se ha olvidado de ello, porque ahora está *on fire*. Se puede apreciar en la forma en que ahora me clava su polla contra mi sexo a pesar de que aún lleva la ropa puesta.

No me había sentido así con nadie antes, y tengo un buen currículum..., pero es que tiene una capacidad para volverme loca... No me importa haber cedido a sus condiciones, haber aceptado su chantaje, sólo quiero ser suya ahora, que siga haciendo conmigo lo que hace. Y más, quiero mucho más. Mi cuerpo está a su merced y él lo sabe, me levanta como si no pesara nada y me lleva hasta la cama, donde me deja caer para echarse ahora sobre mí.

Me despierto por segunda vez entre sus brazos, es tan extraño dormir con este tío que hasta ayer me caía fatal. Aunque pensándolo bien, no es que me caiga mejor, sigue siendo la misma persona que ayer. Es sólo que ahora sé algo más de él, que tiene una polla enorme y que folla como si hubiera nacido para dar placer. Eso revaloriza el producto. Son gajes del oficio.

Sigo pensando que podría dedicarse a esto como profesión, lo pienso mientras me hago la dormida para poder disfrutar un poco más del contacto de mi mejilla contra su pecho

cálido y suave. Me encanta estar aquí, por mucho que me duela admitirlo incluso ante mí misma. Creo que nunca había estado tan agusto entre los brazos de alguien. He tenido otras parejas, bueno no es que Juan Garmendia sea mi pareja, pero quiero decir que he dormido con mis otras parejas y no he sentido esto, y ni siquiera sé cómo definirlo. Sólo sé que se está en la gloria en su cama, entre sus brazos, acurrucados como estamos el uno contra el otro. Si es que no quiero ni levantarme, y nunca me suele pasar eso, no soporto estar en la cama cuando ya estoy despierta, me aburro o simplemente me canso de estar acostada. Sin embargo, ahora es distinto, estoy en el paraíso pegada a su piel, nuestra piel unida y su mano enredada en mi pelo acariciando mi cabeza.

Un momento, está acariciando mi cabeza, está despierto. Aún puedo fingir que estoy dormida o que no me he despertado totalmente, no sé por cuánto tiempo más, pero puedo seguir aquí hasta que él se mueva del todo demostrando que está despierto en realidad.

Y creo que podría estar aquí media hora más. Tal vez incluso podríamos follarse otra vez, no es que esté ansiosa, pero sigo teniendo ganas, no entiendo cómo. A ver, que ser adicta al sexo ya en sí implica tener ganas casi siempre, pero es que no sé cuántas veces lo hicimos ayer, es físicamente imposible, o tal vez no. Es que se han juntado el hambre con las ganas de comer, por así decirlo. Yo tengo hambre y él me da ganas de comer.

Y él está duro, lo noto al deslizar la mano por su entrepierna. Él también tiene hambre, eso está claro.

– ¿Quieres más de ésta? Al final voy a creerme lo de la adicción.

– Cállate –le ordeno y planto mis labios en los suyos para que me obedezca.

Él me sonríe y me mira de una forma extraña, y no puedo apartar mis ojos de los suyos mientras desliza su mano para acariciar mi mejilla. Y finalmente tengo que cerrar los ojos absorta en su caricia, dejándome llevar por lo que me hace sentir. Iba a follarle más rápido, pero ahora creo que me tomaré mi tiempo. Sólo quiero que siga tocándome tan lentamente como lo hace.

¿Cómo es posible que con una simple caricia a lo largo de mi cuerpo haya conseguido encenderme de esta manera? ¿Qué tienen sus manos para hacerme sentir tanto con un simple roce de sus dedos, de su palma sobre mi cadera y después sobre mi cintura?

Su cuerpo está caliente y suave, lo noto en el mío propio pegado a él, y sus ojos miran directamente a los míos de una forma extraña. Me gustaría saber qué piensa. Cómo quisiera saber lo que piensa en estos momentos. A veces creo que he visto preocupación, y no sé si es por la llamada de ayer, a lo mejor necesita más de un mes y está intentando ganar tiempo y por eso me trata con tanto cariño. Porque es eso, sí, es cariño lo que hay en sus manos y su cuerpo, incluso en su mirada. No puedo seguir con esto, tengo que pararlo, porque si es lo que creo, si lo que busca es enamorarme para conseguir más tiempo, conmigo no va a poder.

Sin embargo, que no esté de acuerdo con sus métodos no significa que sea contraria a todos ellos, al fin y al cabo estoy encendida como una cerilla y sólo quiero disfrutar de su cuerpo. Por lo tanto, decido follármelo otra vez, pero ésta será a mi manera...

Estoy en el salón, lugar que utilizo habitualmente para trabajar en mi nuevo proyecto en el que me enfrasqué prácticamente desde que vine aquí, más como afición que como negocio, pero desde que vino Paula he descubierto que puedo recuperarlo todo con ello, sólo necesito más tiempo. Incluso creo que en menos tiempo del que le pedí, pero, ¿por qué no disfrutar de ese mes juntos aislados en esta casa? Tal vez conocer a Paula me ha hecho cambiar, desear arreglar mi vida, aunque no sé por qué.

La llamada de mi abogado me jodió bastante, casi me hace dejarlo todo a un lado, a Paula también, pero luego me di cuenta de que no importa que ella esté aquí por un extraño plan de mi hermano. ¿Qué importa que esté aquí porque él lo haya organizado todo? Ahora mismo soy incapaz de despegarme de ella, de hecho me estoy obsesionando con conseguir gustarle por algo más que por su simple adicción al sexo. No sé por qué esto es importante para mí.

La oigo pulular por la planta superior, haciendo su trabajo, y no entiendo por qué se lo toma tan en serio, si ya no tiene prisa por terminar en una semana tal y como dijo antes de nuestro extraño trato.

¿Es posible que haya dicho que cumplirá el trato y no lo haga realmente? Tal vez haya mentido y no quiera estar aquí un mes bajo el mismo techo. Puede que no le guste follar conmigo, sólo lo mínimo para descargar sus ganas sobre mí. Tal vez sólo desee acabar cuanto antes aquí y volver a Madrid y, al fin y al cabo, tener más variedad para elegir. Para no tener que conformarse con el único habitante a más de cuatro kilómetros.

Cuando nos hemos despertado en la cama esta mañana, abrazados, pensé que quería seguir ahí por más tiempo, por el simple hecho de estar agusto conmigo, entre mis brazos, no porque volviera a tener ganas de follar. He sentido un pequeño golpe de decepción.

No sé qué pensar, sé que está aquí, sin saberlo, siguiendo el estúpido plan de mi hermano. Y aún sabiéndolo, yo..., no puedo evitar sentirme atraído por ella a un nivel que no puedo controlar. A un nivel que me supera, porque incluso ayer, cuando Pedro me acababa de dar la noticia sobre los tejemanejes de Miguel, me di cuenta de que no podía mantenerme ajeno a ella. Cuando entró en la habitación y se deshizo de su ropa ante mis ojos supe que no puedo negarme a nada de lo que me pida.

Y por raro que parezca estoy llegando a pensar que también soy adicto al sexo, porque cada vez que la veo tengo las mismas ganas que ella de echarla sobre la primera mesa que vea y metérsela hasta hacerla gritar. ¿O tal vez soy adicto a ella? Puede que la adicción se contagie como un virus.

Y ahora me recorre el cuerpo como una enfermedad, de hecho estoy acordándome de lo que hemos hecho esta mañana y estoy volviéndome a poner malo. Me gustaría subir e interrumpir su trabajo para volver a follarla hasta que pida que no lo haga más...

El móvil suena y me hace pensar en que debería volver a la realidad. Es mi abogado de nuevo. Mi abogado y mi mejor amigo, el único que ha permanecido a mi lado cuando todos los demás me dejaron tirado.

– ¿Qué hiciste? –me pregunta al descolgar. Ni “Hola, ¿qué tal?”, ni nada.

– No hice nada.

– ¿No le has dicho nada?

– ¿Quieres que te mande una foto suya? Porque así lo entenderías.

– Comprendo.

– Exacto.

– Estás hasta las trancas –responde confundiendo mi respuesta totalmente.

– No es eso, es que está buena.

– Has estado con otras que también estaban “buenas”.

– Supongo que sí, pero estoy solo –respondo así porque no quiero darle más explicaciones, es todo más complejo que eso, pero tardaría horas en explicar lo que me hace sentir y ni siquiera sería capaz de explicarlo con las palabras adecuadas, porque no las sé.

– Bueno, no era de eso de lo que quería hablar. He ido a ver a tu hermano, y le he dicho directamente que sabemos lo que ha hecho.

– No te autoricé para que lo hicieras.

– Tampoco me pagas desde hace meses.

– También es verdad –admito con una sonrisa, ya sin importarme demasiado todo lo que haga o diga–. ¿Qué pasó?

– Ha admitido todo, y ha dicho que si cumples una serie de condiciones te devolverá lo que perdiste.

– Se cree que es un Dios, él lo quita y el lo da. Que se lo quede todo, no le necesito –respondo con algo de rabia.

– No sé, yo me lo pensaría.

– ¿Qué condiciones?

– No me las ha dicho, quiere hablar contigo directamente.

– No pienso hablar con él. Siempre metiéndose en mi vida. Él y mi otro hermano, Izan, que es peor que el anterior.

– Tú empezaste primero, casi le arruinas antes.

– Ya, pero creía que...

– Creías, sí, y sabemos que no debiste meterte con él.

– Lo arreglé después, le devolví todo.

– Y casi le arruinas la vida. En realidad creo que él no quiere arruinarte la vida, quería que cambiaras tu actitud, que maduraras de una vez.

– ¿Es lo que te ha dicho?

– Sí. Dice que no podías seguir con ese tipo de vida. No te ha arruinado él, fuiste tú solo, él sólo compro tus deudas.

– Él ayudó a mis acreedores a que me hundieran.

– Estaba resentido.

– ¿Por qué le defiendes? Me estás poniendo nervioso.

– No es que lo defienda, es que estás obcecado.

– Odio cuando te pones en plan diplomático –digo antes de colgarle el teléfono.

Me da rabia que Pedro se ponga de parte de mi hermano. ¿Es que acaso no es mi amigo? Debería darme la razón siempre, ¿no?

Puede que en el pasado me comportara un poco, cómo decirlo, de forma un poco..., egoísta, ¿tal vez infantil? Bien, todos lo hemos hecho, no es para castigarme de esta manera. Además, enviar a Paula ha sido un golpe bajo. Ha intentado manipularme con eso y no se lo perdono. Y por si fuera poco ahora no puedo despejarme de ella, aún sabiendo la verdad. Me tiene atrapado, con sus besos, su cuerpo, sus miradas, sus gemidos, todo lo que hace me provoca. Esto es de locos. Me gusta todo de ella, sus ojos rasgados, su piel clara y su cabello oscuro, su carita de niña y la expresión de viciosa que tiene el noventa por ciento del tiempo, sobre todo cuando la acaricio. Es como si cada vez que la tocara la encendiera, y sé que es real, no lo hace para conseguir algo, de hecho, lo ha confirmado la información que me ha dado Pedro. Sé que la ha enviado mi hermano para tentar me, para que me vuelva blando, y sé que ella no sabe nada de eso. Y sin embargo me da igual. He estado con muchas mujeres y ahora me doy cuenta de que la mayoría fingía al estar conmigo, porque la reacción de Paula en mi cama y en mis brazos, bajo mis manos y mi polla, es demasiado explosiva, no es comparable a los fingidos gemidos a los que me había acostumbrado.

Es que no puedo dejar de pensar en ella. En realidad desde que la vi por primera vez. ¿Cómo sabía Miguel que me gustaría tanto? ¿Es que me conoce mejor que yo? ¿Lo planeó todo de antemano o simplemente fue casualidad? Sí que me gustaría hablar con él para saber todo lo que ha tramado, pero no me da la gana de ceder y hacer lo que él quiere. Siempre quiere tener el control sobre los demás y me tiene harto. Izan no tiene personalidad y se lo consiente, pero yo no. De hecho, me dio más rabia pensar que él se había liado con María que descubrir que fue Izan en realidad.

Con lo tranquilo que estaba aquí, antes de que llegara Paula... Ahora todo mi mundo cambia y no me gustan los cambios, y a la vez, ni puedo evitarlos, ni quiero.

Una semana después.

Tras una semana de sexo practicado en cada rincón de la casa Garmendia, cualquier lugar de ésta me recuerda a su propietario y sobre todo a su polla. También a sus manos, su cuerpo..., sus ojos claros en un cuerpo moreno. ¿Hay algo más terriblemente atractivo que eso?

Me despierto de nuevo en su cama, el mejor lugar de esta casa, lugar que tasaría por encima del valor del resto de la propiedad. Sus brazos me rodean, como cada mañana. Él se despierta al igual que yo y finge dormir. No sé por qué lo hacemos. Y no sé por qué hoy me doy la vuelta para quedarme mirando sus ojos, también abiertos. Supongo que no podía fingir si le miraba.

No digo nada, me limito a observarlo, tan hermoso, con sus ojos como la lámina transparente de un lago gris. En cierto modo es un color triste, pero no sé por qué no puedo dejar de mirarlos, esos ojos que me vuelven loca. Y no los veo tristes, los veo encendidos cada vez que me mira.

No me atrevo a decir nada porque no quiero romper el momento, no quiero dejar de observarlo, dejar de perderme en sus ojos y en la paz que me transmiten. Podría quedarme aquí con él por el resto del día. Podría seguir sintiendo sus caricias para siempre.

Una bocina se oye desde la carretera que pasa por delante de la propiedad estropeándolo todo. Yo me levanto de mala gana y me asomo a la ventana.

– Es Mayte.

– Bajaré a ver qué quiere –dice con resignación mientras comienza a vestirse. No puedo apartar la vista de su cuerpo mientras se coloca los pantalones a toda prisa, sin siquiera ponerse nada más. Es decir, no lleva ropa interior, y me doy cuenta de que no voy a poder dejar de pensar en eso.

Él baja delante de mí y me parece incluso más atractivo que antes. Es que cada vez lo veo más sexi, tal vez porque sé de lo que es capaz, además de por ser atractivo, que lo es.

– Buenos días –dice Juan cuando llega a la puerta de reja de la propiedad.

– Buenos días, me ha llamado el chico del taller, ya podemos ir a por el coche de Paula.

– ¿Por qué no me ha llamado a mí? –digo apareciendo tras él.

– No cogía is el teléfono. Me ha dicho que os llamó a los dos ayer por la tarde y que ha estado llamando esta mañana. Pensábamos que os había pasado algo.

Mi cara se vuelve roja y no entiendo muy bien por qué, tal vez por recordar que estaba en la cama con Juan y no hemos visto las llamadas ni nos hemos enterado de nada.

– Supongo que el trabajo nos abstrae demasiado –no sé por qué doy explicaciones.

Juan gira la cabeza y me dedica una sonrisa. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír, o tal vez la primera vez que me sonrío, no lo sé, pero me ha dejado sin palabras. Es todavía más atractivo con esa sonrisa tan limpia.

– Sube y te llevo –dice Mayte y no sé por qué no tengo ganas de ir a por el coche, y eso que estaba deseando que lo arreglaran. Claro que eso era antes de saber el verdadero valor de lo que hay dentro de la casa Garmendia.

Subo a regañadientes y observo desde el retrovisor central a Juan mientras nos alejamos de allí.

– No te preocupes, en media hora lo vuelves a ver.

– Yo no...

– Estás roja como la grana –me interrumpe antes de que empiece a dar excusas muy estúpidas.

– Es que tengo alergia a la naturaleza –me veo obligada a decir a pesar de que no suena creíble. Aunque sí tengo alergia.

– No pasa nada, yo también estuve enamorada de un Garmendia.

– ¿Cómo?

– Sí, no parábamos... ¡Qué tiempos!

– ¿Qué pasó? ¿Por qué no siguieron juntos? –pregunto como si fuera mi propia historia con Juan. Creo que se me ha notado demasiado la preocupación.

– Bueno, él murió antes de poder casarnos. La medicina era un asco en esa época –añade ante mi rostro descompuesto.

Por alguna razón siento alivio, aunque luego lo pienso y me da pena, pero es que creía que él era un cabrón y la había abandonado por otra. Me he montado yo sola la película.

– Vaya.

– No son tan malos como piensas, Juan ha sido el pequeño y siempre ha tenido lo que quería, pero la vida da muchas vueltas y ahora ha aprendido esa lección.

– Así que ya se ha adaptado a ser hombre... –recuerdo de nuestra última conversación sobre él.

– Exacto.

La verdad es que mentalmente no sé, pero físicamente es muy hombre..., pienso sonrojándome de nuevo, menos mal que la mujer tiene que mirar hacia la carretera para no chocarnos contra algún árbol, porque si me viera comprobaría que estoy pensando en todas las guarradas que hemos hecho en esa casa.

– Así que adelantando trabajo. ¿Cuándo terminarás? –pregunta con total inocencia, aunque me parece que sabe perfectamente lo que está pasando.

– Pues hay mucho trabajo sí, aunque no paro –no paro de follarme al dueño–. Tal vez tarde tres semanas más, o incluso puede que cuatro o cinco.

– Hay que hacer bien el trabajo aunque se tarde más en terminar.

– Por supuesto –es justo lo que le diré a mi jefe. Aunque cuando vaya José y le cuente la milonga que le dije sobre que estoy liada con Juan Garmendia, puede que todo sea en vano. Si es que no ha ido ya a contarle el cuento. La verdad que desde hace una semana no ha dado muestras de vida. Tal vez haya dado todo por perdido y haya rehecho su vida.

Mayte detiene el coche frente al taller y me dedica una sonrisa y una mirada que esconde algo más, esconde que sabe que Juan y yo estamos, liados no, liadísimos... ¿Tan evidente es?

– Gracias, Mayte. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

– Te habría bajado Juan, si hubierais mirado en algún momento el móvil... –añade cuando ya estoy fuera de su todoterreno.

– No se puede trabajar tanto, nos va a dar algo –afirmo riendo antes de darme la vuelta para recoger mi coche.

Entro a la nave industrial que forma el taller y pregunto si hay alguien, porque parece que está vacío, tal vez hayan ido a comer.

– ¿Hay alguien? ¿Óscar? –grito más fuerte. Creo que se llamaba así. El problema es que he perdido el papel que me dio. Lo bueno de los pueblos es que el papel ese no lo necesito.

– Aquí –oigo al fondo, donde está la oficina del mecánico.

– Me ha dicho Mayte que han intentado contactar conmigo para recoger el coche – digo mientras voy entrando al habitáculo de mamparas de cristal que hace de oficina.

– Sí, ya pensaba que le había pasado algo, por eso llamé a Mayte.

– ¿Cuánto es la reparación? –pregunto directamente porque no voy a dar explicaciones de por qué no cogía el teléfono.

Él me mira y asiente sin más y luego busca entre los papeles que tiene delante y se levanta para dármele junto a las llaves.

– No era tan grave, pero no iría con él por esa carretera de nuevo.

– ¿Y qué hago? ¿Lo dejo aquí?

– Yo de usted me iría lo antes posible y no volvería a esa casa.

Me ha dejado a cuadros, pero es la oportunidad de preguntar directamente qué cojones pasa.

– ¿Qué les pasa a todos en el pueblo con ese hombre y esa casa?

– Juan Garmendia no es trigo limpio, si sigue allí se dará cuenta con el tiempo – dice tomando mi mano para colocar las llaves en ella y que me vaya.

– No le voy a pagar hasta que me lo cuente todo –digo ya harta de tanto misterio cruzándome de brazos y mirándolo con rabia.

Capítulo 6.

Vuelvo a la casa Garmendia con mi panda y, bueno, llega a trompicones, pero llega. Lo único bueno es que puedo irme cuando quiera, ya tengo transporte. El caso es que aún sabiendo lo que pasa en el pueblo, el odio que le tienen algunos allí, o por qué hay tanta animadversión hacia él, no puedo irme. No sólo porque di mi palabra, es que también mi cuerpo le necesita, de momento.

Sólo tengo que mantenerme fría, no caer en estúpidos romanticismos. Eso es lo único que me salvará.

Sabiendo dónde está el problema se puede anteponer la solución. Juan Garmendia

es como una enfermedad, te recorre el cuerpo y no puedes evitar querer follarle a cada momento. Cuando creo que ya no podré tener más ganas, que es físicamente imposible, descubro que estoy sobre él a punto de correrme. Lo veo en la cocina, en la habitación o detrás de mí y lo huelo, lo siento, y ya no razono, me convierte en un animal.

Entro en la habitación que compartimos, porque aunque teóricamente mi habitación está tras la segunda puerta a la izquierda en ese pasillo, y de hecho mis cosas están allí, la ropa, el maquillaje y mis cremas están en la habitación del fondo, la de Juan. Lo hacemos por comodidad, si estamos casi todo el tiempo en la cama, ¿para qué hacer tanto viaje por el pasillo?

No fue premeditado, un día llevé una crema corporal y una bata, para después del “baño” en su bañera de hidromasaje. Y así fue como acabamos usando su habitación para los dos. Sin embargo, ahora que sé cómo es y cómo se comporta con las mujeres, creo que debería tomármelo con más calma, mantener las distancias, en lo que se pueda, claro. Debería sacar algunas de mis pertenencias de su habitación y dormir en la mía. Aunque ahora que lo veo frente a mí con una sonrisa maliciosa, no creo que sea tan buena idea precipitarse. Sobre todo cuando dice:

– Hoy no te he metido la polla.

Dejo caer el bolso en el suelo y mis ojos se entornan, mi respiración se acelera y ya me he convertido en la mujer lobo, la vampiresa o lo que sea que haga este hombre con las mujeres. O tal vez ya era así y el que se ha contagiado de lo mío es él, porque se acerca a mí como un animal salvaje.

– No lo has hecho. Desde luego que no.

– ¿Nadie más lo ha hecho?

– ¿Cómo? –pregunto cambiando de expresión y mirándolo ya sin excitación, bueno sí sigo excitada, pero también cabreada.

– Has tardado mucho en recoger tu coche, ¿estaba el chico de la grúa? –dice quitándose la ropa delante de mí, como si no hubiera cambiado la situación en la que estábamos.

– ¡Oye!

Él alza la ceja y se detiene. Me da tanta rabia que me pongo a la defensiva porque en este momento quiero hacerle daño.

– No somos nada, eso a ti no te importa, si estaba con el chico de la grúa o lo que haga en mi vida –digo cogiendo de nuevo el bolso del suelo para seguir mi camino hacia mi habitación e ignorarlo. Sabiendo que utiliza a las mujeres a su antojo, habiendo descubierto cómo es realmente, hace tan sólo media hora... ¡Como para oír tonterías está la cosa!

Él tira de mi brazo cuando paso a su lado y me lleva empujándome hasta la pared más cercana. Tira mi bolso al suelo de nuevo y sube mis manos por encima de mi cabeza. Y las sujeta ahí con su enorme manaza por mis muñecas.

– ¿Qué haces? No me toques –le ordeno aprovechando que ha querido ser posesivo conmigo para odiarle y no “pillarme” de él, que era lo que me faltaba en mi vida caótica.

– Te voy a follar tantas veces que se te van a quitar las ganas de decir nada parecido.

– Haz lo que quieras, prometí que te daría un mes –digo echando fuego por los ojos pero deseando que me folle todas las veces que quiera, sobre todo cuando sube mi jersey hasta quitármelo y vuelve a presionarme contra la pared, sujetando de nuevo mis muñecas por encima de mi cabeza.

Acerca su polla hasta mí y está tan dura, que no entiendo cómo lo hace, pero siempre que se la toco ya está dura. Me pregunto si está así siempre o es que le pongo mucho. No sé qué le pasa a este hombre.

– Haz lo que quieras. Me quedan tres semanas, ¿no?

Juan no me responde, sino que sube su pierna por entre las mías y me inmoviliza contra la pared apoyando su rodilla en ella.

– ¿Te ha tocado? –pregunta con la voz ronca-. ¿Aquí? –pregunta sin esperar respuesta deslizando su lengua por mi cuello.

Noto su respiración además de la calidez de su lengua y cómo va dejando un reguero de excitación por donde pasa.

– Por todo el cuerpo –respondo entre gemidos. Siento curiosidad por ver qué hace.

Su mirada gris se vuelve más oscura y me aprieta contra la pared con todo su cuerpo. Me deshago de la prisión de su mano en mis muñecas y las bajo hasta enredar sus cabellos entre mis manos para atraer sus labios a los míos y besarle. No puedo evitar gemir, en lugar de respirar.

Él mete sus dedos por debajo de mi falda y llega hasta mis braguitas que rasga con sus dedos. Demasiado finas y él demasiado enfadado. Las tira al suelo y observo cómo cada vez me quedan menos bragas bonitas, unas en casa de mi ex, las otras rotas por culpa de esta bestia. Sus dedos vuelven a mi sexo y me mira con tanto deseo como el que siento yo hacia él.

– ¿Y gemías así? –pregunta ahora acariciando mi clítoris y metiendo después sus dedos en mi interior con tanto ímpetu que me hace exhalar y abrir los ojos de golpe para fijarlos en él.

De pronto recuerdo al mecánico que me ha contado los problemas que tuvo con Juan y me da la risa, es que las imágenes de ese hombre que tendrá una edad próxima a los sesenta, muy mal llevada esa edad, todo hay que decirlo, me ha descolocado.

– Disfrutas haciéndome sufrir.

– Un poco –reconozco mordiéndome los labios.

Él cambia de opinión y saca su mano haciéndome dolorosa la pérdida. Tanto como para volver a atraer su mano cogiéndole por la muñeca.

– Tú no te vas de aquí –digo como si fuera una amenaza.

Niega con la cabeza y yo le clavo las uñas en la espalda mientras vuelvo a atraerlo a mi cuerpo.

– No te ibas a librar tan fácilmente. Sólo quería llevarte hasta la cama.

Frunzo el ceño confusa y asiento sin fiarme demasiado de lo que estará pensando. En mi momento de confusión tira de mi brazo y me lleva, prácticamente a rastras y corriendo, escaleras arriba, donde abre la puerta de una patada y me lleva hasta la cama, donde me empuja para caer sobre mí. Es como un hombre lobo, al final era verdad la película que me monté al llegar a este lugar. Sí que había una bestia en el “castillo”. Lo habitaba Vlad el empalador...

– ¿Cuántas veces te has corrido con él? –pregunta tras quitarse toda la ropa en un tiempo récord y colocarse sobre mí con su enorme polla pulsando sobre mi sexo.

No me deja responder, porque mientras sujeta con una mano las mías por encima de mi cabeza, con la otra empieza a acariciar mi sexo de una forma tan suave, a la vez que me besa y me provoca con su lengua, que no puedo hablar. ¡Si ni siquiera puedo pensar! Ni siquiera sé qué dice. Sólo puedo sentir el tacto. Porque los demás sentidos se han anulado por completo.

De pronto se detiene y se coloca de nuevo sobre mí para penetrarme, pero no lo hace, sólo siento su polla en la entrada de mi sexo y me mira de una forma extraña.

– No me importa cuántas veces lo hagas con otros, pero no me dejes, no dejes de hacerlo conmigo, no dejes de dormir aquí cada noche –me pide. No, no lo pide, me ruega, de una forma que no entiendo.

Y mientras en mi mente hay un verdadero caos e intento comprender qué le pasa y qué me pasa a mí, que esa es otra..., me embiste con toda su fuerza y todo su deseo, tan rápido y tan fuerte que apenas puedo adaptarme a su tamaño, porque eso tiene una medida que no es normal. Y no se mueve, se queda así hasta que mis ojos vuelven a abrirse sin entender nada. Sigue sujetándose por las muñecas por encima de mi cabeza mientras yo estoy deseando que me suelte para acariciar su espalda y su trasero y acercarlo más a mí, y poder moverme tal y como exige mi excitado sexo. No entiendo por qué no me deja, por qué me mantiene sujeta y no sé moverme, sigue dentro de mí quieto mientras a mí me falta la respiración.

– Dilo, di que seguirás aquí, que no te apartarás de mí.

– Lo haré, pero no pares... –le prometo intentando moverme bajo su cuerpo– ¡Por tu vida, muévete! –añado ordenándole que siga con un tono de voz demasiado ronco para lo que está acostumbrado.

Él me vuelve a embestir, ahora incluso más fuerte, y no deja de moverse en mi interior, como si le fuera la vida en ello. Es muy raro todo lo que ha dicho, pero no puedo analizarlo ahora, luego lo pensaré, cuando no tenga su polla relleniéndome como un bollito.

Dicen que las mujeres podemos hacer dos cosas a la vez, y yo no sé si estoy perdiendo facultades como mujer, o es que esta polla es demasiado grande y me llega a empujar todos los órganos hasta apretujar mi cerebro, pero no puedo pensar en nada. Mi mente está vacía siempre que follamos, sólo hay placer, recorriendo mi mente, mi cuerpo, todo mi ser.

Él se corre y yo con él. No es que hayamos durado mucho, pero han pasado muchas horas desde que lo hicimos por última vez. A ese ritmo vamos desde que empezamos a follar...

Yo le aprieto las nalgas con mis dedos y casi pierdo la movilidad en una mano, de tanta tensión con la que lo hago. No quiero que se escape nada y no dejo de empujar su cuerpo hacia mí.

Él sigue duro y tras el último espasmo de su cuerpo continúa penetrándome con la misma intensidad de antes. Aprovecho que ha perdido “algo” de energía y le doy la vuelta con mis piernas, empujándolo para quedar encima de él. Empiezo a besar su pecho duro y musculoso y él colabora moviendo mis caderas con sus grandes manos.

– Voy a correrme otra vez –susurro en su pecho mientras él sigue moviéndose, acompañando mis movimientos.

– Hazlo, córrete con mi polla... –oigo su voz por encima de mi cabeza, colándose por mis cabellos sobre su pecho para llegar a mis oídos.

Pensaba sacar mis bártulos de su habitación y volver a dormir en la mía, pero la tarde de sexo y sus palabras han cambiado mis propósitos.

Mientras cenamos en la cocina me quedo mirando cómo se levanta para coger algo y cómo se le marca el culo con esos pantalones de pijama. Si es que sólo con una camiseta y unos pantalones ya está como para comérselo.

Cuando se gira me descubre mirándole esa parte de su cuerpo y sonrío.

– Lo de la adicción va más allá de lo racional.

– No es para tanto, a lo mejor es culpa tuya, que no haces más que provocar – respondo tranquilamente echándome una patata frita a la boca.

– Así que no eres así siempre.

– ¿A dónde quieres ir a llegar? –pregunto entrecerrado los ojos, sospechando que algo le ronda la cabeza.

Debe haber notado la tensión en mi rostro porque vuelve a sentarse con el salero en la mano y empieza a remover los macarrones de su plato de un lado a otro.

– A ninguna parte. Sólo preguntaba por curiosidad.

– ¿Y tú?

– ¿Yo qué? –pregunta confuso.

– ¿Estás siempre tan... dispuesto? –acabo la pregunta mirándolo directamente a los ojos y alzando las cejas a modo de insinuación.

– No lo he estado tanto en mi vida.

– No espero que me creas, ni me interesa, pero son los mejores polvos que he echado. Mi adicción está peor que nunca –aseguro tranquilamente, con una sonrisa.

– Te creo, aunque te dé igual.

Él vuelve su mirada al contenido de su plato y se queda mirándolo mientras sigue revolviendo con el tenedor lo que hay en su interior. A saber qué estará pensando...

Y a mí me está costando mucho mantenerme indiferente a todos sus encantos. No sólo es el sexo, es algo más, son sus ojitos tiernos, son sus caricias. Son sus miradas fugaces cuando trabajamos en la misma habitación, cuando cree que no me doy cuenta de cómo me mira. Es lo que me ha obligado a decir esta tarde cuando follábamos. Son sus comentarios graciosos cuando vemos una película. Es el cariño con el que me trata. Es su forma de pensar sobre cualquier cosa. Su forma de hablar, su forma de preparar la comida mientras le miro.

Es demasiado para cualquiera, no puedo mantenerme fría continuamente. Es demasiado para lo que puedo aguantar.

– ¿Esperabas que fuera así? –pregunta de repente interrumpiendo mis pensamientos.

Niego con la cabeza.

– Si lo hubiera sabido te habría follado el primer día, no habría dejado ni los despojos –bromeo mordiéndome los labios al final.

Él alarga la mano y me acaricia la que tengo apoyada sobre la mesa, más cercana a él. No soy capaz de moverla, simplemente me quedo mirando nuestras manos unidas. No puedo dejarme llevar por lo que parece. Sólo está obnubilado por tanto sexo. Ya sé cómo se comporta con las mujeres, y yo no soy una pueblerina adolescente que se queda pillada por el primer payaso que aparece, tengo que sobreponerme a esto. Finalmente muevo mi mano y le doy la vuelta a la de él para acariciar su palma y darle un significado más sexual a su gesto. No puedo permitir que

esto derive en nada más que un simple intercambio de necesidades. Simplemente hemos coincidido en este momento de nuestras vidas y compartimos un placer común, un deseo común.

– ¿Todavía tienes ganas?

– ¿Sería raro verdad?

No he encontrado en mi vida a alguien que tenga más ganas que yo, pero este hombre me supera, creo que no puedo seguirle el ritmo. Sin embargo cada vez que me mira como ahora me enciende.

Dos días después.

La llamada de mi jefe pidiendo explicaciones de cómo va el “trabajo”, me dice mucho sobre José. Probablemente ya le haya dicho cómo están las cosas por aquí. Le he convencido, o eso creo, de que hay demasiado trabajo. No es que sea mentira, en realidad hay muchas cosas en esta casa y se ha alargado más, pero ya casi he terminado. El problema es que le prometí a Juan un mes, y no sólo le prometí eso, es que yo no quiero irme, ¡en un año! No puedo irme aún, necesito su cuerpo, sus manos, sus ojos, su lengua.

Necesito sus caricias cada mañana, las horas que pasamos hablando sobre tonterías. Su habilidad en la cocina, porque últimamente ha decidido cocinar él, ya que mis capacidades culinarias se basan en freír todo lo que encuentro...

– ¿Todo bien con tu jefe? –me pregunta Juan dándose la vuelta en la silla con ruedecitas que usa para trabajar en el salón. Aún no sé qué proyecto tiene, cualquier día abro su ordenador y lo busco.

– Mi ex le ha contado todo, es evidente, porque me hablaba como insinuando cosas.

– Creo que le has convencido, a mí desde luego que sí. Hay mucho trabajo aún por hacer –sugiere con un doble sentido que me hace sonreír.

– El problema es que le diga a José que realmente no estamos juntos, aunque no he dicho nada de eso, ni lo he mencionado..., pero no es tonto. Capaz que vuelve –digo resoplando al final.

– No me extrañaría que lo hiciera –añade antes de darse la vuelta para volver a mirar la pantalla de su portátil.

– A mí tampoco, es un poco pesado.

– No lo decía por eso.

Se concentra en su ordenador y no quiero siquiera preguntarle nada más. Creo que quiere liarme, y no puedo permitirselo. Es decir, ya sé cómo se las gasta. No sólo es lo que me dijo el mecánico sobre que sedujo a su hija y toda esa historia. Bueno y no sólo a su hija, también a otras cuando era joven..., menuda pieza. También es por lo que he leído en Internet sobre la vida de Juan Garmendia. Incluso he encontrado una entrevista bastante interesante de una ex suya en la televisión... Dice cada perla de él... No es que me crea todo lo que dicen sobre nadie al cien por cien, porque todo tiene dos versiones en esta vida, y a veces, incluso ambas son verdad, o son mentira. Sin embargo, da que pensar. Son muchas voces en contra de él. Incluso su familia le dio de lado, y por lo que he investigado están detrás del embargo. No es muy halagüeño todo esto.

De todas formas, aunque racionalmente puedo entender todos estos factores, en mi interior sé que no puedo aún despegarme de él. Y por otro lado..., hice una promesa.

Recibo otra llamada, hoy está el móvil que no para... Es mi madre para quejarse de mis sobrinos y de mi padre, de mi abuela no se queja porque la pobre mujer hace lo que puede. Bastante tiene con no dormirse cada diez minutos.

– Dile al Aaron que está castigado, ya no le llevo ningún regalo de recuerdo –digo intentando mantener la calma tras la retahíla de historias que me ha contado. Entonces Aaron coge el teléfono y empieza a quejarse–. Os estáis aprovechando porque no estoy yo –le grito–. Ni Paulisky ni paulisko. Como vaya para allá os vais a enterar de lo que vale un peine –grito antes de colgar.

– Joder, me he cagado –dice Juan sin darse la vuelta, con la cabeza metida en la pantalla aún.

– Tú también te vas a enterar –digo en un tono aún ofuscado–. Como tenga que ir para allá –añado ahora riendo.

– ¿Dónde está su padre? ¿Por qué viven contigo?

Ahora me doy cuenta de que no sabe nada de mi vida, pero es que en realidad, yo tampoco sé apenas nada de él salvo lo que he leído por Internet o lo que me han contado.

– No son mis hijos, son mis sobrinos. Y viven en casa de mis padres, yo vivo con ellos, porque está la cosa muy mal, y está todo carísimo –ya lo digo siempre como un mantra.

– Por eso dijiste que venías del infierno –recuerda riéndose.

– Por eso lo dije –admito dejándome caer en el sofá, el cual me recuerda hace unos días, cuando follamos en él. De todas formas estoy demasiado estresada para nada más que refunfuñar en él ahora mismo.

Juan gira en su silla y me mira.

– ¿Qué quieres?

- Me gustaría que leyeras esto –me pide.
- ¿Requiere levantarse del sofá?
- Lo requiere.
- ¿Incluye algo más? –pregunto levantando una ceja.
- ¿Qué más quieres?
- Un aliciente.
- Hago yo la cena.
- Me parece correcto.
- Elijo yo la película y cenamos aquí. Es mi condición.

Asiento sonriente y voy hacia su ordenador. Él hace el amago de levantarse pero no lo hace, sino que me atrapa con sus brazos y me hace sentar en sus piernas.

Lo que ocultaba con tanto celo ahora lo muestra como si fuera su compañera, como si al fin confiara en mí. Es extraño, porque apenas hablamos, sólo decimos tonterías, nos reímos juntos, y a veces incluso vemos alguna película, aunque yo intento mantenerme en la distancia, porque no quiero implicarme demasiado. Y sin embargo, ahora es distinto, no sé por qué, es como si me enseñara algo suyo, algo privado que rondaba su cabeza y que nadie más ha visto. Como si me hubiera abierto las puertas de su mente.

- Vaya –digo como única muestra de mi reacción ante lo que veo.
- ¿Qué te parece?

Veo duda en sus ojos, no las tiene todas consigo. Siento un deseo irrefrenable por acariciar su mejilla y darle confianza. Le miro a los ojos, aún subida a sus piernas y le sonrío.

– Me parece increíble –y lo hago, le acaricio la mejilla y le beso. No es un beso lleno de pasión como los que nos damos siempre, preludio de sexo muy guarro. Es un beso cariñoso, sólo hay ternura en nuestros labios.

Él no deja de mirarme a los ojos, y yo no puedo despegarme de ellos. Sus manos me acarician ahora igual que lo hago yo en sus mejillas y el beso se vuelve más profundo, más ardiente. Oigo mis propios gemidos y su respiración fuerte y caliente me inunda como si se tratara del vapor de una poción que algún brujo ha soltado a mi alrededor, para envolverme y que pierda el control de mi cuerpo y sobre mis sentidos.

Creo que su aroma corporal tiene alguna fórmula química biológica que incita a las mujeres a derretirse ante él, como si fuera burundanga. O tal vez es la mezcla que forma con su mirada.

O su cuerpo enorme..., o lo otro, que también es enorme. Deslizo mis manos por sus hombros y le acaricio con tanta ansia que pareciera que no hemos hecho esto en años. Me siento como si me hubieran sacado de una mazmorra en la que llevaba una década aislada del mundo exterior. Además es que está buenísimo. Y tan duro... Todo su cuerpo. No puedo dejar de tocarlo, incluso cuando no hacemos nada. Pero esos músculos..., es imposible no querer tocarlo todo el tiempo.

– ¿La quieres otra vez dentro?

Asiento sin decir nada, sólo moviendo la cabeza intentando no parecer demasiado ansiosa, pero es que ya está dura y no hay que desaprovecharla, ¿no?

Al día siguiente.

No entiendo por qué me deshago con Paula cada vez que la tengo cerca, ni siquiera sé por qué he confiado en ella para enseñarle mi proyecto. Tal vez necesitaba la opinión de alguien más, no sólo la mía o la de Pedro. No tiene por qué ser nada más que eso, y sin embargo no puedo tampoco mentirme a mí mismo. Hace unos meses, cuando todo mi mundo se vino abajo, me di cuenta de que lo primero que tenía que hacer para salir de todo lo malo era reconocerlo primero, reconocer qué era lo que me frenaba, qué me hacía caer siempre en los mismos errores. Así podría salir de ellos, buscar la solución. Y lo hice. Y desde entonces acepto todo lo que hay en mi vida, lo bueno y lo malo. Ahora, por ejemplo, acepto que soy débil, Paula es mi debilidad, y tengo que reconocer que estoy sin control. Que no quiero otra cosa que estar con ella cada día, tal y como hacemos ahora. Si pudiéramos vivir aquí siempre, juntos. Pero es de locos, apenas nos conocemos, apenas nada. Podría plantearle que otras parejas tardan meses en llegar a lo que nosotros en unas semanas, porque teóricamente, si quedan como media dos veces por semana, pongamos cuatro horas, por la tarde, sería un total de ocho horas semanales. Si juntamos todas las horas que pasan en cuatro meses, daría un total de 128 horas, que divididas entre los días que pasamos juntos, sería como si tuviéramos una relación de diez meses... O más. Podría hacerle una gráfica... Así representaría de forma visual que nuestra relación, a pesar de ser de dos semanas, es como si fuera de casi un año para una pareja normal. Por otra parte me pregunto si le parecería un loco al enseñarle una gráfica así. Un loco que lleva demasiado tiempo encerrado aquí.

El caso es que sí debo estar loco, loco por ella, porque aún sabiendo que mi hermano lo ideó todo, no puedo echarle siquiera la culpa ya. Es demasiado bueno lo que me ha pasado como para reprochárselo. Incluso he llegado a pensar en darle las gracias, pero bueno, aún queda algo de orgullo en mí.

Si Paula supiera que él lo ideó tal vez pensaría que la han manipulado para que se liara conmigo, indirectamente, pero sí, manipulada al fin y al cabo. En realidad a los dos.

– Pedro –digo al contestar la llamada del móvil que acababa de encenderse en la mesa.

– ¿Ya se te ha pasado? –pregunta respecto a mi cabreo de la última llamada.

– Sí, ¿alguna novedad?

– Ninguna, sólo quería saber cómo iban las cosas por allí.

– Mi hermano consiguió lo que quería.

Oigo las risas de mi amigo al otro lado del teléfono y quisiera que viera mi expresión de hastío.

– No es para reírse tanto. Tendrías que verla.

– Tal vez lo haga, quiero ir allí este fin de semana.

– ¿Para reírte en mi cara? –no me hace demasiada ilusión que venga, porque tenemos una intimidad, Paula y yo. que no quiero que nadie rompa ahora mismo.

– También para comprobar cómo van las cosas. ¿Has acabado el trabajo?

– Sí, pero aún necesito alguna revisión más.

– ¿Sabes que sé cuándo me mientes?

– Lo sé, necesito más tiempo con ella –me veo obligado a confesar.

– Bueno, eso me da más ganas de ir y conocerla... –deja caer y ya sé que no me libraré de su visita.

Cuelgo cuando oigo los pasos de Paula acercándose. No sé si es buen momento para hacerle la gráfica sobre nuestra relación en comparativa con la de otras parejas y que así comprenda que es como si lleváramos casi un año emparejados. ¿O pensará que estoy loco por llevar tanto tiempo viviendo aquí? Mejor espero a que llegue Pedro y con un poco de suerte él me dará una idea mejor.

– ¿Has terminado tu trabajo? –pregunto con una sonrisa cuando entra vestida únicamente con una bata de seda rosa muy fina. Demasiado fina como para servir para algo más que provocar, porque abrigar, no abriga. De hecho, Paula debe estar congelada ahí dentro.

– Ya he terminado, si viniera mi jefe no sé qué le diría.

– Le dirías que has terminado un trabajo y que te falta otro. Ven –le ruego extendiendo mi mano por delante de mis ojos para que se acerque y la tome–. Debes estar helada.

– Sí –confirma–, pero creo que valdrá la pena la congelación si obtengo los buenos

resultados esperados.

– Valdrá la pena –digo tomando su mano y llevándola hasta mi polla. Es que he visto sus pezones marcados en la seda y me ha puesto como puede comprobar con su mano.

– Todo lo que hago te gusta, y me gusta que te guste –dice y es como una música para mis oídos. Mientras, con su mano acaricia mi erección y no sé cómo lo hace pero creo que podría correrme en su mano.

Llevo mis manos a su cabeza y la acaricio por el pelo y por sus mejillas mientras beso sus labios, sin dejar de pensar que su mano va a hacer que me corra en ella.

– No sabes lo que es esto –digo en un ruego–. No sé si podré aguantar mucho más.

– ¿Quieres que pare? –pregunta deteniendo ligeramente su mano.

– No lo sé –digo acabando en un suspiro y una sonrisa a la vez.

Ella toma la decisión por mí y me empuja hasta la silla que tengo detrás para caer sobre ella porque no opongo demasiada resistencia. No me da tiempo a nada, me desabrocha los pantalones y la saca. Se sienta a horcajadas y se llena con ella deslizándose lentamente ahora, aunque ha sido tan rápida para llegar hasta aquí... Ver su rostro disfrutando cada milésima de segundo mientras se empala es delicioso.

– Quiero que me ates a tu cama y me des un masaje con ese aceite que tienes en la bañera.

– ¿Ahora? –pregunto confuso mientras sigue exprimiendo mi polla con su coño húmedo y apretado.

– No, tonto. Luego, más tarde.

Observo sus ojos rasgados. a los que no puedo dejar de mirar mientras se mueve arriba y abajo sobre mi polla, disfrutándola como si fuera un juguete que utiliza a su libre disposición, cada vez que quiere, y son unas cuantas...

– O vas más despacio o me corro ahora mismo.

– Jo –se limita a decir.

– No tienes ni idea de lo que es tenerla ahí dentro. Está tan caliente, tan húmedo, tan... jugoso.

– ¿Jugoso? –pregunta alzando una ceja y con una sonrisa traviesa.

– Jugoso como una fruta tropical.

Ella ríe y noto las contracciones en su interior a causa de la risa. No es algo que haya sentido antes, y me gusta. La miro mientras ríe y me muerdo los labios instintivamente

mientras la sujeto por la cintura con mis manos. La sujeto y la acaricio a la vez. Podría estar aquí, justo en este momento, en esta situación y en esta postura, por el resto de mi vida. No cambiaría nada.

– Me encanta cómo te ríes –digo de repente y me doy cuenta de que no era buen momento. ¿Demasiado sentimental para ella? Es que no ha visto la puñetera gráfica, para demostrarle que estamos hechos el uno para el otro. La gráfica que demuestra que es como si lleváramos un año saliendo juntos.

Ella no responde a mis palabras, sino que deja de reírse y continúa moviéndose.

– No te corras aún –me ruega.

– No, no lo haré, y si lo hago puedes seguir haciendo lo que quieras.

Ella me sonrío y me sujeta la cabeza con sus manos para apoyar su frente sobre la mía y seguir moviéndose así, a veces abre los ojos y otras los cierra. A veces me besa y otras veces lame mi mejilla, y otras me muerde los labios. Y siento cómo su cuerpo se estremece, se curva, vuelve en sí, y cómo convulsiona alrededor de mi polla que empieza a explotar en su interior llenándola de mi semen entre espasmos contra las paredes de su vagina que también se contrae haciendo que mi corrida se acople a cada movimiento, apretándola y exprimiéndola. No sé cuándo sentí un placer así en el pasado, pero si lo hubo, no lo recuerdo. No recuerdo el sexo como lo he hecho con ella.

Ni creo que vuelva a hacerlo así con nadie, aunque saliera mal, aunque hubiera otras, no sería así, lo sé seguro. Tengo demasiada experiencia como para poder afirmarlo. Al igual que dijo Paula.

Tampoco creo que haya mucha gente como ella.

En realidad nadie es como ella.

Dos días después.

Debería haber puesto un calendario, no sé cuánto tiempo me queda con él, pero la visita de su amigo me hace volver a la realidad. No nos queda mucho. Y eso me entristece.

No quiero que acabe, pero también tengo que aceptar la realidad. Un mes fue lo acordado. ¿Y cuánto queda? ¿Una semana? ¿Queda tal vez un poco más? Pero es que con él, el tiempo pasa demasiado rápido. Odio cuando pasa esto, es como un domingo. El domingo es el peor día de la semana, hay gente que piensa que es el lunes, pero no, el domingo nos recuerda que se acaba el “finde”, y es deprimente. El lunes es el comienzo del fin. Pero el domingo es el fin de

lo que nos queda. Y me siento así, siento que es el fin de algo hermoso, algo maravilloso, y me da una rabia y una pena que no puedo soportar. Siento nostalgia por algo que aún no ha terminado. No tiene mucho sentido, pero es así como me siento.

Miro a Juan hablando con Pedro sobre su proyecto y me doy cuenta de que quiero acariciarlo, quiero pasar lo que nos queda juntos abrazada a él, aunque sea más doloroso después. O tal vez debería darme un golpe de realidad ahora mismo y dejar de sentir una nostalgia innecesaria, nostalgia por algo que aún no ha pasado.

Pedro me dedica miradas furtivas, miradas llenas de curiosidad mientras Juan le explica los pormenores de lo que ha ideado.

– Así que el banco te ha dado el visto bueno.

– Exacto.

– Bueno, si los has convencido a ellos, ya tienes el camino hecho. Yo me encargaré del papeleo... –dice volviendo a mirarme de reojo–. Necesitaremos a alguien para llevar el tema económico, no sé si me entiendes.

– Haría falta alguien de confianza –responde de una forma rara, como si hablaran en clave.

Creo que mi primera impresión sobre Juan Garmendia, de que era un poco tonto, vuelve a cobrar fuerza. ¿Qué cojones hacen esos dos?

– Exacto –responde el otro lentamente, incluso moviendo la cabeza.

Yo decido irme porque o estallo en carcajadas o me tiro de los pelos.

– Podéis hablar con tranquilidad, ya me voy.

– No es necesario –dice Pedro.

– No, de verdad, es que prefiero irme y que habléis de forma normal, sinceramente –digo dándome la vuelta y saliendo del salón lo más rápido que puedo.

Entiendo que no quieren que me entere de lo que hablan, pero no hacía falta hablar de esa forma. Tampoco voy a decir nada a nadie, no tienen por qué ocultar nada. Claro que es normal que no se fíen de mí, sobre todo el amigo, que sabe que me ha enviado el banco con el que tiene la deuda y no creo que sepa el “trato” al que llegamos Juan y yo. En realidad, es que no creo que sea un trato como para ir contándolo por ahí. Si lo pienso con calma, es un trato bastante absurdo. Aunque no me arrepiente de nada.

De todas formas, preferiría que no hubiera venido ese hombre, ahora no puedo estar con Juan, acariciarlo, besarlo cada vez que quiera. No me gusta tener que controlarme y aparentar que no somos nada. Es horrible. Estoy deseando que se vaya.

Y como si mis deseos se hicieran realidad, la puerta a mi espalda se abre y salen esos dos.

– Me despido, espero que nos veamos pronto. Tengo mucho trabajo que hacer.

– ¡Qué pena! –exclamo con la voz más falsa que tenía. Espero que no se haya notado mi alegría interior.

– Para mí también lo es –responde él.

– Bueno ya está bien, a trabajar –le dice empujándolo literalmente hacia la puerta.

Vaya, parece que Juan también tiene ganas de volver a nuestra rutina. Lo lleva hasta la reja de fuera y yo le sigo por quedar bien, no por otra cosa, la verdad.

Y cuando creo que ya todo acabará, que Pedro se va y que volveremos a la cama, o a la bañera, o a la mesa de la cocina a seguir follando como animales, un coche se acerca. Y no es nadie que yo conozca.

– Joder –le oigo decir a Juan.

– ¿Qué pasa? –pregunto a su espalda, adelantándome después para cotillear.

– No tenía ni idea –asegura Pedro y parece sincero, aunque yo no sé de qué está hablando.

– Está bien, quédate.

Pedro ni siquiera había subido a su coche, pero ahora lo hace para aparcarlo de forma que entre el que viene. Que parece ser que también es para quedarse. ¡Lo que nos faltaba!

Me suena la cara de ese hombre, pero no sé de qué.

– Supongo que no te puedo echar –dice Juan con una tensión en su mandíbula que no había visto antes. Hasta me ha puesto cachonda de verle así. Pero con él todo me pone cachonda, así que no le doy mayor importancia. El único problema es que me están dando ganas de mandarlos a todos a la mierda y tirar del brazo de Juan hasta llevarle a su habitación, cerrar con llave y que nos dejen en paz el resto del día.

– Aún eres el dueño de esto, pero no sería muy educado echar a tu propio hermano –dice, demasiado serio, el hombre que acaba de llegar.

– Haz lo que te dé la gana –responde Juan y se da la vuelta para entrar en casa de nuevo.

Yo me quedo con la boca abierta, a punto de decir algo, pero el problema es que no sé qué.

– Me llamo Miguel Garmendia, encantado.

Yo le doy la mano porque él me la ha ofrecido. En el momento que nos damos la mano me doy cuenta de que cada vez me suena más su cara, aunque todavía no caigo.

– Encantada –no sabía qué decir, pero él me ha dado la oportunidad de repetir lo último que ha dicho sólo cambiando el género, y se lo agradezco.

– Hechas las presentaciones, ella es Paula, vamos dentro y nos acomodamos. ¿Tiene que venir alguien más? –pregunta Pedro empujándonos ligeramente para que no nos quedemos en el jardín.

– Espero que no –susurro para mí y no estoy muy segura de que no me hayan oído.

Es la primera vez que comemos en el salón, y es raro de cojones. El hermano está sentado como si le hubieran metido un palo por el culo. Conocí a una chica que se sentaba así, era una compañera del colegio que había hecho demasiada gimnasia rítmica y creo que tenía la espalda doblada pero al revés de lo normal. No sé por qué, pero sólo de verlo yo también me he estirado. Juan me mira frunciendo el ceño y yo me encojo de hombros. Se me pega todo, le diría, como los acentos o las posturas o las coletillas al hablar. No lo puedo evitar. Una semana en Galicia y hablando con acento gallego, otra semana en Andalucía y ya hablo como los andaluces. Es un don o una maldición, no lo sé. Al final tengo un popurrí de acentos de todas partes y es un lío. El caso es que estoy estirada mirando cómo está de estirado el hermano de Juan. Sigue sonándose de algo su cara, aunque sigo sin saber de qué. A lo mejor es que se parece un poco a Juan, aunque más austero y mucho menos guapo, es como la versión fea y aburrida de Juan. ¡Qué pena! Los mismos genes y tan mal aprovechados. La genética es cruel a veces. A lo mejor si se quitara las gafas..., pienso mirándolo con algo de descaro.

Juan me dedica otra mirada y niega con la cabeza. Si pudiera hablarme con total libertad sé que me preguntaría qué hago. Le respondería que me suena de algo su cara, aquí hay algo raro y no sé qué es. Luego le explicaré las dudas que me está generando todo esto, cuando estemos a solas.

– Señorita García

– Presente –digo levantando la cabeza de repente, es que sólo en el colegio me llamaban por el apellido, y porque había otra Paula, si no, me habrían llamado Paula.

Todos me miran confusos.

– ¿Le queda mucho trabajo aquí? Para poder recuperar mi inversión...

– Oh, comprendo. Pues aún quedan algunas habitaciones, es que son tantas cosas – me excuso.

Juan mira a su hermano de una forma que intimida, pero el otro pasa. Pedro me mira a mí y no sé yo a quién mirar. Si yo sólo quería que se fueran todos y quedarme a solas con Juan, pienso con ganas de llorar. Llevo demasiadas horas sin tocarlo.

– Bueno yo ya he terminado de comer, es que no tenía mucha hambre, muchas gracias a todos, mejor me voy a seguir trabajando –digo levantándome de la silla y haciendo demasiado ruido al arrastrarla–. Disculpen, el trabajo me llama.

No tengo más trabajo que el de meterme en esa puñetera bañera de burbujas con ese pedazo de tío. Y por culpa de esos dos no puedo hacerlo. Sólo espero que se vayan pronto, arreglen sus tonterías, si es que tienen algo que arreglar, y me dejen volver a mi intimidad con él.

Pues no, hoy se ve que es un mal día, porque mientras me hallo en el pasillo de la planta superior intentando decidir cómo perder el tiempo, oigo los pasos de esos tres subiendo la escalera. Miguel dice que quiere la habitación que usaban cuando era pequeño.

– Como he dicho cuando has llegado, haz lo que quieras –responde Juan.

Yo sonrío cuando pasan por delante de mí, a modo de cortesía. Y de pronto me doy cuenta de que no tendríamos por qué ocultar que estamos..., estamos lo que sea que estemos haciendo. Porque, aunque en cierto modo no sea muy profesional por mi parte, aunque no sea muy correcto, nada me impide tener una... una, lo que sea que tengamos. Es decir, nada me impide ni moral ni legalmente follarme al dueño de esta casa. ¿Por qué Juan actúa como si no tuviera ningún interés en mí delante de su hermano? ¿Acaso es verdad la primera impresión que tuve de él? ¿Acaso es verdad lo que dijo cuando se enfadó al llegar aquí? Dijo que si no fuera por las deudas alguien como yo jamás habría pisado esta casa. Hubo un momento en el que no sabía si lo decía por el hecho de que me enviara el banco para quitarle todo o porque realmente es tan idiota. ¿En serio es tan imbécil? ¿Puede alguien en este siglo ser tan clasista? Me repugna pensar que pueda haber gente así aún. Es horrible.

Veo pasar a Juan por delante de mí dirigiéndose hacia su habitación y ya no es domingo para mí, ahora es lunes. Es día de empezar a trabajar, es día de acabar con el ocio, es día de ser guerrera. Mañana me iré con mis cosas. Acabo de darme cuenta de que sólo he estado perdiendo el tiempo aquí. Será mejor que vuelva a Madrid. Incluso estoy pensando en volver ahora mismo.

Hay cosas en su habitación, algunas braguitas y algunas cremas, y desmaquillante, pero no pienso entrar en la habitación de Juan, no quiero verlo nunca más. Estoy tan enfadada ahora mismo, que sólo quiero gritar. De hecho, voy a aprovechar que se ha metido en su habitación para hacer la maleta y desaparecer.

Capítulo 7.

Lo bueno de que Juan no tenga mi número es que no le tengo que bloquear. Menudo imbécil, cómo le odio, pienso mientras conduzco hacia Madrid.

De camino a casa he pasado por el pueblo y me he acordado del odio que le tenía Óscar, el mecánico, es que tenía razón en todo lo que me dijo. Y yo me creía más lista que una chiquilla de veinte años... No me diferencio en nada. Bueno sí, en una cosa, pillaré a algún despistado al que follar hasta que desee no haber nacido nunca. O tal vez vaya a un club de boxeo y pida un entrenamiento de una hora y media. No sé aún, pero espero que conducir me calme un poco, porque en este estado de cabreo no puedo presentarme en mi casa. Podría coger a los dos niños y mandarlos a un campamento en un arrebato de ira. O a una academia militar, quién sabe.

Me encuentro un control de policía y es lo que me faltaba. A medida que me acerco sonrío tensa.

– Buenas tardes –dice.

Serán buenas para él, yo tengo una cara de perros.

– Buenas tardes.

– Documentación, por favor.

Joder, ¿por qué están tan buenos estos tíos con uniforme? ¿Siempre ponen en los controles a los más guapos? ¿Lo hacen para ponernos nerviosas? Me imagino al jefe de los policías en su cuartel, o lo que sea, haciendo el plan de trabajo del día y eligiendo a los más jóvenes y sexis para ponerlos en los puestos de control. ¡Esto no me calmará en absoluto! Encima no sé qué me pasa, que en realidad, no quiero follar a un tío así. Aunque está buenísimo, sólo me hace recordar lo que acabo de perder con Juan. Será imbécil. Vuelvo a enfadarme mientras saco las tarjetas del bolso y se me caen repartidas por todo el coche.

– Hoy me pasa de todo –le digo al joven que me mira frunciendo el ceño.

Salgo del coche para poder recoger las tarjetas y encontrar el carnet de conducir, y cuando giro la cabeza para darle explicaciones de mis problemas veo que estaba mirándome el culo y sus mejillas empiezan a volverse rojas como la grana. Vuelvo la cabeza hacia el interior del coche y localizo el carnet.

– Aquí está –digo dándome la vuelta y entregándoselo.

Él me sonrío y yo me calmo un poco tras lograr encontrar el carnet y tal vez por su sonrisa tranquilizadora.

– Todo me sale mal hoy –me lamento mientras él comprueba mi documentación con su tablet–. Mi..., no sé lo que es, mi..., “lo que sea” es imbécil. Yo creí por un momento que era distinto, aunque en realidad todos decían que era un playboy. En realidad no le importa nadie salvo él mismo.

– Muy bien, señorita, puede seguir.

– Gracias, es usted tan amable, tan simpático –tan extremadamente sexi.

– Tranquilícese –susurra–, seguro que hay muchos otros mejores que su ex.

– No lo sé, pero le agradezco. Me está dando ahora el bajón.

– Regrese a casa y no lo piense más.

– Lo intentaré –digo sonriéndole tristemente.

– Puede continuar –acierta a decir mirando hacia un lado, donde están otros agentes apoyados en sus patrullas.

– Por supuesto –digo asintiendo con la cabeza, el pobre hombre tiene que aparentar seriedad delante de sus jefes.

No sé si reír o llorar, pero decido volver a la carretera. Ahora estoy un poco más calmada. Al menos ahora puedo volver a casa más tranquila. El problema de todo esto es que ahora estoy de bajón. Ya no estoy enfadada. Ahora estoy triste, porque me he dado cuenta de que aunque ese chico era atractivo y el uniforme le favorecía extremadamente, no podía pensar en otra cosa que en Juan. Supongo que es el período de duelo y me toca joderme. Aunque intento pensar en términos biológicos, es decir, en que tardaré en olvidarle diecinueve días y quinientas noches, no sé por qué, en alguna parte de mi cabeza hay una tristeza que empieza a absorberme como “Venom” a “Spiderman”.

Regreso a mi casa conduciendo lentamente, no me siento bien ahora mismo. No quiero volver, y a la vez sé que mis sobrinos me harán olvidar todo, de hecho ahora que lo pienso, no me dejarán pensar.

Al día siguiente.

Me estoy volviendo loco. Paula ha desaparecido y ni Pedro ni mi hermano saben dónde está. Al principio pensaba que simplemente habría salido al pueblo, aunque no tenía sentido, pero se ha llevado sus cosas. No puedo entenderlo. Cuando he abierto la puerta de su habitación no había nada, se ha llevado su maleta. Sin embargo, no ha cogido sus cosas de la mía.

¿Qué le ha pasado? Nadie me da una respuesta y mi hermano incluso parece disfrutar de mi frustración. Bueno, hasta que le he dado un puñetazo en la cara. Es la única satisfacción del día.

– Ahora estamos en paz –dice Miguel taponándose la nariz con un pañuelo.

– Hasta que no sepa por qué se ha ido no estaré en paz contigo ni con nadie.

– Creo que yo sé por qué se ha ido, responde Pedro.

Ambos lo miramos confusos, ¿acaso es adivino?

– No te quedes ahí callado, di algo –le insto nervioso aún y con la capacidad de dar otro puñetazo.

– Puede que no le haya gustado que la ignorases mientras estábamos aquí.

– Bueno, pero no podía comprometer su trabajo. Él la envió sabiendo lo que pasaría, pero ella no lo sabe y no creo que fuera bueno que lo supiera. Sentiría que la ha manipulado, igual que ha hecho conmigo.

– Sí, pero con tal de que tu hermano no se enterara de que había ganado, decidiste esconder vuestra relación.

– No tiene ningún sentido –digo cruzándome de brazos en medio del vestíbulo y negándome a darle la razón. Es que no tiene sentido nada de lo que dice.

– A ver, ella no sabe nada de los planes de tu hermano. Entonces, que la ignoraras tanto tiempo podría ser para ella una ofensa. Como si te avergonzaras de que tu hermano supiera que estáis juntos.

Mi hermano y yo negamos ante lo absurdo de su teoría.

– No me parece lógico. Ella también me ignoraba, por su trabajo, la han enviado del banco para quitármelo todo, no tiene sentido que tuviera ningún tipo de relación conmigo.

– Su familia es una locura, puede que alguno de sus sobrinos se haya puesto enfermo –dice mi hermano y le veo más sentido que la elucubración de Pedro.

– He estado casado cuatro veces –afirma Pedro aunque hemos descartado su posibilidad–. Os aseguro que esto tiene más relación con la ira que con una situación de emergencia, porque entonces habría dicho algo, no se habría ido aprovechando que estábamos todos en nuestras habitaciones.

Las palabras de Pedro ahora cobran sentido.

– ¿Tienes el teléfono de Paula? –pregunto directamente a mi hermano.

– No, pero Míriam sí.

– ¡Por Dios! ¿Por qué no lo has dicho antes?

Miguel mira en su móvil y empieza a escribir ajustando sus gafas entre frase y frase.

– ¡Llámalas! –le exijo y él me mira alzando una ceja, pero luego sonrío.

Seguro que siente una enorme satisfacción, al verme desesperado.

– ¿Tal vez si llamamos a su jefe nos diga dónde vive? –pregunta Pedro.

– Es el tío de su ex, no creo que quiera ayudarnos, dirá que hay protección de datos y esas milongas. Aunque no dudó en darle esta dirección a su sobrino... –respondo poniendo los ojos en blanco.

– Comprendo –dice Pedro calculando nuestras opciones con la mirada desenfocada en el suelo y su habitual actitud al elaborar una estrategia.

Lo que nos faltaba esta tarde es volver a Madrid y toparnos con un control policial. Un joven policía nos hace la señal del alto y mi hermano, que es quien conduce, se detiene ante él. Ya está anocheciendo y el policía mira en el interior del coche enfocándonos con una linterna.

A Pedro se le ha ocurrido que tardaríamos menos tiempo en ir y volver de Madrid usando el coche de mi hermano en lugar de ir cada uno en el nuestro. Y el coche de Miguel es el mejor, el más rápido, así que yo voy sentado detrás, porque no quiero estar cerca de él, y Pedro va en el asiento del copiloto.

– Documentación.

Mi hermano empieza a sacar papeles y a dárselos al joven mientras yo estoy resoplando atrás, por la pérdida de tiempo.

– ¿Algún problema? –pregunta el agente mirándome y deslumbrándome también con su linterna.

– Llevamos un poquito de prisa –respondo tenso.

– De acuerdo, baje del vehículo.

– No puede ser.

– Baje del vehículo –dice en un tono más alto que la vez anterior.

– Eres tonto –me reprocha Pedro.

– Estoy muy nervioso, Paula nos lleva ventaja.

– ¿Quién es Paula? –pregunta el agente sin dejar de enfocarme con la puta linterna.

– Paula es mi novia.

Puedo oír las risas de Miguel y de Pedro en el interior del vehículo.

– ¿La están persiguiendo?

– Oh, ¡por Dios! No es eso, creemos que se ha enfadado por una confusión, tengo prisa porque si no arreglo esto la voy a perder. Si la conociera lo entendería.

– Paula... Lo entiendo.

Mi expresión debe haber cambiado bastante porque el policía se ríe también.

– Ha pasado hace una hora. Y piensa que usted es imbécil –afirma asintiendo con la cabeza, como si él la apoyara en ello.

Me echo la mano derecha a la frente y niego.

– Puede continuar.

– Gracias.

Lo debe haber disfrutado, me acaba de llamar imbécil en mi cara. Vuelvo a subir al coche y hay un silencio sepulcral durante unos minutos. Estoy esperando a que suelten lo que piensan en cualquier momento.

– Poned algo de música, no quiero oír vuestros comentarios al respecto.

Pedro comienza a buscar música en su móvil para enlazarlo con el equipo del coche. Y al muy gracioso sólo se le ocurre poner una canción de la gran oferta digital que tiene. Millones de canciones en streaming...

Empieza a sonar Dígale...

Cuando acaba la canción ya estamos entrando en Madrid. Y no he escuchado nada, sólo puedo pensar en lo que ha dicho ese hombre y lo que ha dicho Pedro, ¿será verdad? ¿Se ha enfadado porque nos ignorábamos? Un momento, eso significaría que siente algo más de lo que parecía. No sólo es sexo, hay algo más.

Un atisbo de esperanza me recorre y comprendo que me importa demasiado, más de lo que creía. Y sabía que me importaba, porque he decidido, desde hace un tiempo, aceptar lo que soy y lo que pienso, no ocultarme a mí mismo nada. Y si una cosa tengo clara, desde hace ya bastante, es que quiero estar con Paula, quiero que sienta lo mismo que yo, quiero que me quiera.

Es decir, la quiero.

Si le hubiera mostrado la gráfica, nada de esto habría pasado, pero cuando iba a hacerlo me entretuvo con otras cosas y perdí la oportunidad. Y después vino mi hermano y se volvió todo muy turbio. Ahora sólo queda la opción de contactar con su jefe a través de mi hermano. Me da rabia depender de él para conseguir ver a Paula de nuevo, pero no me quedan más opciones que tragar con las ideas de Pedro y de Miguel, estoy en sus manos.

El móvil de mi hermano suena y le doy un golpe en el hombro desde el asiento de atrás.

– ¿Estás loco? Estoy conduciendo.

– Puede ser Míriam. Mira a ver si te ha contestado –digo nervioso desde el asiento de atrás.

– Eres como un niño que no se está quieto –se queja mi hermano de nuevo.

– Pero mira el móvil.

– No pienso mirar el móvil mientras estoy conduciendo.

Miguel resopla pero se desvía en la primera salida de la M 30 para parar poder parar el coche.

– No me atosigues cuando estoy conduciendo.

– Pero para ya.

– Debería conducir yo, dice Pedro.

– Mi coche no lo toca nadie –responde Miguel cuando llega a un área de servicio y finalmente detiene el coche.

– Lo que has tardado –me quejo.

Miguel saca el móvil de su bolsillo y mira los mensajes.

– No es Míriam, es del trabajo.

– Joder, ¿por qué no te contesta?

– Pues no tengo la menor idea. Estará trabajando y no se entera.

– ¿Un sábado?

– Le gusta trabajar, no como a otros –me dice a modo de reproche y pongo los ojos en blanco.

– Pues sigamos mi plan y vayamos a ver al jefe de Paula, puede que aún lo encontremos –dice Pedro.

– ¿A estas horas? Lo dudo. Ya no vamos a encontrar a nadie –digo sintiéndome derrotado, cruzándome de brazos y dejándome caer en el respaldo.

– Y yo que creía que habías madurado al fin –dice mi hermano mirándome por el retrovisor.

– ¿Qué te pasa Paulisky? –me pregunta mi sobrino Manuel cuando, tras abrir la puerta de casa, meto la maleta con una mala leche que todos han sentido. De hecho se oían los gritos de mi madre y las voces agudas de mis sobrinos y ahora hay un silencio sepulcral salvo por el ruido de la maleta cayendo al suelo por haberla metido de una patada. El problema es aparcar en el quinto pino y regresar caminando tres manzanas con la maleta y las bolsas.

– Que nadie me ayuda. Eso me pasa –aseguro y por raro que parezca mis dos sobrinos cogen las bolsas que he dejado en el suelo–. Esto es nuevo –digo sorprendida.

– ¿Has traído algún regalo? –pregunta Aaron.

Ya sabía yo que no me ayudarían por gusto.

– Ahora lo entiendo todo. Pues no, no he traído ningún regalo, porque no os habéis portado bien, ya me he enterado.

– Te lo ha dicho la yaya –se queja Manuel.

– No me lo ha dicho la yaya, ha sido un pajarito. Además, tengo poderes, no necesito que nadie me lo diga, yo lo sé. Sé el futuro, el pasado y además leo la mente.

– No tienes poderes, porque eso es una tontería.

– Claro, nadie puede leer la mente.

– El futuro sí se puede ver, he visto un youtuber prediciendo lo que va a pasar, pero la mente no se puede leer –dice Manuel.

– Claro, porque no es un libro, ¿cómo la vas a leer? –le apoya Aaron poniendo los ojos en blanco.

– Me gustaría ver cómo predice la hostia que le daba –susurro para mí.

A veces no sé si es mejor que estén enfadados entre ellos, porque cuando se unen es mucho peor. Empiezan a atosigarme y me llevan al límite y eso que apenas he puesto un pie aquí

dentro.

– Fuera de mi vista.

– Pero tía, tenemos que enseñarte un montón de vídeos. Hay un youtuber nuevo que hace parkour y patina a la vez.

– ¿Parkour? Lo que tiene que hacer es ponerse a trabajar y dejarse de tonterías. ¡A trabajar a la mina! –respondo así, medio riendo, porque sé que les molesta mucho cuando digo eso.

– El trabaja, de youtuber.

– ¡A trabajar a la mina!

Los dos se ponen a rabiar ante mis palabras y comienzan a discutir entre ellos mientras yo resoplo y pongo los ojos en blanco.

– ¿Todo bien? –pregunta mi madre recogiendo la maleta.

– Sí, es que había mucho trabajo –miento, porque el trabajo lo terminé hace días y me he dedicado a disfrutar del “Señor Garmendia”. Aunque ahora mismo no voy a explicarle que estoy mal por haberme llevado el chasco sentimental que me he llevado.

– A ver si no te vuelven a enviar tan lejos –dice con una sonrisa comprensiva.

Por alguna razón le devuelvo la sonrisa y la abrazo. Mi abuela, que nos ve en medio del salón, se une y luego mi padre que no sabe qué pasa, porque acaba de salir del baño, pero habrá pensado que era momento de un abrazo colectivo.

– Se echa de menos esto –admito a pesar de que sé que es una locura de casa y de familia.

– Bueno pues ya estamos todos –dice mi abuela–. A cenar –propone soltándose del abrazo colectivo y moviéndose en su eterna lentitud hacia la cocina.

– Deshago la maleta y voy –respondo soltándome también y agarrando la maleta.

Necesito estar unos minutos sola, y deshacer la maleta, es la excusa que he puesto para recomponerme. Es un poco triste saber que no volveré a ver a Juan, que se acabó todo. Racionalmente comprendo que no pasa nada, que tenía que ser así antes o después, pero una parte de mí no quiere atender a razones.

No es la primera vez que me pasa algo parecido, es decir, es como una ruptura. Teóricamente tras una ruptura hay que entretenerse, ver a otra gente, quedar con las amigas, etc. Sin embargo, no tengo ánimo para nada de eso. Realmente creo que lo único que me puede sacar de esto es tener a mis dos sobrinos molestándome para entretenerme. Con ellos nunca tengo tiempo para pensar.

Salgo de la habitación y busco a mis sobrinos por toda la casa.

– ¿Dónde os habéis escondido vosotros dos?

– Tíaaaaa –grita Aaron saliendo del baño.

– Quiero ver ese youtuber que patina y salta y hace el tonto. En lugar de estar en la mina –añado riendo entre dientes.

Estaban deseando que les dijera algo así, salvo lo de la mina. Les acaba de dar un subidón que ni bebiendo una de esas bebidas energéticas los habría puesto en ese estado.

– Mira, mira –dice Manuel buscando el vídeo y tirando de mi brazo para ir al sofá.

Aaron se sube al sofá saltando el respaldo y haciendo gala de sus habilidades de “parkour”.

– Eso lo puedo hacer yo cuando quiera, no le veo el mérito.

– Pero si no sabes patinar –dice Manuel.

– No, pero no se ve difícil –miento. Sólo quiero tomarles un poco el pelo.

– Yo también puedo hacer eso, pero como se ha roto el patín, pues no lo puedo demostrar –añade Aaron.

Lo miro alzando una ceja y niego con la cabeza.

– Bueno, ¿y no tenéis nada más?

Ambos empiezan a enseñarme vídeos y a discutir entre ellos para elegir qué enseñan primero. Si tal o cual youtuber. Así pasa una hora hasta que está la cena y nos reunimos en la cocina. Desde luego estoy mucho más tranquila, porque esos dos te vuelven loca directamente.

Las conversaciones de todos, cada uno hablando de una cosa distinta y ninguno escuchando lo que dicen los demás, es como una terapia de choque para no poder pensar en nada. Una locura.

De pronto siento mi móvil vibrar en mi bolsillo y lo miro confusa. No sé quién puede ser a estas horas.

– ¿Estás bien? –pregunta mi mejor amiga, Míriam.

– Sí, he vuelto a Madrid, perdona que no te hablara mucho estos días, apenas tenía cobertura. He estado trabajando en la montaña.

– ¿Ahora eres agente forestal?

– Muy graciosa. Pero me das una idea...

– A ver si quedamos. ¿Qué haces hoy?

– No tengo cuerpo, acabo de llegar.

– Pero hoy es sábado.

– Ya, es que estoy muerta, mejor el que viene.

– Es que me ha pasado algo y necesitaba contarte.

– A mí también me han pasado cosas... Tía, no sé. Los tíos son lo peor.

– Quedamos y nos contamos las penas.

No sé qué le habrá pasado ni por qué insiste tanto. Siempre me lía y no puedo negarme al final.

– Es un poco tarde.

– ¡Qué va! Es sábado –vuelve a recordarme–. Venga, salgamos de fiesta y no pensemos más.

– No tengo ganas de fiesta.

Tras varios mensajes más con mucha insistencia acaba sacándome un sí. Nunca la he visto tan pesada para conseguir algo. No me queda más opción que quedar con ella.

Una hora después estoy en un restaurante de comida rápida en el centro de Madrid, al lado de la salida del metro, esperándola.

– ¡Guapaaaaa! –oigo la voz chillona de Míriam incluso antes de que mi vista pueda enfocarla.

Me levanto y sonrío negando con la cabeza cuando se acerca. Se sienta frente a mí después de los dos besos de rigor y me mira entrecerrando los ojos incluso cuando estamos decidiendo qué pedir.

– Yo acabo de cenar.

– Pues nos pedimos unas cervezas.

– Entonces me van a dar ganas de llorar –afirmo suspirando mientras miro la carta.

– Cuéntame.

– Pero si eras tú la que necesitaba hablar.

– La verdad es que no, pero me aburría en casa, mi marido ha salido.

– ¿Trabajo?

– Algo familiar.

– Te está sonando el móvil.

– Debe ser él, no tengo ganas de contestarle... Mejor pido las cervezas –propone levantándose–. Tú quédate aquí no nos vayan a quitar el sitio, que luego se llena y no tenemos dónde poner el culo.

Se va sonriéndome y girando la cabeza para comprobar que no me quitan la mesa mientras camina hacia la barra y no entiendo nada. Está muy rara.

Desde luego, entre mis sobrinos y mi amiga, mi mente está ocupada, no debería siquiera quedar un hueco en mi cabeza para pensar en Juan, y sin embargo no me lo quito de la cabeza. Tal vez en parte sea una necesidad sexual hacia él, en realidad no es algo romántico. ¿O sí? No quiero darle vueltas en ese sentido, simplemente quiero olvidar todo lo ocurrido en las últimas semanas. El problema es que ahora mismo no sé cómo.

Miriam deja las cervezas en la mesa y me mira con una sonrisita nerviosa.

– ¿Qué te pasa?

– Nada, cosas de mi marido. Luego te cuento.

– Estás muy rara.

– Tú también, pero vamos a beber, para olvidar.

– Me parece bien –digo sorbiendo un buen trago de la jarra.

– Joder, estás peor que yo.

– Es que he tenido unas semanas un poco raras.

Acabo contándole todo lo ocurrido mientras ella me mira boquiabierta. Todo lo que hemos hecho, todo lo que sé de él, lo que me han contado y lo que he descubierto en Internet. Se ve obligada a traer más cerveza, porque la historia es larga, aunque intento resumir.

– Vaya...

– ¿Qué? ¿Te cuento todo esto y no tienes nada más que decir? Me cago en la p...

– Estás hasta las trancas –me interrumpe dejándome sin palabras.

– No es eso, es sólo que bueno, ya sabes mi punto débil. Y está buenísimo..., y lo hace muy bien.

– No tenemos remedio –admite por las dos.

– No voy a describirlo, porque tampoco sé cómo, pero se puede resumir en la siguiente onomatopeya: “Uffffff”.

Miriam se ríe antes de dar un sorbo a su jarra.

– No sé qué decirte. Te has ido así sin más, no sabes qué le ronda la cabeza. ¿No crees que te has precipitado?

– ¿Precipitado? –repito lo último que ha dicho atónita. Ahora me va a hacer dudar, y no me gusta dudar.

– Sí, es que él no ha hecho nada, ambos acordasteis no decir nada, por tu trabajo.

– No es que acordáramos nada, era un acuerdo tácito. Y bueno, tampoco es un crimen si nos llevamos bien.

– Yo diría que os lleváis más que bien –aclara riendo otra vez.

– Ya te ha subido la cerveza. No bebas más –le recomiendo quitándole la jarra de las manos y bebiendo lo que queda, porque en la mía no había nada.

– ¡Oye!

– Hoy no he echado un polvo en todo el día, te aseguro que lo necesito más que tú.

– ¿Es que no te sirvió de nada la terapia? A ver si voy a tener que llamar a Sara –amenaza haciendo alusión a nuestra terapeuta.

– Si le enseño una foto de Juan no me regañaría. Y si le contara cómo la tiene, puede que ella misma se volviera como nosotras.

– A lo mejor deberías de tranquilizarte y llamarle.

No sé por qué se pone de su parte.

– A ver, no es que yo me haya confundido, es que todo el mundo dice lo mismo. En el pueblo ya lo conocen por sus “hazañas”, y en Internet, bueno, hay de todo.

– Nunca has hecho caso de lo que digan los demás sobre nadie.

– Ya, y así me iba. También me hablaron de José y no quise hacer caso. Es un narcisista y un pesado, y no quise oír a nadie.

– Bueno, sobre José también te advertí yo y no me hiciste caso. Juan parece

distinto.

– A lo mejor si lo conocieras no pesarías así, quién sabe... De todas formas no tengo su teléfono y creo que es mejor así. Porque en realidad esto iba a acabar en algún momento, bueno, había fecha incluso. ¿Qué más da ahora que dentro de poco más de una semana?

– ¿Y vas a cumplir con lo que le prometiste? El mes de margen.

– No hace falta, creo que ha hecho las paces con su hermano, que es el que compró sus deudas. El cual por cierto me suena de algo, tal vez haya ido a la oficina y por eso me parecía que lo había visto en algún sitio –pienso mirando hacia el fondo del local, intentando hacer memoria–. Aunque a la oficina no vienen, al menos a hablar conmigo. No, le conozco de otro sitio.

– Así que al final no cumplirás el trato –dice Míriam interrumpiendo mis pensamientos en voz alta.

– Ni siquiera tendría sentido ya.

No tendría sentido estar en Madrid y negarle a mi jefe que he acabado el trabajo. No sabría cómo justificar nada de lo que hago. Puede que incluso me despidiera si hiciera eso. Además, está claro que Miguel quería arreglar las cosas, de otra forma no habría ido hasta allí.

– Sigo pensando que tendrías que haber hablado con él y no haberte ido así.

– ¿Y qué le habría dicho?

– Que estás enamorada.

– ¡Ja! Eso, aparte de ser mentira, jamás se lo diría.

– No sabes qué siente él. A lo mejor se siente igual que tú.

– ¿Cómo?

– Perdido.

– ¿Y tú cómo sabes sobre sus sentimientos? Ni que lo conocieras –me quejo mirando a mi alrededor para ver si hay mucha gente en la cola para pedir otra cerveza.

He caminado tantas veces por el salón de Miguel que Pedro ya me mira como si observara a un loco en un manicomio. Como él ahora está soltero no tiene ningún problema. Ahora los problemas los tenemos los demás, concretamente yo.

Si no hubiera venido Miguel estaríamos ahora mismo en mi bañera haciendo

espuma...

– Toda la culpa es tuya –le espeto más nervioso de lo que ya estaba.

– Creía que ya se te había pasado.

– Hemos llegado tarde porque eres un lento conduciendo.

La oficina donde trabaja Paula estaba cerrada y no hemos podido hablar con su jefe para descubrir dónde vive ella, por lo que estamos en manos de Míriam, que estaba en casa cuando llegamos y propuso tantear el terreno en lugar de darnos el número o la dirección de su amiga.

– ¡Pero si iba al límite!

– Has ido medio camino a 80 –le reprocho–. Y luego cuando hemos entrado en Madrid a 50.

– ¡Pues al límite de la velocidad obligatoria! –exclama y no me deja otra alternativa que resoplar ante sus palabras.

El sonido de la puerta cerrándose llega hasta el salón y los tres salimos corriendo hacia el vestíbulo.

Míriam nos mira a todos boquiabierta y luego se echa a reír.

– Os tendríais que ver ahora mismo. Parecéis tres adolescentes –afirma tras dejar las llaves y el bolso en la mesa que tiene a su derecha.

Yo no le respondo, pero pongo una cara de rabia que debe haberle parecido suficiente como para recuperar algo de seriedad y soltar por esa boca todo lo que sabe. Míriam se lo toma con calma y se quita la chaqueta para colgarla lentamente en el perchero junto a la mesa de la entrada donde ha dejado el bolso.

– Vamos, cariño, a mi hermano le va a dar algo.

– No es que me guste traicionar así a una amiga, pero puesto que creo, y confío – recalca marcando cada sílaba para que me quede clara–, en éste –dice señalándome con el dedo como si fuera una rueda de reconocimiento y yo el culpable–, le ayudaré. Además, sigo pensando que haríais buena pareja.

– Lo propusiste tú, cariño.

– ¿Y acaso me equivoqué?

No tenía la menor idea de que todo este embrollo fuera cosa de Míriam, pero claro, pensándolo bien, a Miguel no se le habría ocurrido esto. Además, Paula es amiga de Míriam, tenía que proponerle ella que es quien la conoce.

– No, cariño, pero habla o a “éste” le dará algo.

– Creo que he hecho bien al ir sola, no está muy por la labor de verle –confiesa y me hunde en el mismo momento en el que lo dice, aunque intento mantenerme entero y aparentar que no era para tanto.

– ¿Yo tenía razón? –pregunta Pedro a mi lado.

– Sí, pero yo también. Está enamorada.

– Claro, es que si no lo hubiera estado no se habría ido –le responde Pedro, autodenominado el “experto”.

– No tiene ni pies ni cabeza –les interrumpo–. ¿Si está enamorada por qué se va?

– No sabes nada –me espeta Míriam como si hubiera dicho alguna incongruencia. Algo ilógico y sin sentido. Y lo que no tiene lógica es lo que ellos dicen.

– Bueno, si todo está bien, ¿por qué no me dices dónde está? Así podré hablar con ella y arreglarlo todo.

– Porque si se entera de que habíamos planeado todo esto se enfadará más.

– No lo entiendo, si ya está enfadada, ¿qué más da?

– Haya calma –nos recomienda mi diplomático hermano–. Míriam tiene razón. Lo que debemos hacer es haceros coincidir.

– Me temo que no frecuentamos los mismos círculos. Además, tarde o temprano se dará cuenta de que eres el marido de su mejor amiga.

– Para ese entonces ya estaréis tan enamorados que no le importará nada más, incluso me lo agradecerá.

Y entonces recuerdo cuando hace sólo unos días pensé que debía agradecer a mi hermano por tramar este absurdo plan. Puede que haya algo de sentido en lo que dice. Sin embargo, no entiendo por qué no puedo verla ya. Es que creo que me ha contagiado su adicción.

– Tendremos que esperar al lunes.

– ¿Hasta el lunes?

– Es que los domingos no abren su oficina.

– ¿Y qué hago? ¿Presentarme en su oficina? ¿Con qué excusa?

– No, ni siquiera sé si el lunes será posible –afirma Míriam y yo empiezo a refunfuñar–. Miguel hará efectivo el embargo.

Ahora sí que me quejo con propiedad ante sus palabras, pero es que esto ya es demasiado. No sólo quieren que espere al lunes, no me dejan verla, me quitan lo poco que me queda cuando ya tenía el plan aprobado para salir de la miseria, sino que quieren que esté de acuerdo.

Miriam se ríe y yo me quedo mirándola con cara de gilipollas, y ya sin palabras. No sé cómo lo hace pero empieza a contarme su idea para recuperar a Paula y, aunque estoy de brazos cruzados y con cara de pocos amigos, acabo aceptando. Pero, ¿qué más puedo hacer?

Cada vez que pienso que ayer mismo estábamos en mi cama follando, durmiendo, despertándonos juntos. A veces abrazado a ella, otras ella a mí. Me parece de locos que ahora no estemos juntos. Me parece antinatural no estar pegado a ella. No me gusta.

A veces me parece bien lo que ha propuesto Miriam, otras me parece absurdo esperar tanto. No sé si es que no lo comprende. No sé si es que no entiende lo que supone para mí esta espera.

Voy a una de las habitaciones, la que usaba cuando visitaba a mi hermano, cuando no estábamos como ahora, antes de enfadarnos, de distanciarnos en realidad. Porque no todo comenzó con la putada que le hice por creer que se había liado con mi ex, en realidad comenzamos a distanciarnos mucho antes, cuando el ego y el éxito me hizo perder el norte.

No dejo de pensar en que es demasiado tiempo, tal vez podría pasar una semana y no tendría a Paula a mi lado. No puedo esperar tanto. Necesito acariciarla, escuchar su risa o ver su expresión al llenarla con mi polla, no quiero esperar más. Dicen que al ser el pequeño de tres hermanos no tengo paciencia y soy egoísta. Sí, lo admito, ya no voy a negar nada de lo que siento. Soy egoísta y quiero ver a Paula. Y si es necesario cometer alguna ilegalidad lo haré, resuelvo envalentonado por pasar una hora dándole vueltas a esta habitación que no ha cambiado nada desde la última vez que pase la noche en ella.

– No puedo seguir aquí –me digo a mí mismo ante el espejo.

Capítulo 8.

Si he podido dormir esta noche es porque mis sobrinos me agotan de tal manera que no sé cómo no me duermo de pie literalmente y consigo llegar a mi cama. El problema es que me superan en número, en juventud y en energía comprimida. ¿Será legal comprar cloroformo?

– Nena, el vecino ha preguntado por ti –me informa mi abuela justo al cerrar la puerta tras de mí.

– ¿Cuándo? ¿Qué quiere ese ahora? ¿No se arregló ya?

– Sí, pero sigue soltero y creo que quiere pretenderte. Le he dicho que ya has vuelto del viaje de trabajo.

Empiezo a reír porque usa unos términos de principios del siglo pasado...

– Abuela, ya no se dice eso de pretender –digo dándole un beso en la mejilla y entregándole la barra de pan que acabo de comprar.

– También ha preguntado por ti otro pretendiente.

– ¿Otro pretendiente? –pregunto alzando una ceja, no sé quién habrá sido pero creo que se le va la olla a esta mujer.

– Sí, uno muy guapo. Éste me gusta más que el vecino. Es más grande –añade bajando la voz.

El vecino le gusta bastante así que debe ser un guaperas. En realidad, conociendo a mi abuela puede que sea algún mensajero o algún vendedor, o incluso algún militante de alguna secta que quiere dejar propaganda.

– No te dejes llevar por cualquiera que llame, de hecho no deberías abrir a nadie cuando no estamos en casa.

– Es que era tan guapo –se justifica bajando la mirada.

– ¿Y qué quería?

– Eso, ha preguntado si estabas en casa.

– ¿No quería venderte una enciclopedia? –inquiero alzando una ceja.

– ¡Sabré yo si quería venderme algo o preguntaba por ti!

– Tampoco te enfades. ¿Dónde está?

– Le he dicho que tardarías en volver. Que se pase más tarde.

Por alguna razón me ha dejado con curiosidad. Aunque no es la primera vez que dice alguna tontería, se ve que esto va en la familia, lo de decir tonterías. Desde ella a mi padre, mi madre o mis sobrinos. Y supongo que yo también las digo pero no me doy cuenta porque no me escucho, las suelto y luego veo las reacciones. El caso es que a pesar de estos antecedentes me ha dejado pensando. ¿Un guaperas pregunta por mí?

No llego a cerrar la puerta de mi habitación y alguien llama haciendo sonar el timbre varias veces. Y la curiosidad que ha sembrado mi abuela me hace salir corriendo. Además, podría ser peligroso, podría ser un asesino en serie que se ha enterado de mi nombre y mi abuela podría volverlo loco con sus frases absurdas... Pobre asesino, alguien tiene que protegerlo...

Asomo la cabeza y me quedo sin palabras. Bueno, hay una sola que sale de mis labios.

– Juan.

– Muchísimas gracias –le dice a mi abuela, mientras ella le pone ojitos.

– Abuela, por favor.

– Es un mozo tan apuesto.

– ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo me has encontrado?

– Necesito hablar contigo.

– ¿Quieres que mienta a mi jefe y le diga que sigo en tu casa?

Mi abuela se queda sin palabras y mira a Juan boquiabierta. Creo que ha comprendido perfectamente lo que está pasando aquí.

– No, claro que no.

– ¿Entonces a que vienes?

– No te lo puedo decir aquí –dice moviendo los ojos hacia mi abuela.

– Ven a mi habitación –consiento, porque es peor que mi abuela presencie todo esto.

Me interno en el pasillo hasta llegar a la penúltima puerta a la izquierda. Menos mal que no hay nadie más. Afortunadamente los domingos mis padres se van de excursión a la montaña para cansar a mis sobrinos. Es el único día de relax que tenemos mi abuela y yo. Que aprovechamos para gozar de una paz increíble.

Juan me sigue y en cuanto pongo un pie en mi habitación me mira de una forma que ya conozco. Una forma que me hace perder determinación.

– ¿Cómo me has encontrado?

– Tengo mis métodos –asegura sin aclarar nada.

Alzo una ceja y niego con la cabeza. Por más que le doy vueltas ahora no entiendo cómo ha conseguido mi dirección. Tal vez haya presionado a mi jefe. O tal vez haya sido su hermano el que ha presionado a mi jefe. Intento mantenerme serena, pero volver a verle, volver a ver sus ojos claros y su cuerpo enorme y fuerte me está afectando más de lo que desearía.

– Así que ésta es tu habitación –dice mirando a su alrededor–. Es un caos –analiza tras observar mi ropa por en medio, los armarios y estanterías que están a reventar.

– ¿Qué quieres?

– Saber por qué te fuiste. Sin decir nada, de esa forma.

– No tengo que darte explicaciones.

– Teníamos un trato.

– No lo voy a respetar –le espeto dando un paso atrás, porque me está mirando con rabia y eso no me gusta.

– Yo haré que lo respetes.

– ¿Cómo? –pregunto atónita, y un poco enfadada ante su prepotencia.

No dice nada, sino que se acerca y yo vuelvo a dar un paso hacia atrás. Alarga su mano hasta acariciar mi mejilla y mi cuerpo me traiciona, mis ojos me traicionan cerrándose y dejándose llevar por su caricia. Entonces se acerca aún más hasta que siento su polla cerca de mi cuerpo.

– Con ésta –dice restregando su enorme polla contra mi vientre.

El muy cabrón sabe que no puedo resistirme, juega con mi adicción como le da la gana y sabe que con él tengo una debilidad. Con él todo se agrava.

– No lo hagas –le ruego sin abrir los ojos y deslizado mi mano entre nuestros cuerpos hacia su erección.

– No puedo evitarlo.

– No puedo –aseguro acariciando esa maravilla que tiene entre las piernas.

– No lo hagas entonces. No me toques.

Él sabe que no puedo evitarlo tampoco.

– No te daré lo que quieres. Sea lo que sea no te lo daré.

Él se desabrocha los pantalones y mi mano se mete entre su ropa para acariciar su polla dura como una piedra. No me hacen caso ni mi mano ni mis labios que ya están buscando los suyos mientras la otra mano lo acerca a mí apretando su culo.

– Sólo quiero una cosa.

Lo sé, sé que sólo quiere follar conmigo. Lo sabía cuando estaba en su casa y lo sé ahora que estamos en la mía. Lo confirmé sobre todo cuando llegó su hermano y me ignoró por completo. No puedo soportar saber eso y a la vez sus besos ahora en mi cuello no me dejan evitarle. No puedo evitarle y sólo puedo dejarme llevar.

Sólo una vez más, ¿qué daño puede hacer eso? Lo disfrutaré y me olvidaré de él. No tengo por qué verle de nuevo.

Sólo una vez más, me digo a mí misma mientras siento sus dedos acariciar mis pechos que ya ha sacado de su prisión, alzando mi jersey y bajando mi sujetador. Acaricia mis pezones con sus pulgares y luego con sus labios, inclinándose para llegar a ellos.

– Cómo deseaba hacer esto –y sus palabras me vuelven más loca que antes.

Me vuelve tan loca que incluso me planteo que podríamos follar de vez en cuando. No, no puedo, porque querría más y sería insoportable la espera. Quiero esto todos los días, quiero esto a cada minuto.

– Hace dos días que no la tengo dentro –le recuerdo y reprocho, porque está tardando.

– No podemos permitirlo –dice suspirando mientras sube mi falda y me baja las braguitas que ayudo a dejar en el suelo con mis pies.

Me tira sobre la cama y me pone a cuatro patas para acercar la punta de su erección a mi sexo.

– No te detengas ahora.

Lo oigo tomar aire a mi espalda y siento de pronto su mano acariciando mi espalda desde la mitad hacia el centro y luego hasta mis caderas, que agarra con ambas manos y comienza a deslizar su polla en mi interior. Lo hace lentamente, no como creía que lo haría, lo hace tan despacio que siento cómo la humedad de mi interior lo envuelve, siento cómo entra poco a poco hasta el fondo, hasta que acaba dando una embestida fuerte que me hace suspirar.

Ni siquiera quiero pensar en que esto no va a volver a repetirse. De hecho, si lo pienso bien, debería aprovechar ahora que estamos juntos y exprimirlo como un limón, sacarle todo el placer que pueda de él y quedarme satisfecha. Aunque con él es extraño, siempre me

satisface, pero siempre quiero más. Estoy satisfecha y a la vez no. Siempre quiero más con él, y a veces creo que es biológicamente imposible. Incluso me parece que con él se agravan mis problemas, se agrava mi adicción.

Es demasiado para lo que mi control y mi fuerza de voluntad pueden soportar. Sus manos, ahora acariciando mis pechos, pellizcando mis pezones mientras me penetra, mientras me humedezco cada vez más. Sus palabras guarras a veces, provocativas, otras. Su polla que me está volviendo loca. Sus movimientos dentro de mí. No puedo renunciar a esto y a la vez no puedo tenerlo sólo por momentos.

– Quiero verte –dice él girándose y echándose sobre mí en la cama.

Mis piernas se enredan alrededor de él y su polla entra sin ayuda porque el camino ya está hecho y la humedad lo dirige hacia el lugar donde debe estar. Las enormes manos de Juan soportan su peso apoyadas a cada lado de mis hombros mientras se inclina sobre mí para besarme. Y las mías acarician su espalda musculosa y tensa por el esfuerzo. De pronto se detiene y mis labios, que le besaban, absorbían los suyos, se apartan para preguntar qué pasa, por qué se detiene.

– Tú no sabes lo que es estar dos días sin estar aquí y volver. Si sigo me voy a correr.

Por alguna razón mi cuerpo sigue moviéndose bajo él y ninguno de los dos puede parar lo que sucede a continuación. Es como si hubiéramos llegado al punto de no retorno. Nuestros cuerpos se adaptan el uno al otro sintiéndonos con una sensibilidad que cualquier movimiento nos lleva a alcanzar más placer. Ambos nos corremos juntos mientras nuestras lenguas no se despegan, incluso después del clímax. Seguimos besándonos, llenándonos el uno del otro. Aprovechando que estamos juntos, que no lo hemos estado en demasiadas horas.

Mi cuerpo sigue aprisionando al suyo y no soy capaz de enfadarme con mis traicioneras manos, brazos, piernas, labios, porque ni siquiera les he dado la orden de apartarlo, ni siquiera la de no apretarlo contra mí.

Necesito más, no puedo despedirme sin más de esto.

Comienzo a moverme bajo el cuerpo de Juan, al que no he soltado en ningún momento, mientras mis labios vuelven a buscar los suyos. Le beso y siento cómo mis lágrimas bajan por mis mejillas. Es extraño sentirse así, saber que no volverás a ver a alguien con quien existe esta compatibilidad.

Ni siquiera le he dejado sacarla y ya estamos follando otra vez. Es que es como si hubieran hecho a este hombre para mí, específicamente para satisfacerme. No he encontrado a alguien como él en mi vida, y he tenido la oportunidad de buscar... Sin embargo, ni siquiera quiero seguir buscando, quisiera seguir aquí con él por el resto de mis días.

Sus manos comienzan a acariciarme mientras me mira de una forma extraña. No sé cómo sentirme ante eso. No sé qué significa. Cierro los ojos para contener mis emociones y derivarlas hacia lo que siente mi cuerpo. No soy capaz de seguir mirándole a los ojos. Él sigue

moviéndose, llenándome con su polla sin dejar de mirarme.

– No sabes cómo echaba de menos esto –me susurra antes de besar mi cuello.

– Y yo –me veo obligada a admitir.

– No vuelvas a irte así –me pide y luego me sujeta la cabeza con sus manos y detiene sus movimientos para que le conteste, para que le mire a los ojos.

No puedo negarle nada ahora. Así que le digo lo que quiere oír, y lo que yo también quiero oír. Y vuelve a moverse sobre mí y a acariciarme, y a tocarme con esa ternura que me está volviendo loca. Sin embargo, una parte de mí, lo que queda de racional en mi cabeza, sabe que no podría tener esto sólo a ratos. No lo podría soportar. Preferiría que fuera un bonito recuerdo a algo que no puedo tener siempre. Tal vez por culpa de mi adicción, tal vez porque siento algo más. Tal vez por ambas razones. Cada vez quiero más con él, en todos los sentidos. No podría estar sólo a medias.

No sé cuánto tiempo hemos pasado en mi habitación, pero tengo hambre, así que debe ser mediodía. Mientras él me acaricia el pelo, mientras sigo apoyada en su pecho, comprendo que esto tiene las horas contadas, mejor dicho los minutos. Además pronto volverán mis padres con mis sobrinos y no quisiera que me vieran aquí con él. Aunque tal vez nos quede una hora hasta entonces.

– ¿Tienes hambre? –pregunta él rompiendo el silencio.

– Un poco.

– No parece tan poco, te suenan las tripas.

– Es que cuesta levantarse de aquí –sobre todo sabiendo que ya se acaba y que nunca volveré a verle.

– A mí me pasa lo mismo.

Alzo la mirada desde su pecho y le sonrío. No sé por qué, pero incluso acaricio su pecho después, justo antes de tomar conciencia de que tengo que levantarme.

– Supongo que hay que comer –digo resignada, apartándome de su piel por primera vez en horas.

– Me da vergüenza salir y toparme con tu abuela –admite sonriendo.

– Seguramente se habrá quedado dormida en la cocina. Sólo espero que no se le haya quemado la comida. De todas formas cuando te vea te pondrá ojitos. Como dice ella, si tuviera treinta años menos...

– Si era como tú... No le faltarían pretendientes.

Me quedo mirándolo un rato, esa palabra es la que dice ella. Niego con la cabeza y sigo recogiendo mi ropa del suelo, y de la cama, porque la hemos tirado por todas partes.

– Será mejor que vaya a despertarla.

– Espera –dice desde la cama aún, extendiendo su mano.

– Si voy no sé si podré volver a levantarme, lo mío me ha costado hacerlo una vez.

– Entonces voy yo –resuelve sonriendo.

Se levanta y veo su cuerpo duro y musculoso acercándose y reconozco que me va a costar todavía más olvidarle, si la última imagen que tengo de él es esta. Ni siquiera sé cómo voy a hacer para no pensar en él durante los próximos días, semanas, después de lo que hemos hecho hoy.

– Vístete –le ruego, aunque ni quiero ni puedo volver a pedírselo, sólo puedo esperar que lo haga por propia voluntad.

Dice en mi oído que se vestirá después de dejarle besarme una vez más. Su enorme cuerpo atrapa el mío y me besa mientras estoy a medio vestir. No cesa hasta que empiezo a gemir y sabe que soy suya, en este mismo instante soy suya.

– Ahora sí me puedo vestir –asegura sonriendo.

No me gusta que haga conmigo lo que quiera de esta forma. No me gusta que me haga bajar las defensas con tanta facilidad. Creo que debería volver a la terapia. Y debería pedirle a Míriam que me acompañe, porque me da palo ir sola. Conocí a Míriam en la terapia, así que podría decir que ella también ha recaído... ¿Con qué cara volvería? ¿Qué diría? ¿Que soy débil? ¿Que he conocido a un semental?

Aunque decir eso justificaría mi estado de nerviosismo y de necesidad. ¿Quién no lo comprendería?

Los gritos de mis sobrinos llegan a mi habitación y después hasta mis oídos. No entiendo qué pasa. ¿Qué hacen aquí?

– ¡Dios mío! –exclamo mirando a Juan a los ojos con preocupación. Si lo encuentran aquí van a estar haciendo preguntas hasta dentro de un mes, o tal vez más.

– No es tan grave.

– No los conoces –digo resoplando al final–. Aprovechemos ahora que se habrán metido en la habitación –le pido empujándolo hacia el inicio del pasillo tras comprobar que no hay nadie en las proximidades.

– Pero...

narices. No le dejo acabar, lo llevo hasta la puerta principal y le cierro la puerta en las

narices. El timbre suena y pongo los ojos en blanco para abrir de nuevo.

– ¿Sí?

– Mi móvil y mi cartera están en la habitación.

Vuelvo a cerrar la puerta en sus narices y voy corriendo hasta mi habitación para coger sus cosas. Salgo patinando por el pasillo que está encerado porque a mi madre le encanta que brille, y que nos matemos todos cuando vamos con prisa.

– Nena, ¿quién ha llamado? –pregunta mi abuela saliendo de la cocina.

– Uno de una secta que quiere que me vaya con ellos.

– Paulisky –grita Aaron a mi espalda–. ¿Quién es?

– No sé, uno de una secta, voy a darle algo para su causa –digo abriendo la puerta y dándole su móvil y su cartera para volver a cerrar la puerta.

– ¿Qué secta es?

– Son unos que adoran a la luna y a las estrellas.

– ¿Pero es la luna llena o la que está por la mitad?

Vuelve a tocar el timbre y pongo los ojos en blanco.

– Le preguntaré si es entera o por la mitad. De hecho voy a informarme bien por si me interesa.

Mi madre sale de su habitación y me mira con el ceño fruncido.

– ¿Quién está venga a llamar?

– No lo sé, mamá. Yo me encargo.

– Es de una secta de gente que mira la luna y las estrellas –responde Aaron.

– Pues no le abras.

– Es para decirle que no nos interesa –digo con una sonrisa incómoda justo antes de abrir la puerta y salir para cerrarla tras de mí lo más rápidamente posible.

– ¡Vaya despedida! –se queja él.

– En algún momento había que despedirse. No sabía que vendrían tan pronto. Creía

que comerían en el campo.

– ¿Y ahora qué hago yo?

– No lo sé –respondo con un estrés importante.

– Te llamo –dice ante mi asustada expresión, y estresada porque oigo los gritos de mis sobrinos y de mi madre y ya estoy nerviosa.

No tiene mi teléfono, pero no le voy a decir nada, será mejor que todo acabe así.

– Eres tonto –me insulta sin ningún comedimiento, ni educación, Míriam en cuanto pongo un pie en casa de Miguel.

– ¡Oye! –respondo estúpidamente.

– ¿Cómo se te ocurre cogerme el móvil? –pregunta muy enfadada ella moviendo su teléfono por delante de mis ojos–. Si pudiera...

– ¿Qué? –la provoco acercándome a ella.

– Te daba unos azotes.

– Haya calma. Sé que mi hermano puede desquiciarse hasta al más tranquilo de los mortales, pero tienes que entenderle.

– Lo sé. Es como un niño.

– Pensé que habría cambiado, pero supongo que al estar loco de amor, vuelve a ser el niño egoísta que siempre fue –responde Miguel a su mujer mientras me ignoran por completo.

Yo decido ignorarlos e ir directamente a mi habitación.

– Un momento –me detiene Míriam–. ¿Qué ha pasado? –pregunta en un tono más conciliador.

– La he visto y hemos hecho las paces, ya está todo solucionado.

Míriam me mira boquiabierta. Supongo que se habrá hecho una idea de cómo lo he solucionado y le habrá dado rabia que no haya tenido que seguir su estúpido plan para volver a verla y lograr que todo se arreglara.

Sigo mi camino, hacia mi habitación y ya no les respondo a nada de lo que me preguntan.

Tras una siesta como hacía años que no dormía, me despierto sin saber dónde estoy. Llevo sólo un día aquí y ya me había acostumbrado a la casona. Volver a la civilización y al estilo minimalista de la casa de mi hermano me descoloca un poco. Me doy cuenta de que no puedo perder un minuto más en esta casa. Tengo que resolver mis propios problemas económicos, actualizar mi proyecto en la casona y continuar trabajando con la nueva editorial aunque sea domingo.

Abro mi portátil y tras media hora me doy cuenta de que no es que sea fácil concentrarse en el trabajo pensando continuamente en Paula. La echo en falta ahora mismo, trabajo mejor si sé que está cerca, si sé que está en casa. La echo de menos, acepto echando la silla hacia atrás y estirándome en el respaldo para quedarme mirando el techo de la habitación.

– Juan –dice mi hermano desde el otro lado de la puerta.

– ¿Qué quieres?

– Hay un problema.

– ¿Qué pasa ahora?

– Me parece que no todo es como creías, ¿realmente has hecho las paces con Paula?

Sus palabras calan en mi cerebro como si fueran una astilla en el dedo y no soy capaz de comprender en su totalidad qué está pasando.

Abro la puerta corriendo y lo veo con cara de preocupación.

– Habla.

– Paula ha llamado a Míriam y me parece que las cosas no son como tú crees.

No entiendo nada.

– Pero si..., pero si hemos pasado la mañana juntos.

– ¿Has hablado con ella? ¿Le has dicho algo de lo que sientes?

Abro la boca para asegurar que todo estaba bien cuando me fui, pero no me salen las palabras, en realidad no hemos hablado concretamente de nada, pero suponía que estaba implícito.

– No puedo contigo –dice mi hermano resoplando, dándose la vuelta y dejándome solo en el umbral de la puerta.

Saco el móvil de mi bolsillo y le envío un mensaje a Paula. Me quedo mirando la

pantalla como un idiota y veo que me ha leído y no me contesta hasta unos minutos más tarde, o tal vez han sido segundos, pero me ha parecido más tiempo. Finalmente me dice que no puede estar a medias conmigo, que no quiere esto. Dice “lo siento”. Y luego me bloquea.

– No entiendo nada –digo corriendo tras mi hermano.

– Tendrías que haber hecho caso a Míriam.

– ¿Pero tú entiendes algo? –pregunto mirándole boquiabierto y preocupado.

– Sólo tenías que aclararle las cosas –dice Míriam–, si al menos le hubieras explicado lo que sientes por ella, te habría salido bien la jugada.

Era lo que quería, pero todo pasó tan rápido. En medio minuto estábamos en su cama. No entiendo por qué me pasa esto con ella.

Míriam se acerca a mí y me sonrío mirándome como si fuera un niño.

– No te preocupes. En realidad todos hemos cometido errores, yo también al creer que sería buena idea. Creí que te haría cambiar, a ti y a mi amiga. Ambos estabais solos y perdidos. Se me ocurrió que si tu hermano adquiriría tu deuda y podíamos llevar allí a Paula moviendo algunos hilos... Pensé que al estar confinados en el medio de la nada, acabaríais juntos. No debí meterme en vuestras vidas, lo siento –acaba diciendo cabizbaja–. Pensé que os ayudaríais mutuamente.

– Hiciste bien –la animo con una sonrisa–. Desde que llegó todo cambió. Me estaba convirtiendo en un viejo huraño, si en el pueblo no querían ni verme... Y no sólo porque cuando era adolescente me lié con la hija de Óscar y no salió bien, sino porque cada vez que iba a comprar o bajaba por cualquier cosa les ladraba como un perro, más que hablar con la gente. Además, apenas podía trabajar en mis proyectos, no sentía ya ningún interés en nada. Desde que llegó ella todo eso cambió. Hasta me he afeitado –reconozco con una sonrisa tocándome la barbilla.

– Si realmente la quieres tenemos que intentar una última cosa.

Volver a trabajar es duro. No recordaba lo que era madrugar, al menos tanto. Me gustaba “trabajar” en la casa Garmendia, pero eso es pasado y se acabó. Hoy es lunes y esto es Madrid.

Me presento en el despacho del jefe tras llamar a la puerta a primera hora, antes de que llegue nadie más a la oficina.

– Señor Vilanova, ya he terminado.

Él me mira alzando la vista confuso.

– Pero... Pero si dijiste que aún quedaba trabajo.

– Lo sé, pero le metí caña al final. Estaba deseando acabar y volver a la civilización.

Creo que José le contó que estaba liada con Juan, porque es su sobrino y lo conozco, pero si sabe algo no lo va a decir.

– Bueno, pues mejor acabar cuanto antes. Así te puedes ocupar de otras cosas.

Por supuesto que le da un poco igual su sobrino, está más contento de poder aceptar más trabajos. Supongo que estará dudando de si era verdad lo que le contó José o piensa que no quería verlo más y le dije una mentira.

– Si hay algún trabajo en la costa no estaría mal esta vez... –le sugiero con una sonrisa que él no me devuelve, sino que le da otra calada a su puro–. Bueno, me conformo con cualquier cosa que requiera irse lejos –ahora él me mira frunciendo el ceño sin saber bien qué decir.

El teléfono de su mesa suena y me hace un gesto para que me vaya.

– Esperaré fuera.

Mientras estoy sentada en mi silla, los compañeros empiezan a llegar a la oficina mientras yo miro en el ordenador si ha entrado algo en algún lugar lejano, muy lejano, que no me vendría mal. Porque ahora también recuerdo a Juan en mi habitación y no puedo soportarlo. No sé cómo consiguió mi dirección, ni mi teléfono, pero en cuanto se fue de mi casa me di cuenta de que sólo yo podía acabar con esta tortura. Aunque mientras estaba conmigo no podía negarle nada, no podía negarle que pudiéramos estar juntos a medias, quedar de vez en cuando, pero en realidad no podría soportarlo. Querría siempre más y no estoy preparada para que me lo negara. Lo mejor en estos casos es cortar de raíz cualquier contacto para superarlo cuanto antes. Y si es posible desaparecer durante un tiempo, mucho mejor.

Algunos de los compañeros me saludan con cariño y me preguntan cómo me ha ido, si lo he pasado mal aislada. No puedo decirles que me he pasado la mayor parte del tiempo follándome al dueño de la casa que he ido a tasar... Sería muy fuerte..., pienso riendo y se me quedan mirando confusos hasta que me recompongo.

– Ha sido aburrido sí, me alegro de estar de nuevo en la civilización –explico mi reacción de esa forma y todos asienten a mi alrededor. Creo que tiene sentido, y si no lo tiene, no se atreven a decir nada. Deben pensar que estar aislada me ha trastornado un poco y requiere de algo de tiempo volver a la normalidad.

– Gracias en nombre de todos los que tenemos hijos –dice Alberto, que tiene dos

hijos y si no fuera por mí y por los pocos que hacemos estos trabajos, tendría que hacerlo también él.

– Dentro de unos días es mi cumpleaños –sugiero entrecerrando los ojos.

Alberto niega con la cabeza riendo y me da dos palmadas en el hombro que casi me lo sacan del sitio.

– Paula –grita Vilanova desde su despacho y aunque la puerta está cerrada lo hemos oído todos.

– Ánimo, se ve que hoy tiene el día torcido –dice Alberto al oír el tono de voz grave del jefe.

– Ese nació torcido –aclaro poniendo los ojos en blanco.

Me adelanto y voy al despacho del ogro. Llamo dos veces con el puño y entro sin esperar la respuesta.

– ¿Sí?

– Me han llamado del banco. Van a hacer efectivo el embargo, pero faltan algunas cosas.

– ¿Qué cosas? –pregunto elaborando mentalmente todo lo que le he entregado.

– El sótano.

– ¡¿Qué sótano?! –exclamo separándome de la mesa, atónita. Nadie dijo nada de eso.

– El sótano del edificio.

– No puede ser –me quejo dejándome caer en la silla que tengo más cercana.

Empiezo a pensar en lo que me está diciendo y en lo que vi allí. No salía en los planos, ¿cómo es que había un sótano ahí? Y Juan no me dijo nada.

– No aparece ningún sótano en los planos –explico boquiabierto sin entender nada.

Él no me responde, sino que deja su puro en el cenicero y pone sus manos sobre la carpeta que tiene delante.

– Vuelve y hazlo rápido.

– No puedo volver –le contradigo rápidamente, más de lo que habría debido hacer.

Su rostro es un ejemplo de ira contenida que no quisiera ver sin contener. No me queda otra que ir allí. El problema es que si voy allí volveré a ver a Juan. Y hemos acabado un

poco mal. Y no sé si podré verle y mantenerme entera.

– Tengo un problema mental.

– ¿Problema mental?

– Si vuelvo allí puede que me vuelva loca.

– Eso es una tontería, me parecías la persona más trabajadora de la oficina. No me hagas pensar lo contrario.

– Pero...

– Fuera, no quiero hablar ahora de tonterías –dice interrumpiéndome y señalando la puerta.

Intento un par de veces más explicarle pero incluso menciona que ha estado recortando personal y que si no demuestro que soy merecedora de su magnánima bendición, seré parte del personal prescindible.

Por lo tanto me toca levantarme y coger la carpeta para salir de su despacho con cara de vinagre.

– Hostia puta –digo una vez que he cerrado la puerta.

Alberto me pregunta y niego con la cabeza.

– Espero volver para mi cumpleaños, quiero mi regalo y mi tarta –digo cogiendo el bolso de mi mesa para salir de allí.

Capítulo 9.

Volver a este lugar, volver a pasar por el pueblo, por todos los lugares que ya conocía, me hace recordar los días que he pasado con él. Es que va a ser imposible mantenerme fría.

He tenido tiempo de pensar en todo lo que ha pasado últimamente mientras conducía hasta aquí de nuevo. Me siento algo culpable por no haber mantenido mi promesa de esperar un mes para entregar mi trabajo, pero creía que arreglaría las cosas con su hermano, que al fin y al cabo es el que está detrás de todos los embargos. Cuando me ha dicho mi jefe que el banco iba a embargar ya su casa y sus pertenencias, me he quedado a cuadros.

Aún estoy a tiempo de darle el tiempo que me faltó. Aunque Juan no me reprochó nada de eso cuando lo vi hace dos días. ¡Claro! Él sabía que me faltaba trabajo por hacer, no necesitaba convencerme de nada... ¡Qué estúpida soy!

Me genera tanta confusión. Vino y no me pidió nada, sólo follamos. Bueno sí me pidió que no me volviera a ir como lo hice, sin embargo no dijo nada más. No le entiendo, a veces no le entiendo.

El panda de mi padre vuelve a hacer cosas extrañas. No sé si llegaré a algún sitio o me quedo a medio camino.

– Un esfuerzo más, cariño, cosita bonita –le digo al coche como si me pudiera oír.

Ir cuesta arriba no es lo suyo, si a veces tengo que ir en primera para poder subir...

Y otra vez palma. Empieza a salir humo y siento un déjà vu. Pediré un aumento y me compraré un coche. Esto no tiene solución.

El problema es que me quedaban diez minutos en coche. Cuando vine por primera vez aguantó hasta el final, pero no podía tener tanta suerte.

Si viviera en Estados Unidos me dedicaría a tasar todos los trastos que llevan a la casa de empeños, pero viviendo aquí tengo que subir a pie la cuesta de la carretera que lleva hasta la casona de los Garmendía mientras me quejo de todo lo que me rodea, por la alergia que me está dando por haber rozado una planta que ha tocado mi piel y por mis ganas de llegar al lugar al que no quiero ir.

Tengo que, al menos, preparar una estrategia. Le bloqueé el domingo cuando me envió un mensaje, aunque le di una explicación de por qué lo hacía. Presentarme ahora va a ser..., complicado. Será mejor que llegue echándole en cara todo lo que no me ha dicho. Como por ejemplo que no me haya dicho que había un sótano. ¿Pero qué clase de casa tiene un sótano oculto? ¿Qué metían ahí? ¿Qué habrá ahí dentro? ¿Dónde está la puerta? ¿Hay más pasadizos

secretos? ¿Guardarán las joyas de la familia? ¿U otras mujeres que se atrevieron a pisar la casa antes que yo?

Si guardan las joyas podré usar mis conocimientos adquiridos en el último curso que hice de tasación. Si guardan las novias muertas podré usar mis cuádriceps adquiridos tras subir esta cuesta, para bajarla corriendo.

Al fin llego a mi destino y abro la puerta, empujándola. Ya la rompí el primer día que llegué, y como era de esperar sigue rota.

– ¿Juan? –pregunto en cuanto pongo un pie dentro. Todo está oscuro, tal vez Juan siga en Madrid. Lo que no sé es cómo voy a encontrar la entrada del sótano, si los planos que me han dado no señalan dónde está.

Puesto que no hay nadie y a nadie le importa, subo directamente hasta la habitación de Juan, necesito un baño. Había preparado mi mente para una discusión, pero prefiero que no esté y bañarme tranquilamente. Tal vez sea mejor así, tardaré más tiempo en encontrar todos los recovecos de esta casa, pero podré hacerlo con más relajación.

Cuántos recuerdos me trae esta bañera, aunque hace sólo unos días que no la uso... Siento una congoja extraña por usarla sola, por no tener a Juan rondando por aquí, saber que no está. No me gusta, pero necesitaba el baño, tengo la piel enrojecida por la alergia.

Cierro los ojos recordando a ese hombre y reconozco que no va a ser tan fácil olvidarlo como a otros, no creo que lo olvide nunca en realidad. Mejoraré con el tiempo, sentiré menos tristeza, pero siempre recordaré con cariño sus manos, sus gestos, sus caricias, sus comentarios graciosos cuando vemos una película o hacemos algo juntos como preparar la cena o jugar en la bañera.

– Te echaré de menos –susurro cerrando los ojos y dejando que la espuma suba hasta mi cuello gracias a las burbujas que remueven todo el jabón.

– Pero si no he tardado nada –dice una voz desde el umbral de la puerta.

– ¡La hostia! –exclamo sintiendo un micro-infarto que por poco acaba conmigo.

– Esperaba que te alegraras de verme, pero no tanto –dice irónico dejando una bandeja de la pastelería del pueblo en una silla junto a la bañera mientras lo miro sin poder articular palabra, porque él parecía saber que iba a volver y, por si fuera poco, actúa como si no me hubiera ido–. Aunque no esperaba que me esperaras desnuda en la bañera. No me quejo – aclara–, eso facilita las cosas –reconoce desabrochándose la camisa de leñador que no le quedaría bien a ningún tío, salvo a uno grande con pinta de leñador como él.

– ¿Qué haces?

– Te dije que sólo podías usar la bañera si estaba yo dentro.

– Se me ha estropeado el coche a medio camino, tengo la piel hecha un desastre –le explico sacando una pierna de la bañera para mostrarle el problema.

– He visto tu coche al subir.

– ¿Por qué no me dijiste que hay un sótano? ¿Qué más hay aquí? ¿Hay pasadizos?

– Hay un pasadizo secreto que daba a tu habitación y te he estado observando mientras dormías y mientras te desnudabas desde que llegaste.

– No me lo creo.

– Es mentira, pero lo del sótano es verdad, lo que pasa es que sólo hay basura ahí, y también mucha humedad y lo taparon mis padres para que no bajáramos de pequeños y cogiéramos alguna enfermedad.

– ¿Lo sabe tu hermano?

Juan acaba de quitarse toda la ropa y no creo que pueda seguir preguntando nada con lógica, porque me ha dejado sin capacidad de pensar.

– Sí, pero su mujer le dio la idea. Igual que la de traerte aquí.

– ¿Su mujer? –pregunto sin esperar respuesta, ni siquiera creo que tuviera lógica–. Sois una familia de locos.

– Un poco –reconoce metiendo un pie dentro de la bañera.

– Entonces tu familia sabe que estamos juntos.

– Como para no saberlo, lo tramaron todo ellos. Además, llevo días quejándome como buen hermano pequeño que soy.

A pesar de verle desnudo, de sentir ya su piel acariciando la mía, mi cerebro sí que procesa la información, porque es demasiado fuerte. Empiezo a atar cabos e intento que mantenga las manos quietas o no podré terminar de entender lo que ha pasado.

– ¿Cómo?

– Al ser el pequeño sólo tenía que quejarme mucho para conseguir lo que quería.

– Eso no, tonto, explícame lo de que lo tramaron todo.

Él me mira con una sonrisa ladina y no entiendo cómo está tan tranquilo si me está diciendo una serie de barbaridades que deberían hacer que estuviera en una situación de peligro, él y su familia.

– Te lo explicaré si me das un poquito de cariño.

– ¡Es el colmo!

Sin embargo, sus manos comienzan a deslizarse por mis piernas mientras me mira arrodillado frente a éstas. Me acaricia después los muslos colocándose entre mis rodillas.

– Un momento, entonces... Cuando vino tu hermano, tú sabías que él sabía...

No me deja acabar porque mete su lengua entre mis labios, pero no los de mi boca, sino que me eleva con sus grandes manos tras mi trasero y desliza su lengua de la forma más sensual mientras me mira a los ojos al hacerlo.

– Si sigues haciendo estas cosas las voy a querer todos los días.

– ¡Y yo! –se queja mirándome ahora enfadado, aunque no creo que lo esté.

No puedo evitar sonreír, pero él vuelve a deslizar su lengua por mi sexo y se me quitan las ganas de sonreír, bastante es que puedo respirar.

Su lengua, la espuma, el agua, las burbujas, sus manos acariciando mi culo lleno de jabón, que aprieta para que no se le resbale, todo me lleva al límite. Su mirada de vicio. No puedo soportarlo más. Y por si fuera poco, hace dos días que no hacíamos esto. Empiezo a convulsionar en sus manos mientras sigue presionando su lengua en mi clítoris, jugando con su lengua en él, e intento sujetarme a algo con mis manos, apoyadas en los bordes de la bañera. Llego al orgasmo mientras él sigue acariciándome más suavemente con la punta de su lengua, a pesar de que ya me ha llevado al clímax.

– Ha sido... –susurro mientras él levanta la cabeza y me deja caer lentamente de nuevo en el agua.

Se acerca y veo su polla durísima, y mis ojos van a esa parte de su cuerpo.

– Ésta te echa de menos –me recuerda y sonrío.

Epílogo.

Es posible que me arrepienta, es posible que todo salga mal, pero nunca he sido cobarde en mi vida. Trabajar con Juan Garmendia en su casa rural y gestionar mi tienda de antigüedades en el pueblo puede ser un riesgo, pero es un verdadero placer verle cada día. Y me encanta.

Hemos aprovechado el verano para darle vidilla a nuestros negocios, y ya de paso he traído a mis sobrinos para que mis padres puedan relajarse, sin embargo me arrepiento de haberles traído hoy a la tienda. Tengo trabajo y son un poco pesados.

– Paulisky, ¿por qué no juegas con nosotros? –pregunta Manuel.

– ¿Habéis visto esa montañita que hay detrás de la iglesia? –les propongo sabiendo que les va a interesar. He dicho montañita, pero no lo es ni por asomo... Aunque a ellos, como son más pequeños, les va a parecer una montaña.

– ¿Qué montañita? –pregunta Aaron.

– Una donde he visto unos niños escalando y haciendo parkour.

Los dos salen corriendo y me libero de un problema más, porque han llegado algunas cosas que tengo que catalogar y ya han llegado también bastantes turistas. El hecho de atraer clientes gracias a la casa rural ha logrado que en el pueblo tengan otra visión de Juan Garmendia. A pesar de que antes era un poco antipático, ha cambiado tanto que ahora incluso le he visto sonreír a la gente cuando viene a verme a la tienda.

Tal vez, gracias a la casa rural y a la reactivación de todo el pueblo, dejen de irse los jóvenes a la ciudad y no sólo se detenga la despoblación de la zona, sino que venga más gente a vivir aquí.

– ¿Mucho estrés?

La miro y resoplo, pero no me puedo enfadar con ella.

– Aún no te he perdonado.

– Viviré con ello –dice Míriam corriendo por mi tienda y girando por el mostrador para darme un abrazo que no es correspondido. No es que no quiera, es que ni siquiera podría devolvérselo porque me aprieta con sus brazos y no me deja ninguna libertad de movimiento.

– Déjame respirar.

– ¿Cómo lo llevas? –dice soltándome.

– Creo que cuando llegue el invierno abriré sólo los fines de semana, pero siempre quedará Internet para vender a todo el mundo en cualquier momento –reconozco pensativa.

– Siempre quedará Internet –dice riendo.

Miguel entra junto a Juan y respiro hondo. Saber que mi amiga preparó todo esto, ¡qué manipuladora! No sabía esa faceta suya. Supongo que es feliz con su marido y quiere que todos lo seamos. Se cree hada madrina o algo así. La verdad es que soy tan feliz, que creo que puedo perdonarla.

– Tengo hambre, cariño –dice Miguel.

– Necesitaba unos minutitos con ella.

– Voy enseguida, cierro en diez minutos –aseguro a mi amiga.

Juan viene hasta mí y coge mi mano mientras se acerca a mi oído para susurrarme algo. Yo me pongo roja porque hay más gente, incluso acaba de entrar un cliente.

– Será mejor que nos comportemos. Llevo dos semanas haciendo terapia online y creo que ahora puedo controlarme –le aseguro en un tono bajo para que no me oiga nadie más–. Pero no me provoques –añado dándole un pellizco en el culo cuando acepta comportarse y se gira para volver con su hermano.